

Buenos Aires

CASTIGO 'E DIOS

N O V E L A D E

MONTIEL BALLESTEROS

M O N T E V I D E O - M C M X X X

La figura seca, curtida, con algo de talla en madera dura, del Comandante don Panta Carreño, se dijera exigía el escenario bárbaro de sus campos abruptos, el borrón pardo de los ranchos criollos, — apretados de rojizos tártagos, de tunas lozanas y de cina-cinas espinosos, — sobre los cuales alzábase el encrespado verdor de los ombúes.

Su silueta arquetípica y su frase pintoresca eran complemento y música consonante del paisaje sobrio y parco.

Su establecimiento provocaba el bautismo de su nombre: "La Estancia Vieja" que, para responder a la solariega tradición, había de extenderse generosa hacia el camino real en retazo de sombra hospitalaria, en agua fresca de barril rezumante, en churrasco sabroso o en tumba de puchero suculento.

Natural era allí el madrugar inútil, el mate amargo estirador de las horas vacías y hasta ese canturreado prosear norteco de un castellano añejo de giro castizo, deformado en un escabullirse de eses y una gutural aspiración de jotas sustituyendo las haches.

Corría pareja con la falta de labor la abundancia de personal, la tanda de peones de todo pelaje: indios, negros, rubios, indígenas, extranjeros, — de cada pueblo un paisano, — que habían de tener el contrapeso de la perrada sucia, pulguenta y escandalosa.

Y el patrón, don Panta, había de ser caudillo, gaucho y enamorado al modo simplista y brutal de los criollos.

Y hasta cabía que su familiar lamentarse:

—Tenemo todo loj male - encima! Sem orientale, semo blanco, semo a l'antigua!...

...Sonase, más que a jeremiada, a socarrona malicia o a resignada, fatalista filosofía.

Estos dos últimos aspectos eran los más admisibles, porque él gastaba su punta de burla para los que criticaban su estancarse y mal podía renegar de su condición, cuando hallábase en su marco en el ambiente rústico y en su elemento entre las costumbres nativas, su coro cimarrón incondicional y adicto, y el terrón desmoronado y la paja apolillada de las "casas".

La Estancia Vieja, pobrementemente poblada, no conocía rodeos movidos, que no daba para tanto algún aparte a cada muerte de obispo y la decena de lecheras para uso doméstico.

Sus otras faenas camperas se reducían a lo elemental de remendar el alambrado, dado que a veces arrendaba campo para invernada... A desplumar avestruces, a cerdear algunas yeguas que se vendían a los mayores de diligencia y a cuerear los animales muertos, cuya presencia anunciaban los vuelos tardos de las aves de rapiña, glotonas de las carnizas nauseabundas.

En contraste con ello, la mayoría del personal cuidaba sus pingos con acendrada pasión de entendidos;

el parejero del patrón era un niño mimado y en las madrugadas había vareos regulares, con tomadas de tiempo y palpites para unas carreras siempre próximas.

Si no fuera por las ovejas, cuya lana, por falta de cuidado, era escasa y sucia, catanguda y sarnosa, y pesada de flechilla, para comer se habría debido recurrir a los carpinchos y los macachines y don Panta Carreño, a quien más de una vez cartas del cuñado, insinuaciones del almacenero o consejos del juez, le hacían entrever mejoras o modernos procedimientos en la explotación de sus propiedades, sonreía:

—El que nu est'acostumbrau a bragas...

—Esto, pa nojotro, alcanza y sobra...

Se volvía sarcástico:

—Güeno, tata viejo, ahura vamu a ir a la escuela a deletriar la cartilla!...

O retrucaba un tanto amoscado:

—P'al Gobierno, eh? No se joden todo junto que vamo a cáir de zonzo! Y dispués, por si acaso si han acabau pa siempre las revolucione?

Y, como en un cuesta abajo se le enanchaban en avalancha las frases exaltadas por su latente pasión partidaria:

—¡Hijos de una gran tal por cual! ¡Perdularios! ¡Salvajes! ¡Oúicos! No me quemaron loj alambrau y me mataron o me arriaron el ganau n'el 97? No m'hicieron meter pleito pa robarme una legua e'campo? No mi hablen, sabe; ni me hablen más de estas porquería!

Y si el hombre picaba concienzudamente su buen naco de hediondo y negro tabaco brasilero, había de

interrumpir su función para darle más vuelo a una rotunda interjección o acompañaba a ésta con rudos golpes de su arriador de plata sobre el mostrador del boliche, si en él se hallaba.

Tranqueábase, pues, en la más cachacienta de las rutinas, pero especialmente a causa de aquella espera mesiánica de un cambio político que iba a volver cosas y costumbres a su medio y razón.

Esto justificaba el aglomerarse de los "muchachos", — mensuales y agregados, — que con el aguzado olfato del hambre debían husmear el rincón acogedor y el aroma del costillar de oveja catiguda y sabrosa.

Y allí caía el muestrario de la más varia paisanada: criollos, brasileros, entrerrianos, correntinos, paraguaitos...

Lo curioso era la coincidencia de ser todos del "pelo", aunque se sabía que más de un vagabundo, como Crecencio Pata, era "más colorau que sangre 'e toro"; pero cuando pernoctaba en lo de Carreño, — él era cantor y músico, — no sabía cantar cosas capaces de ofender al partido de los cuarenta años de ausencia.

Característica singular en esta gente despreocupada, vasta e inculca, en la cual parecería natural pasar de una a otra idea sin escrúpulos de ninguna clase, es el no cambiar "di opinión". Ese cinismo no existe en ellos. En sus espíritus campea triunfante la derechura gaucha. Y pese a que son blancos o colorados al fudo no más", al santo botón, el haber adoptado desde gurí, haberlo mamado o traerlo trenzado entre

las fibras de la herencia el amor a un cintillo, significa que éste lo atará inflexiblemente a sí toda la vida, tallando en la materia de su humanidad un carácter, volviéndolo el héroe que, al sentir el filo del cuchillo en la garganta y a la imposición fatal y terrible de:

—Rendite, m...!

...ha de responder estoico:

—Corte, cuñau... que mata-un blanco!

—Métale sin asco, q'es cuero 'e colorau!

No hay más que, si no el olor, atraía a "La Estancia", — los paisanos abreviaban el nombre, dando por descontado se sobreentendiese cual era, — las mentas de generosa y la fama de liberal que con buen derecho se había ganado.

Y pese a que el establecimiento parecía haberse escondido, apartándose del camino para vivir en paz o evitar la suspicacia de los enemigos, siempre recibía visitas o albergaba huéspedes.

Visitas familiares de viejos amigos y linderos.

Huéspedes que podríamos llamar de cuchillo y recao, pues con estos elementos churrasqueaban lo que hubiese o improvisaban el sumario lecho en un rincón de la cocina o del galpón, o a la intemperie si el tiempo lo permitía.

Huéspedes que se adaptaban a lo que hubiese y, de buena gana, contribuían a las necesidades de la casa ayudando a carnear, yendo al monte por leña, ordeñando, cazando algún bichito, como el tatú, del cual era goloso el patrón.

Don Panta tenía la inveterada y Buena costumbre

de madrugar y hasta después de sus farritas de bebereje, pues le gustaba empinar el codo, y bastante a menudo, el sol nunca lo agarraba entre las sábanas.

En la ancha cocina de paredes de terrón y piso de tierra, en invierno, o cuando la inclemencia del tiempo lo obligaba, o bajo los ombúes, — con algo de dioses lares, — junto al fuego abundante donde sobre la trébedes se calentaba una panzona caldera de agua, él presidía las reuniones.

Entre la ahumada atmósfera iban y venían en su elemento los fantasmas, las ánimas de las leyendas y supersticiones y cabía allí la madurada sabiduría de la experiencia o el sentenciar vizechresco y alpiste.

Las conversaciones agauchadas y sobrias no estaban exentas de ingenio y en veces de intención picaresca.

Al aire libre se reía mejor...

Sonaban armoniosos los ritmos de los compuestos conocidos de memoria; los sucesos de amores, las aventuras bocachescas y las zafaduras rabelesianas transplantadas al acervo popular en curioso proceso, encendían relámpagos de buen humor y las épicas narraciones de lances y hazañas de guerra excitaban como la caña con pólvora del cuento.

En el aire limpio del alba, en la cual las cosas parecen más perfiladas y más enteras, risas y voces varoniles se oían llenas y netas.

Y el mate caliente, cordial, tónico, con su aroma agudo y áspero, empezaba a trotar en giros repetidos como no finando de hacer una dilatada confidencia.

.....

¡El buen mate amargo!... Costumbre bárbara, sincera, que tanta comunión establece entre los hombres que, en cuclillas, platican, callan taciturnos, se pasan la brasa abierta de los tizones que encienden los puchos de chala y sienten como un rosario de manos cordiales en las suyas!

.....

Bajo una levedad de desteñidos tonos de rosa y oro bosteza el campo sereno, semi-desierto.

Apenas unas inconsútiles gasas de niebla están suspendidas sobre el esponjoso verde del monte, en algún bajo donde se adormece la pereza de una cañada.

Las lechuzas se inmovilizan como esfinges en los postes del alambrado; teros monosilábicos puntúan el silencio y entre la majada, cual si hubiera caído una pregunta, se alzan encadenadas respuestas de balidos...

Y cuando todo naufraga en la hondura de una quietud sin voz, se dijera viene hasta los ranchos una marejada de calma y melancolía.

.....

La mañana que avanza hace que por el corral mujan unos terneros tironeados por los chiquilines.

Del camino oculto llega un lamentoso crujir de carreta colonial, un tropel confuso en medio del cual salta como un niño la música metálica del cencerro de una yegua madrina.

Y entre una y otra nota bucólica, el hornero, artesano optimista, no puede disimular su júbilo que se vacía en un tableteo alocado.

.....

MONTIEL BALLESTEROS

El viejo gaucho, con su amplia bombacha negra, a la moda de la Banda Oriental, sujeta por el cinto de cuero de lobo y charol, de gruesa hebilla de plata adornada de corazones de oro, de entre los cuales el más grande lleva grabadas sus cifras..., con su pulcra golilla blanca; siempre encasquetado el chambergo, que defiende del viento el barboquejo de trencilla de seda, miraba los ranchos con cierto satisfecho orgullo y sonreía.

Chispeábanle los ojillos pícaros.

El era patrón de todo aquello. De campos, de haciendas, un poco hasta de vidas!

El era un hombre, un paisano renombrado, un jefe de fama!

¡Querido, respetado!

Y de ello estaba satisfecho.

Y era lógico se pudiera aguardar que el viejo criollo, — gaucho por antonomasia, — se incorporase con el mate en la mano y mirando los ombúes protectores, el nido de los ranchos, el campo suspendido del horizonte, los indios fieles; pensando en las chinas y en las amigas querendonas y en sus guachos, dijera, descubriéndose, como al murmurar una oración:

—¡Gracias, mi Dios! ¡Gracias!

Don Panta Carreño era digno del título de patriarca.

Los indios "desbocados" lo calificaban más gráficamente: don Padrillo, y él, para no desmentir el alias y pese a sobrarle ocupación en casa, dedicaba uno u

"CASTIGO 'E D I O S"

otro día, o uno y otro día de la semana, a visitar su surtido elemento de comadres.

Era una agradable costumbre a la cual no se resolvía a renunciar.

Ese bárbaro machismo de nuestros campesinos, hubiera entendido como una disminución de hombría el ralear los homenajes a las antiguas camaradas.

El no era jactancioso ni farfante de sus hazañas correrías.

Para alimentar su amor propio de varón, su orgullo donjuanesco, le sobraban las guiñadas de los muchachos, los gestos más llenos de significado que un proverbio, las alusiones espesas de sal y pimienta:

—¡Gallo viejo tiene el espolón duro!

Y cuando le tomaban el pulso:

—¡Cómo se encuentra, patroncito?

El, con la gravedad de quien no tomara el verdadero sentido de la pregunta, respondía:

—Siempre con gana...

—¡Anciano lindo!, lo lisonjeaba el inferior, quien conociendo que a él lo ofendía el sentirse llamar viejo...

—¡Viejo son los trapo, canejo!...

...Había encontrado un eufemismo con el cual podía expresar con precisión su pensamiento.

Contrastaban con su físico las galantes actividades del hombre que, sarmentoso, con los ojitos dardeantes y medio saltones entre las cejas cerdosas, la cara enjuta bajo la barba en punta y los bigotes lacios, parecía no poder con sus catangas, invitando, naturalmente, a que el personal y hasta los "transuentes" mellaran en

él sus comentarios picarescos.

No faltaba quien lo denominara:

—El lancero viejo, aludiendo, en doble sentido, a sus gestas de revolucionario, o quien le aplicase el
 “todo bicho que camina
 v’a parar al asador”

de Martín Fierro, asegurando que, por sobre eso, el jefe era capaz de comerse crudas hasta las achuras.

Cuando aún no había caído el sol, un peón de confianza le ensillaba el tordillo “tapado”, y si el Comandante se dirigía a lo de doña Telma, al poco rato se habían de ver a los dos tapes de la china ir, dale guasca y talón, corriendo carreras hacia el boliche a buscar algún surtidito o a gastarse los dos reales, los dos “chanchitos” regalados por el dadivoso estanciero.

Y así el hombre iba a lo de la respetable “viuva” de Leiva, al puesto de “Las Tres Marías”, abuela hija y nieta, todas en carnes y en eficiencia, las cuales provocaron un compuesto que rezaba:

“Puesto de las tres Marías,
 las que no están nunca frías...”

...a lo de las Perecitas o a lo de la Negra Canciana.

El debía comulgar con aquello de que en la variedad está el gusto.

Por lo general, ya anochecido, el patrón volvía a las casas; a menudo discretamente “adobado”, juicio de haber hecho estación en la pulpería, donde intentaba abrir el apetito con la llave de unas cañas con

bitter o donde bebiera repetidas copas de anís “pa el flato”.

En estas ocasiones el hombre anunciaba desde lejos:

—¡Oh, de casa! ¡Vamos cáindo al baile!

Espantaba los perros que le hacían fiestas.

—¡Ya, sabandijas! ¡Ya, cascarria!, e increpaba por nombre a peones y agregados, echándoles en cara la dejadez, el descuido y la haraganería, bien condimentado el discurso con una expresiva ristra de ajos y cebollas.

Las puteadas sonoras se repetían y hacían rodar el discurso cual si lo enaceitaran.

O una frase viva, perfecta, redondeaba un concepto:

—¡No valen ni los doce riale 'el bautismo!

Eran los únicos momentos en que se le despertaba un imprevisto amor al trabajo y hubo vez en que, dando el ejemplo, se remangaba a iniciar intempestivamente el baño de las ovejas, a cuyo efecto se muniera de creolina; resolvía ir a componer un alambrado caído o dispusiera “embarrar” la cocina o extirpar un cicuta maloliente a ratones que sobre una lomita...

—¡Está jediendo tan cerca 'e las casa!

.....

U ordenaba recorrer el campo.

Precipitadamente se le incorporaba el personal y, con la escolta al completo, partían cual si fueran a una conquista o a una patriada.

Trotaban callados.

El, poseído de su autoridad, hacía solamente una

seña con el rebenque cuando quería que la comitiva galopase o atenuara la marcha.

Algún hacendado vecino, ya acostumbrado a tales revistas aparatosas, sonreía:

—¡El Comandante!... El chiflau de Carreño con su gente...

Y no había de faltar quien agregase:

—¡Qué gente me mandó tu compadre!

.....
Esas labores, por lo general inútiles, contraproducentes o absurdas, que no se continuaban con método, agitaban a los pobladores del establecimiento en un impulso que a un pasajero ignorante podía hacer suponer quizá qué digna y trascendente fatiga.

.....
En otras oportunidades, traía revelaciones reservadísimas.

—¡Cosas del Directorio!

Vagas resoluciones, promesas misteriosas, alargaban los secretes y terminaban en recomendaciones a los "muchachos":

—Estén a la espetativa... No se mi alejen mucho que s'está armando la gorda!

.....
Interrogaba:

—¿Ha caído alguno?

Difícilmente no le contestaban con alguna afirmación:

—Un carcamán pidió posada.

—Ta bien. ¿Lo acomodaron por ahí?

—Es así, patrón.

.....
—Golvió Panchito Camejo... Cuenta mundos di unas carreras por Don Pedrito.

—Ha de ser así no - más.

.....
Crecencio Pata llegó de pa dentro.

—¿Trujo la guitarra?

—¿Y de no?... Trairá una pierna 'e meno, pero la guitarra...

—¿Habrá aprendido algún compuesto, alguna décima nueva?

—Usté sabe comu es de alarife y de máistro.

Y el Comandante, que estaría las horas muertas oyendo estilos y vidalitas, que amaba la nostálgica tristeza de las canciones camperas entre cuyos arrullos se había criado, disponía:

Entonce, vamu a cantar.

Se elegía un capón de la majada cercana, se iba por vino y caña al almacén y las gallinas alborotadas se andaban cayendo del ombú hasta la media noche.

*

Las carreras, hasta diez o quince leguas a la redonda, pelaban la estancia "como piso 'e puerta 'e rancho", y en esos días, en que la tristeza honda de la soledad hacía más escuálidas las cosas, se veían sólo las mujeres y los chiquilines.

El elemento femenino, que parecía no existir en otras oportunidades, era más abundante de lo que se podía suponer.

En primer término venía "lá-hija", Blanca Celeste, Chelita, — hasta Cielo, en la ternura de su padre, — fruto legítimo de su unión con doña Blanca Correa, finada como sus hijos varones, dos caídos en la última revolución — la del 97 — y el tercero muerto en su ley, en duelo criollo, por cuestión de hembras.

Después, había que contar la patrona nueva, algo menor que la niña, con sus floridos veinticinco años, y la copiosa gente de servicio: una negra cocinera, medio esclava, otra morena que criara a la señorita y cuatro o cinco "criadas" chinitas y pardas, a las cuales las malas lenguas atribuían la ascendencia de Carreño.

La patrona, Elinda Sánchez, hija de un carrero a quien don Panta protegiera, le fué recomendada a la muerte del padre. El viejo tomó tan a pecho su oficiosa tutoría que olvidando los galopes de sesenta y tantos inviernos, considerándose aún en sus buenos tiempos, realizó una de sus últimas gauchadas haciéndola su mujer.

La presa fresca y bella fué digno coronamiento de su brillante carrera de señor feudal que, sin necesidad de medioeval derecho de pernada, sembró de favores y de hijos los ranchos del contorno y si bien "se dejaban decir" que en una de esas la morochita fogosa le iba a "patear el nido", hasta ahora no había sido sino un modelo de mujer de su casa.

La Chelita, única persona que podía haber influido favorablemente en la evolución de la estancia o de los

seres que la habitaban, era — en su abulia y su pasividad — como si no existiese.

Sin contacto con nadie o eludiendo conscientemente el intervenir en las pláticas que con reducidos extraños podía sostener, no se le atribuiría una personalidad, no se le daría un relieve.

En apariencia no se diferenciaba de las demás mujeres, sino por el porte y el aire más fino y cierta dignidad de raza, de ama o superior, que le era innata y se dijera intentaba hacer pasar desapercibida.

Su madre, persona culta y distinguida, en un veraneo — ¡tan lejano! — en que viniera a pasear por aquellos andurriales, se había prendado, un tanto románticamente, del bizarro gaucho pintoresco, envuelto en un prestigio de joven héroe. Y el paisano, que no se andaba por las ramas, había aquerenciado a la pueblera que, pese a lo antagónico de los tipos, no perdió nunca el amor a quien más tarde fué su marido.

Doña Blanca Correa transmitió a sus descendientes, y especialmente a su hija, por el mayor contacto con ella, la cultura que poseía, una noción vaga, anticuada y puntillosa de su rango social y arraigados principios religiosos, que ofrecían más aspectos de costumbre y superstición que de profundas convicciones.

Cuando su muerte, la estancia castigada por la desgracia, naufragó en un mar de desolación y abandono, pues el dueño de casa no supo alejar las penas o buscar resignación sino en el fondo de los vasos.

Para la muchacha, que se lo pasaba en el cementerio en inacabables rezos o transeurría encerrada, llo-

MONTIEL BALLESTEROS

rando, días interminables, fué una época triste, opaca y vacía.

Si intentaba consolarla, don Panta terminaba gimiendo y más por la influencia del alcohol que de su pena que, a pesar de sentida, no se manifestaba en lágrimas.

Por fin, el padre hizo escribir a los parientes de Montevideo y éstos la sustrajeron al ambiente atormentador de recuerdos, a aquella melancolía que la hacía renunciar a todo, generándole ideas pesimistas y oscuras, de las cuales en balde intentaba defenderse con plegarias y penitencias.

La vida brillante y varia de la Capital le hubiera devuelto la alegría condisciente con sus años, pero en mal hora inició una relación con un oficialillo tenorio, que le ocasionó una gran desilusión al descubrirsele mujer e hijos.

Para la muchacha simple, enamorada y esperanzada, fué aquel un golpe terrible, agravado por haber permitido a su fantasía embellecer un amor que la realidad se hubiese encargado, — con el tiempo, — de reducir a sus justas proporciones y al cual la ruptura imprevista lo dejaba vivir en la remembranza magnificado de idealidades.

Y pensar que con tales relaciones, al perfilarse una oposición de familia, nada menos que por razones partidarias, ella se preparaba, apasionadamente, a jugarse el todo por el todo!

Destruído su sueño, con un dolor que pareció superar al de la pérdida de su madre, su primer anhelo

"CASTIGO EDIOS"

fué volver junto a lo único que le restaba, el viejo genitor y confinarse en el rincón que la viera nacer.

Su vivir en un ambiente selecto, entre el lujo y el confort de la casa de sus tíos, en estancias decoradas y alfombradas, entre muebles finos y chucherías elegantes, la habían afinado y vuelto social, pero fué retornar al campo y volverse la muchacha salvaje y retraída, como las rústicas pastoras de los cuentos infantiles luego de la mágica noche de fiesta en el alcázar real.

En el proceso de unos meses el alma del pago solariego, la naturaleza familiar con el enorme silencio de sus prados, la desmayada dulzura de sus colinas y sus cielos abiertos, con sus soles de oro blanco y sus nacaradas noches de luna, la restituyeron fatalmente a su medio.

La flor desarraigada volvió a beber luces y savias y perfumes, toda la misteriosa alquimia que formara, alimentara y completara su ser.

Volvió a acordarse con el ritmo simple, monótono y asordinado en que vivían seres y cosas, y su padre, tan reacio a novelorías y "macacadas", — como llamaba todo lo proveniente de la ciudad, — debía agradecer íntimamente que lo dejara sentarse en los rústicos bancos de troncos, que comiese con el facón, como en las patriadas, y durmiera la siesta al aire libre, a la sombra del ombú, en su catre de lona, que ya era un lujo junto al lecho de tierra de los peones, cuya única comodidad era la almohada de un cuero de oveja puesto de revés.

El disgusto que le proporcionó el nuevo casamiento de su padre, le apagó hasta la rebelión con la cual intentara corregir su vida disoluta y, sin aspiraciones, sin un reflejo de modernidad, se soterró en un olvido hermético de todo lo que tuviera atingencia con su pasado.

En sus conversaciones no recordaba nunca la ciudad. Y hasta aquel ayer que debía parecerle un poco una traición y que, indudablemente, en noches de insomnio o en jornadas de tristeza había de dolerle como un fracaso, se le diluía en el verde, silencioso desierto de las campiñas, en la paz del caserío anticuado, oliente a cosas vetustas, en el retiro de su habitación la única con techo de zinc y piso embaldosado, — entre viejos muebles cargados de recuerdos: la cama de su madre, una cómoda descascarada, unas barrocas poltronas de crín negra, un altarcito de dorados opacos con su diminuta pila de agua bendita que — como los espejos — se cubría con unas telas negras en los clásicos días de Semana Santa y cuando amenazaban las tormentas.

Volvíase una paisanita.

Ayudaba a hacer los pasteles, esos dorados y pomposos pasteles de hojaldre, bajo cuya hinchada caparazón perfuma el picadillo sabio, de carne, aceitunas, huevos duros y pasas de uva; las rosquitas brasileras que pulverizan su mandioca azucarada al menor mordisco; los abullonados buñuelos; las torrijas rezumantes a leche y a miel y hasta daba una mano en la pesada tarea del amasijo para el oloroso pan casero, de blanca miga prieta y dorada corteza.

Si no ordeñaba, impedida por el padre que observaba:

—Hay tanta gurisada rascándose...

...Tenía la costumbre de ir al arroyo, al monte, cuando Elinda y alguna criada iban a lavar.

Eran sus días de fiesta.

.....

Se iluminaba de júbilo cuando descendían el suave declive que las conducía al arroyo...

Más que la admiración, el cariño por lo que la rodeaba, se le volcaba en ternura por los ojos, como en un acariciar del paisaje.

Amaba aquella limpidez de agua escalofriada, con una transparencia de cristal, hirviendo temblorosa sobre el pedregullo brillantemente multicolor o la tosea rosada; la luminosidad primaveral de los sauces crespos, la elegancia decorativa de los sauces llorones resaltando de la mancha oscura del bosque espeso que tenía la unidad de un organismo, con la tramazón de sus músculos y sus nervios y su aliento vegetal denso y salubre.

Amaba los ñapindaes flacos, orgullosos de sus florecillas de sedoso fleco rojo, el apretado mazo de los mataojos, avanzadas del macizo verde, como los espinillos solitarios, que ostentan la gala de sus botones — felpa y oro — de perfume intenso.

Internándose en el monte identificaba, cual si los saludase, el ñangapiré de ramazón múltiple, con sus pitangas que invitan a la gula, el arrugado tronco de un molle de hoja menudita, al ancho miriñaque de un sombra de toro, al blanquillo débil, al cipó y al

amarillo, al fuerte urunday, al viraró esbelto, a las ta'cuaras que alzan por sobre el follaje el airón de sus penachos musicales y el ceibo indio, encendido en una floración de rubies entre el palpitar de las frondas.

Y como le eran familiares, también reparaba en el pajarerío cantor, que orquestaba su sinfonía, y en el insecto, poeta ínfimo de música ferviente, que acordaba en su élitro el zurear de la paloma salvaje, el grito desafinado del "pirú do mato" que, — en el poema del monte indígena, — equivalía a la intrincada, semi tropical línea de las enredaderas y las lianas y al perfume y al color de sus flores.

Entraban por el cauce del arroyo en busca de culantrillos, — cabellos de Venus, — y calagualas; lo costeaban tras yuyos y raíces medicinales, — bardana, congorosa o cipó-milón, — llegándose a internar hasta la Laguna Honda, en cuya agreste soledad se escondían los boyeros y en cuyo negro espejo de inalterable tersura de grueso cristal, se reflejaban las garzas hieráticas y ariscas.

Quizá por que extraño capricho de los antiguos pobladores, — siempre los Carreño, porque los campos ya el padre de don Panta los había recibido en herencia, — el cementerio estaba apenas a una media cuadra de los ranchos, junto al callejón.

Las poblaciones, por mal situadas, o porque había contribuido a su aislamiento el enancharse de unas zanjas, agrandadas por las lluvias, no tenía comunicación para vehículos en dirección a la carretera. Su desemboque era el camposanto, y si bien podía supo-

nerse que no había en ello una intención filosófica lo parecía, y lo hacía ocurrir más el contraste de humildad y pobreza de las primitivas construcciones con la prolijidad y cierta rebuscada elegancia visibles en la casa de la muerte. Ostentaba ésta un portón de hierro forjado, que se abría entre dos columnas de albañilería rematadas en vasos de terracota en los cuales medraban unas enanas plantas de palán-palán; su cerco de piedra estaba excelentemente construido y cerrábase en el fondo, en el panteón de la familia, de un pretencioso estilo que intentaba ser gótico.

En el interno los caminillos dibujaban una cruz limpia entre malvones exuberantes, lirios de hojas de puñales, macizos de toronjil y de cedrón y plantas de rosas que se confundían con la solemne vegetación de cruces.

Las achiras hacían apretados haces lujuriosos de anchas y frescas hojas, de vivas, alegres flores rojas y amarillas.

Compasivos de una reseca cruz de madera, erecta en un rincón, la abrazaban con sus flexibles brazos innúmeros, un jazmín del cielo con su celeste desahído y una madreSelva perfumada.

Y contra uno de los muros, la infaltable higuera de los camposantos nativos, ahuecaba en estío su follaje ampuloso dejando gotear la dorada miel de sus higos pasados de maduros. Por una especie de supersticioso respeto, — ¡el árbol aquel era santo!, — los paisanos no comían sus frutos, y de ello se aprovechaban las abejas y las avispas silvestres que instalaron entre sus ramas un redondeado camoatí motoso.

.....
 En la práctica de honrar a sus muertos, hallaba la Chelita una forma de hacer rica y llena su vida y con el acrecerse de sus disgustos, a raíz de algunas de las locuras de don Panta, y con el acentuarse de sus melancolías, — un tanto morbosas, — se le agudizaba la religiosidad y, acompañada del elemento femenino de la estancia, menudeaba las visitas al cementerio.

Sus únicas salidas eran al arroyo y allí.

De tarde en tarde, cuando el padre la necesitaba para contestar una carta o pedirle una opinión que — entre paréntesis — no había de seguir, silbaba grueso y largo, en antigua y áspera costumbre, en inapelable reclamo.

Y “la-hija” debía aparecer.

El Comandante llamaba poco diversamente a los perros; no reparaba en la brutal, ofensiva coincidencia.

A su rudeza de “pater familias” le cabía la amorosa ternura, pero no le convenían tales sutilezas y distingos.

Quería a la Blanca Celeste, como amó entrañablemente a los hijos machos, pero de una manera tosca, instintiva, sin expansiones, sin concretarlo en frases y salamerías.

A aquellos no les mezquinó, — cuando en su concepto les hacía falta, — una “güena soba de lazo”.

Sólo los besó muertos y lo hizo con cierto ceremonioso empaque de rito.

—Eso, decía, es cosa 'e mujeres...

—Besuqueo, secretitos, lagrimitas en la punta 'e

la pestaña... Como los julepe y los quejido...

“¡El hombre cruge y no llora!”

Con la muchacha, a pesar de tenerla “en la palma 'e la mano”, no era mucho más blando o comunicativo.

*

El desgranarse de los días en la Estancia Vieja, — el mate, el churrasco, alguna guitarreada, — no se coloraba de nada singular a no ser ese eje obsesor de una revolución mesiánica que lo iba a arreglar todo “como con la mano”...

Las carreras distraían un momento, y luego se volvía al vaivén monótono que llevaba a los hombres del galpón a la cocina, a los ombúes, a la pulpería... A las mujeres, de sus tareas domésticas al arroyo, al cementerio, donde rezaban y rezaban.

Se podían mencionar los acontecimientos de las esquilas anuales o las yerras bárbaras, la saltuariedad de algún mercachifle, las tardas estaciones de un fotógrafo ambulante y las más asiduas visitas de dos linderos. Uno, don Ramón Carretel, catalán viejo, acriollado con sus cuarenta y tantos años de residencia en el país; otro, don Leopoldo Hoeninghaus, un alemán flaco y largo, de finas barbas caudalosas, voz tanteante y calma, gestos ponderados y manos aristocráticas.

El “retratista” aparecía irregularmente y matizaba la soledad con la nota característica de su presencia. Parecía un personaje descuajado de una novela. Viajaba en un carro complicado de ingeniosidades y

confort, y como un caracol civilizado arrastraba consigo su residencia y sus tesoros: una biblioteca, un lecho desarmable, una cocina liliputiense, la cámara oscura de su oficio y dos amigos consistentes en un perro y una calandria domesticada.

Cuando coincidía la visita de éste con la del ibero y el tudesco, las pláticas se volvían animadas y pintorescas, mezcladas de rasgos que parecían creados para darles perfiles de comedia.

El dueño de casa tan gaucho de vieja estampa; el fotógrafo con su propensión a reflexiones y filosofías; el catalán — conversador hasta por los codos — crónica y archivo viviente de cuanto suceso tuviera por escenario el pago, el Salto... y... hasta la República! — y don Leopoldo, a quien el paisanaje hallaba más fácil bautizarlo con Onijau y hasta Enojau, con el aditamento de "dotor", ya que él, imbuído en las prédicas de Kneip y algún otro socio, recetaba tomas homeopáticas y curaba "con l'agua fría".

Los discutidores jamás se encontraban de acuerdo.

El discípulo de Daguerre, a pesar de poseer un arte tan concreto, se iba por los Cerros de Ubeda de la metafísica, adoptaba una gravedad doctoral mencionando viejos textos o tenía una suficiencia escéptica juzgando la vida, despreciando las mundanas vanidades, narrando sus lecturas, sus viajes y sus experiencias.

Cuando se descuidaban, Carretel monopolizaba la plática, dando, sin venir al caso, pelos y señales de un casamiento entre personas distinguidas; describiendo, — como un espectador, — el atentado contra el

"CASTIGO 'E D I O S"

Presidente Idiarte Borda o la instalación del primer ferrocarril uruguayo; loando la conquista del teléfono o del aerostato, sin perjuicio que sus conocimientos del progreso humano no iban más allá de los barcos a vela, en uno de los cuales atravesara el Atlántico, no habiendo después abandonado siquiera un día el rincón abrupto donde vegetaba su estanzuela.

Hoeninghaus, tan pachorriente de desesperar, cuya nerviosidad se reducía a olvidarse de la "castilla" y rezongar una tudescada incomprensible, miraba tras los lentes con los descoloridos ojos tristes y alisándose — con la mano fina — la fluente barba ruana, sentenciaba:

—¡El hombre defe fimir nacturalmente!

—La más fuena medecina es el agua...

...Que Carreño había de abarajar:

—Pa bañarse... sáquese las pilchas...

Pensando quizá en el calorcito y la cosquilla raspadora de la agradable caña deslizándose por el garguero.

*

Entre las heredadas, tradicionales costumbres que don Panta cultivaba patriarcalmente, primaba la hospitalidad:

—No me cargosén los tureos; no me judén los gringos..., recomendaba, hidalgo, cuando había alguno de aquellos extranjeros de paso.

—¡Qué!, patrón... Valiente, lo tenemo 'e florecita, lo tranquilizaban sus servidores.

Se veía .

Les hacían la cama bajo la rama del ombú donde dormían las gallinas y el pobre mercachifle, rendido de fatiga de sus andanzas al rayo del sol, doblado bajo los cincuenta kilos de su cajón de baratijas, caía dormido como una piedra y, al otro día, entre la risa general, amanecía como palo de gallinero.

Cierta vez a un gringuito joyero, prosiador y com-pradón, echado para atrás como buen "petizo" y que se quería hacer el muy campero, le prepararon bien machacada y condimentada, cierta parte no del todo tierna de una vaca.

La asaron de "maistros", se la sirvieron y el fo-rastero la devoró con envidiable apetito.

Pero no había terminado de echarse al colete el último pedazo, cuando empezaron el churrete y las cu-chufletas.

—¡Mire lo que le v'a-echar la taba si le da por probar suerte!

Hay que alabarle el gusto...

—Se güelve aparecero del toro.

—Dicen qui al que come jareta se le queda igual la jeta.

A esa altura, uno de ellos, -- debía ser el alma atravesada del Polilla, — le insinuó la verdad:

—¡Sabe, compadre, lo qui ha churrasquiau?... Es de güen comer, di alimento y sabrosaza... Pero sí, le puede dar por balar pa la primavera...

.....

Y completó el informe:

—¡Usté no sabe con qué ceban mate las chinas p'aquerenciar a los cabortero?

Por poco no corcobeaban de risa los paisanos, como ante unos buscapiés picarescos.

Al extranjero se le revolvió el estómago y se le calentó la cabeza.

No era que la achura fuese repugnante y, aunque un poco dura, desagradable, pero la evidencia de la mala jugada, lo pesado y grueso de la broma, más por las alusiones y la "butifarreada" que por otra cosa, obligaron al joyero a una actitud decidida que enanchó e hizo general la jarana.

El hombrecito se quedó pálido, la rabia le endureció las mandíbulas y un dolor del cráneo parece le destapaba los sesos.

Se resolvió a hacer "la pata ancha".

—¡Qué! que me la hizo debe ser un hico di una gran...!

El insulto era terrible, y el más afectado no pudo contenerse de manotearle la boca, sofrenándolo:

—¡Epa, zafau!

Pero ya se dominó:

—¡Nu insulte la madre di uno que no conoce! no sea desbocau...

El gringuito, arrebatado, se había puesto de pie.

—¡E' una canalla, caraco! ¡Qué salga pa il medio si é hombre!

¡Qué coro de risas!

—¡Oigale la maula!

—¡Animensén, pues!

¡Aguanten la ronca!

—Que li andan mojando la-ureja p'hacerse per-

MONTIEL BALLESTEROS

diz...

Se dirigían a un ser imaginario:

—Li hablan, cuñau.

Y al desafiante:

No se comprometa, don... No se caliente que puede agarrar un pasmo.

Y, unánimes, se defendían, simulando un inexistente temor.

—¡Yo no juí!... Yo meno; que me parta un rayo!... Yo tampoco...

Recuraron, dejando aislado al joyero que echaba chispas.

Uno lo ladró:

—¡Guau! ¡guau!

El ofendido, que se autoinflamaba, retó:

—Que me la fachia davanti se tiene...

Un poncho, cayéndole oportuno sobre la cabeza, cortó el desafío y un indio bandido y ágil le dió dos o tres palmadas en el traste.

¿Para qué? Ahora el italiano, furibundo, se mordía las manos y juraba, rabioso, desenvainando el puñal.

Se contenían risas burlonas y, entre sus hipos, los hombres más formales, intervenían calmando, apaciguando.

No había nada que hacer; el extranjero quería pelear de todos modos y no pudiendo conseguirlo porque, de adrede, se le achicaban, pateó, maldijo, y fué a pedir adentro el cajón de sus mercaderías, partiendo, en la noche, a campo traviesa.

"CASTIGO 'E DIOS"

La titeada sirvió para reirse durante mucho tiempo y el mismo patrón, al saberlo, pese a su:

—No me judén los gringos...

...no pudo menos que sonreír con cierta satisfacción de superioridad, convencido de que:

—Una cosa son los criollos, loj orientales y otra, y ¡tan otra!, los carcamanes y los naciones.

.....
No había que ver sino lo que pasaba con sus linderos.

En verdad él, — como en el proverbio bíblico, — no descubriría sino la paja en el ojo ajeno, olvidándose del retruque: y por casa, ¿cómo andamos?

Aquello le permitía burlarse del catalán alborotado:

—Que se vuelve puro prosiar y tiene más cuentos qui un almanaque...

O juzgar al perseverante y soñador curandero alemán:

—Ese no sale del tranco porque debe tener algún tornillo flojo y, natural, cuanto apure un poco se le v'a descangallar el carricoche...

...El nu es negau p'apañar riales; sus muchachos, — no despreciando a los presente, — son como toda la vida, güenos gauchos y liberales p'al trabajo, cinchando siempre por la riña... pero qué sacan en limpio? andar galguiando di hambre!

Y la socarronería del paisano sacaba lonjas en la crítica:

—No le cáin poca-s-amarilla por fajar con unoj pañoj húmedos la barriga 'e loj enfermo, por recetar-

le tizana asentada e'nel sereno, darle tomas de miopatia, mandarlos en ayuna, a pasiar de pata en el suelo por el pasto mojanu de rocío...

Y ya ve, lo que no se le va en lágrima, se le va en suspiro...

El tudesco se había apasionado con la búsqueda de las ágatas, de las cuales, luego de largas y prolifas investigaciones, aseguraba eran ricos los contornos.

Estimaba con amor de entendido aquellos cuarzos compactos de sobrios colores, — lacres, negros, rosas, ocres, — caprichosamente veteados con onduladas, decorativas líneas blancas o de un traslúcido ámbar.

Según él, había descubierto preciosos ejemplares celestes, naranjas, azules y verdes, e intentaba hallar cristalizaciones capaces de soportar el buril y las ruedas pulimentadoras de las máquinas, para conseguir con las piedras violetas, de solemnes tonos episcopales, la sustitución de las amatistas preciadas.

En sus hijos, a excepción de las mujeres, no encontraba colaboradores; es más, tenía con ellos altercados al respecto porque opinaban que andaba "perdiendo el tiempo al cuete y tirando un platal".

.....

En su petizo lerdo, bajo un quitasol gris de fondo verde, — absorto en sus pensamientos, — tranqueaba las leguas que lo separaba del cerro Cololó, — Cononó en lengua india, — donde, en compañía de unos bayanos haraganes, que cada cuatro picazos se em-

pinaban la cantimplora de "caçaza", desenterraban y desenterraban ágatas, jaspes y piedras brillantadas.

Se iba hasta Mataojo a estudiar la composición de los ásperos "perados" grises, las férreas piedras negras, que él mismo martillaba y peñaba, sacando en consecuencia de sus análisis que aquéllo era un magnífico y precioso manganeso.

Hacía acarrear a su casa men añas de rocas que invadian patios, atiborraban piezas, cubrían corrales, cual si fueran a servir de fortificaciones.

El descascaraba, pulía, limaba, haciendo clasificaciones en minucioso catalogar.

Mandaba ejemplares a sus relaciones de Montevideo y Salto, expedía muestras a Europa, manteniendo copiosa correspondencia con fábricas y sociedades, planeando la explotación de los yacimientos, la instalación de talleres y hasta de ferrocarriles!

Corrían anécdotas sobre el "dotor", quien rompía los bolsillos de su ropa al atiborrarlos de minerales.

Contaban que no era la primera vez que, obedeciendo al urgente llamado de un enfermo, marchaba taloneando su cabalgadura, llegando a olvidarse de su transcendente misión de médico con sólo ver brillar al sol un cuarzo, relucir una ágata rara, un guijarro curioso.

No era extraño encontrar su petizo manso ramoneando filosófico la hierba abundante, en veces con alguna rienda reventada, mientras el naturalista soñador, caladas las gafas, sentado en el suelo, martillo en

mano, sacaba lascas a sus perseguidos pedruzcos.

Ahora hasta había encargado unas máquinas movidas por una mula que, con los ojos vendados, trotaba en su noria haciendo girar un "sin fin" de ejes, engranajes, ruedas y correas.

A su invitación el Comandante cayó por allá:

—...A ver sacarle chispas a las piedras, desafiando las herramientas...

Contempló, compasivo, a su vecino y volvió con dos impresiones:

—Este careacán se ha caído 'e la cuna. Mire que querer vender piedras!!

Y observando a una de las alemanitas que de un día a otro había crecido exuberante y fresca de adolescencia, como esos bellos lirios salvajes que nacen entre los pedregales del norte...:

—¡Qué tirón ha pegau la gurisa! ¡Es-juna frisona! ¡Y est-á punto 'e caramelo!

*

Entre los tantos huéspedes que caían a "La Estancia", una nochecita, dos, desde lejos, se anunciaron, indagando:

—¡Oh, de casa! ¡Está el Comandante don Pantaleón Carreño?

Un agregado dedujo, confidencial:

—Forasteros de lejo, de juro, porque en el pago al patrón lo conocen por don Panta.

El aludido ya respondía, gritando:

—Pa servirlo, mientras hacía protección con la

mano, como una visera sobre los ojos, en el intento de identificar a los visitantes.

Los perros se encrespaban, rezongando.

—¡Ya!, los invitaron a callar.

Y entre el silencio que afilaba la atención, el graznar de una lechuza de mal agüero hizo santiguar a los supersticiosos.

—¡Cruz diablo!

—Arriménsen, apén...

—Tráimos priesa. Semos propios del doctor Correa; queremos decirle una palabra en persona, — y, sin descabargar, se aproximaban con ruidos metálicos, animando los potros espantadizos, encandilados con la luz de los ranchos y el fogón.

El Comandante se arrimó cauto, lento.

Los chasques casi aparearon los caballos con el viejo en el medio y se inclinaron junto a la figura escueta y aventajada.

Fué nutrida y dilatada la conferencia.

Entre el siseo, — se notaba que era gente de la frontera habituada a las frases abiertas y lánguidas, con arrastre de enes y eses, — entre el murmullo de la plática, se distinguían ponderados y graves los njhe!, njhe! de Carreño y el tono cortante de alguna definitiva observación de entendido.

La peonada muda, allí tan cerca, rodeando el fogón, asistía, — sorda espectadora, — al conciliábulo, y era aquello demasiado insólito para que no aventurase suposiciones.

—¡Quién serán?

—No debe 'e ser gente 'e facilitar...

—Uno es brasilerero, porque el matungo tiene baticola.

—Te vamu a poner 'e comisario por lo corsario.

.....

—Yo vide un rejucilo que me palpita 'e caño 'e carabina!

—No digás!

—¡Qué carculás!

—Ay del ay, tenemo fandango!

Había un sugestivo misterio en la escena.

La hora ~~no~~ urna; el corro de hombres silenciosos y expectantes; los caballeros y el viejo gaucho en la cerrada confidencia.

A lo que por el tono perentorio debía ser una precisa recomendación del caudillo, la voz de los forasteros coreó un:

—¡Ta bien!

Como para ponerle un cordial epílogo al largo parlamento con aire de conspiración, don Pantá ordenó:

—Alcancen la caña.

Alargó la limeta a los visitantes.

Estos, uno tras otro, llevaron a la boca la botella de alcohol, que sonó sus gorgoritos.

Al agradecer ceremoniosos, no pudieron menos que comentar:

—¡Superiora!

Saludaron.

—Güenas, paisanos; alzaron la mano como en una venia militar:

—Comandante.

Y con un leve movimiento de las riendas, giraron

los fletes dóciles y ya se perdieron en un apretado galope en las sombras.

Un minuto Carreño miró hacia donde aún continuaba el rumor de la huida de los emisarios, pegó un trago a la botella y se quitó el sombrero eual si debiera dejar expandirse un poco el tumulto de ideas que le estaba bullendo en el cerebro.

Una oleada de fuego le vigorizaba los músculos, le volvía nerviosas las manos, le ponía hormigas en el cuerpo, le resplandecía en los ojos.

No era al licor que lo excitaba.

Su coraje indómito, un tropel de recuerdos, un evocar de hazañas, un florecer de esperanzas y de sueños lo hacían vibrar en una embriaguez heroica.

—¡Muchachos!, gritó enardecido, amagando una alocución que le abortó en un entrevero de órdenes de carga, características de las refriegas criollas, pintorescas de insultos a los enemigos.

(—¡Meta que vienen metiendo! ¡Duro y parejo! ¡Ahura, salvajes mulita! ¡Cagaste y no mi haga-señas!)... que se resolvió en un:

—¡Muchachos!... los caballo, muchacho! ¡Sobre la marcha, echen los caballo!

Los indios saltaron en pie.

El, ya dominador, hasta de sí mismo, repartía órdenes precisas:

—Vos pegate un galope hasta los Aldama: les decís que los preciso pa el rodeo grande... Vos...

—Vos, Polilla, te me vas al callejón y m'espías al Comisario, al Almeida ese, que no hay que facilitar.

Un paisanito petizo, retacón, de cara lisa, que pa-

recía un chiquilín, se cuadró como esperando una consigna.

—¡Jefe?

El viejo grave, importante, respondió:

—¡La revolución!

Una conmoción unánime sacudió a los hombres, electrizándolos.

.....

A la indicación de ir hacia donde estuvieron detenidos los forasteros, las carabinas, — a las cuales se refiriera el ojo avizor de uno de la rueda, — aparecieron multiplicadas.

Acarrearón ocho.

Uno rió:

—¡Quién duerme con este barullo!

—Un poco más qui hubiéramos dejau la nidada, teníamos el doble de cría, saltó una chuscada.

Tales pertrechos eran para una eventual defensa obligada.

En el bosque, escondidas, habían hermanas de esas armas y su respectiva provisión y repuesto de municiones.

Se pasaron de mano en mano las carabinas, tomándoles el peso:

—Pesadonas...

—Pero escupen plomo como chijetazo un guanaco!

Y ya, ante los ojos agrandados de sorpresa de los bisoños, un instructor aficionado abría, cerraba, cargaba, hacía fuego con el arma.

.....

El peón que había ido hasta lo de Hoeninghaus

apareció con dos muchachones rubios, carirrojos, tan aceriollados cual si no les corriese en las venas la sangre carcamana.

Tras unos minutos los Aldama llegaron armados.

Y un dependiente de la pulpería, medio manate y "alocau" como él solo, se vino en pelo, de pantalones bombilla no más y esta incorporación produjo cierto temor, porque hacía dudar de la probable difusión de la secreta noticia.

No era así, el pueblerito, que era un pedazo de pan y "blancazo él", — según repetían los peones, — consiguió la confidencia de uno de éstos, quien no fué manco para cobrársela en provisiones para la patriada.

El Tuerto, que por ser medio bicho y por su invalidez recibiera la orden de quedar en las casas, donde era imprescindible la presencia de un hombre, se fué a' callejón a buscar al centinela.

Don Panta entró a besar la hija, a despedirse de la patrona, demorándose en sus recomendaciones, y salió con el poncho en un hombro, empuñando la lanza, haciendo sonar las espuelas.

En un petizo blanco, panzón y lerdo, arrebuñado en un cobertor, cubierta la cabeza con una manta, fantasmal, se vió aparecer al doctor alemán.

—¡Don Panta, fa de feras?

El gaucho sonrió:

—No, que ha dé-ir!... es engaña-pichanga, y orgulloso, engreído, corrió los ojos por su gente.

¡La gente de Carreño!

—¡Choque, no - más!... repetía refiriéndose a las alusiones entre despectivas y socarronas que se permitían los conocidos.

—¡Choquen no - más, hasta que el día menos pensau les peguemos un naco jefe!

Y ahora el "naco" no se iba a limitar a un sofrenazo a los linderos.

Exaltado, coneretaba para sí sus ideas:

—Gauchaje flor, ¿eh?... ¿Quién nos aguanta? Ahura v'a ver cómo si arreglan las cosa — (meno pa usté qui anda embromando al cuete con las piedra) — y se cambea el gobierno y todo marcha derecho... Sabe, esto no son pañito mojavu en la barriga... Pildorita 'e bala, cáscara 'e vaca, así van a comprender en Montevideo! ¡A fuerza 'e tiros y a punta 'e lanza!

El soliloquio no podía tan fácilmente ser apreciado por su vecino, dado que era interno.

Pero si don Onijau no adivinaba lo que a él le galopaba por la imaginación, peor para él, que comprobaba con su carencia de adivinación sus condiciones de "güenas noches" o medio bobeta.

Se habían alborotado las gallinas. Un gallito joven, confundiendo la fogata — agrandada por la brisa — con el abrirse de la flor del alba, aún lejana, repetía su clarinada metálica.

Los caballos, inquietos, hacían sonar sus herrajes; intentaban — en el golpear de sus cascos — escarbar el terreno reseco y una coscoja antigua tableteaba su rae-rae épico.

Había algo de romance bárbaro en el preparativo.

Los hombres, agrandados de sombra, iban y venían cambiando impresiones rápidas, prodigando consejos, haciéndose prevenciones, poseídos de la trascendencia del momento.

Y el Comandante, con la lanza que alzaba su extremo agudo cual si fuera a cazar una estrella, daba órdenes secas y duras de caudillo imperioso.

Los indios continuarían siendo "sus muchachos", pero ahora se transformaban en sus milicos.

Don Leopoldo asistía al espectáculo con una marcada sorpresa, cual si no quisiera dar crédito a la realidad.

Miraba a sus vástagos.

A momentos, aquellos mocetones rudos, agauchados, fraternizando con los otros revolucionarios, — para él chusma, plebe semi-bárbara, — se le despegaban de su mundo afectivo cual si fueran extraños.

Indiferentes a tal contemplación, sus hijos, con los otros guerreros, distraían los minutos en preparativos pueriles: trenzaban las crines o las colas de los pingos, les limpiaban los vasos con las puntas de los cuchillos cual si los prepararan para unas carreras... Por desahogar la impaciencia, apretaban las cinchas de los aperos, afirmando el pie contra los flancos de las bestias o tironeando con los dientes la guasca flexible...

Aproximándose a la luz, adaptaban a las copas de los sombreros el halo blanco y celeste de las divisas, acariciando con un dedo amoroso las románticas o me-

lodramáticas leyendas bordadas en relieve de seda y canutillo de oro, por manos femeninas.

Hoeninghaus se acercó de a uno a uno a estrecharles la mano y hacerles recomendaciones, y, cuando enfrentó a sus cachorros, conmovido y emocionado, se alzó el abrigo y desenfundó un estuche de tubitos de homeopatía.

—Son fuenos siempre...

Ellos, medio vergonzados, no aceptaron, como si al participar de las ideas de los correligionarios no creyeran tampoco en la eficacia de los remedios cuando éstos no fueran yuyos o raíces.

—¡Pa qué?... Pa estorbo...

El, quizá convencido de la inutilidad de la afirmación, mientras los guardaba, repitió maquinal:

—Son fuenos siempre...

El jefe chistó imponiendo silencio.

Se agachó hacia la tierra, cual si la fuera a besar.

Pero él estaba exento de poses y retóricas.

Como los aborígenes instintivos, buscaba oír en el suelo acústico algún rumor de pasajeros sospechosos.

Tranquilizado de su indagación se incorporó y mandó:

—¡A caballo!

Fué un rumor bruseo y confuso.

Algunos baguales dieron una media vuelta veloz, pechando a los otros caballos.

Se entreveraron los saludos.

—¡Hasta la güelta!

—¡Si Dios quiere!

—Adiosito.

—¡Qué Dios los ayude!

Hoeninghaus opreso, angustiado, tartamudeaba.

Dos lágrimas corrieron de sus ojos tristes, y furtivas, fugaces, se perdieron en la barba lacia.

El paisanito retacón y aññado se aproximó al caudillo:

—Jefe, gritamo ¡viva los blanco!

—No, ahura hay que dir quieto... Ya vamu a tener tiempo 'e sobra.

Notó el cabecilla que la aglomeración enanchaba el ruido de la marcha y, precavido, dispuso:

—Pa la isleta, ¡eh!... ¡Desparramensén!

El Tuerto que había quedado con el "dotor" y atizaba el fuego para continuar sorbiendo el mate, parecía sonreír con aquella mutilación que le tenía un ojo cerrado en perenne y cómica guiñada.

Dos o tres veces, cual si fuera a dejar caer algo que le había madurado en el pensamiento, abrió la boca, escrutó a su compañero ensimismado, volvió a su mudéz.

Por fin dió forma a la idea incontenible y obsesora:

—¡Lindo, eh? ¡lindo pa dir!

La lacónica frase hacíase de tal significación que parece se iba a ver pasar con su sugestión de epopeya, con su color y su empuje macho, entre el dorado polvo de la gloria, el prestigio bárbaro de la patriada.

El alemán pacífico, comentó:

—La juventú...

...Juicio que debía terminar: algún día ustedes también serán serios.

Y se puso a pensar en sus máquinas, en sus piedras, — que ya despertaban interés en Europa, — en los caminos expuestos a un mayor abandono, en sus trabajos y sus sueños necesariamente interrumpidos.

El Tuerto era de resuello largo.

—¡Joventú?... ¡Joventú?... Salga di ahí... ¡Eso no cuenta!... ¡Es qui usté nu es gaúcho!... Viejos caeunda, mozo de carretilla lisa, p'al caso, tuito semo lo mesmo!

Y justificando su obligado eludir la revolución.

—Dende un prencipio l'ostuve cargosiando al patrón; pero, — asigún él, — por este salvaconduto de mi defeto, tengo que quedar, porq'es sabido: un varón siempre se precisa en una casa... Pero si no juera por eso no me-ib-hacer rogar, no!

Entre tanto disemináronse, perdiéronse los guerreros en el campo y de la estancia salieron la niña Celeste, la patrona, las demás mujeres que, en silenciosa procesión, se encaminaron al camposanto.

Don Leopoldo, con su adormilado petizo de tiro, las siguió hasta saludarlas y, luego de la difícil ascensión a su cabalgadura, a un tranco propicio a la meditación, partió hacia su casa.

No había transcurrido media hora cuando se sintió gente a media rienda por el callejón.

Una sofrenada de golpe y unos hilos de alambreado que reventaban.

El comisario seccional, acompañado de sus milicos, avanzaba estratégico.

Ya venían los legales con las anchas golillas rojas tendidas y la escandalosa divisa escaarlata devorando íntegra la copa de los chambergos.

El Tuerto los aguaitaba.

Disimulando su odio, los recibió impasible.

De lejos vocearon:

—¿Y el viejo? ¿y la gente?

—Salieron...

—¿De paseo, eh?

—O alguna comisión...

—Njhu... ¿Viste s'iban armaus?

—No vide.

—¿No viste?, le recalcaron socarronamente: ¿no viste?... ¿Y no te queda un ojo? ¿O te lo tendremos que sacar ya que no te sirve pa nada?!

—¿Tampoco sabés pa-unde agarraron?

—P'al paso.

—¿No ves que te vendés, hijunagrau!... Ti apurás mucho pa engañar a la gente... Acordate q'estamo en tiempo 'e guerra!

—Y una estaqueadita es güena recia p'hacer ablandar la lengua, amenazó un sargento negro.

El superior ordenó silencio y continuó su interrogatorio.

—¿Y las mujeres, duermen?

—No, señor.

—Y güeno, siga, despablesé, conteste rápido: ¿dónde están?

—Ahí, n'el camposanto.

El policía mandó a su gente:

—Avancen; hay que revisar la casa.

—Ta cerrau, informó un subalterno.

El Tuerto intervino:

—Si quiere yu abro.

—El comisario se irritó:

—¡No, no, nu anden con güelta, ajo! ¡Echen las puertas abajo! ¡Metanlé l'anca 'el caballo! ¡Qué tanto rendivú!

Pechadas, culatazos de máusers, hicieron retumbar, temblar, astillarse las puertas que cayeron hechas pedazos o se desenuadernaron de los goznes.

Los soldados se precipitaron piezas adentro en un husmeante frenesí de botín. Tiraron colchones al suelo, desventraron cajones y baúles y salieron rabiosos al no encontrar nada importante, no sin antes amenazar al peón casero:

—¡Marchá derecho, eh? ¡Marchá derecho que vos ya estás sentenciau! ¡Tenés la estancia por cárcel, entendés? ¡No dés posada a nadie ni te movás pa nada ni al almacén, ni menos al monte!

—¡Y pa leñar?... pa...

—¡Cállese la boca! ¡Junte bosta 'e vaca! ¡Que vayan los gurise!

—Ta bien, don...

—¡Y cómo no va-star bien?, lo sofrenaron todavía.

Y el Tuerto, con su eterna guiñada grotesca, los miró irse como habían venido, con una expresión de sarcasmo que bien podía nacer de su extraña mueca fatal.

*

Como una flor de fuego, con sus últimos perfumes, las languideces sensuales de sus días pesados y sus noches palpitantes, misteriosas y densas, se deshojó el estío.

Volvióse más monótona y angustiante la vida de la estancia.

Pesaba sobre las almas la incertidumbre obsesora de lo que podría sucederles a parientes y amigos. El más inofensivo pasajero llenaba de temores. Las mujeres tenían presentimientos, andaban continuamente rezando y haciendo votos, valorizando — aprensivas — cualquier insignificante superstición.

El Tuerto, solo, inútil, aburrido, se perdía en la gran cocina negra y destartalada; giraba por los corrales, alrededor de los ranchos y los ombúes, roncando no se sabía qué y volvíase maniático, mascullando rezongos en interminables monólogos, hablándole a los perros lunáticos que husmeaban la sangre cristiana y aullaban lúgubres en las noches.

La naturaleza ayudaba a envolver y uniformar en un gris melancólico seres y cosas.

Empezaron las lluvias de otoño, cayeron las cornucopias de miel de las madre selvas y la Santa Rita alegre, que encendía de solferino vivo el patio íntimo, apagó la llamarada de sus flores.

Los ombúes, cual si achicharraran sus hojas, pusieron al descubierto la tramazón intrincada, de apariencia robusta, de sus ramajes amarillos.

Insistieron unos aguaceros largos que desbordaban las cañadas, anegaban los bajíos y hacían de los caminos refulgentes cintas de plata.

Un arroyo aquí, otro allá, salían de madre inundando las praderas y aislando en sitios inexpugnables a los campesinos.

La diligencia, carente de pasajeros y hasta de caballos, cesó su servicio.

Se repitieron las levadas y las visitas de agentes oficiales requisadores de vehículos y caballos que, como con un cernidor cada vez más fino, fueron seleccionando los pocos animales de servicio que restaban hasta dejar solamente un viejo petizo bichoco y cegatón para arrastrar el barril del agua.

Cada vez que caía una de esas comisiones, el peón casero se enfermaba a consecuencia de la gran rabieta que lo poseía.

Ver la milicada altanera y compadrona haciendo sonar voluptuosamente sus grandes sables lustrosos, sentir las fanfarronadas y las órdenes imperiosas y despreciativas de sus jefes, contemplar las escandalosas divisas punzó, ofuscaban al Tuerto que se confiaba con las patronas:

—¡Vienen a toriarlo a-úno! ¡El día menos pensau me v-i-a calentar y los v-i-a peliar solo no-más!

O insistía en el proyecto de ir a prestar su concurso a la revolución.

—¡Yo-stoy viendo que v-i-a tener que dirmel!... ¡Sí, qué diablo!

—¡Pero, Aranda, cómo nos v'abandonar?

—¡Ah! ¡bandonar?...

—El patrón ha depositado su confianza en usted.

—Sí, depositau; no digo que no! per-uno es jombre! y ¡blanco! ¡malhaya! ¡blanco!

—.....

—Pa qui un día me dejen seco di un tiro aquí... más vale que mi achuren defendiendo mi divisa!

—Y usted no diga nada.

—Y no me callo, aunque mi ahugo 'e rabia a veces! ¡Salvaje!

Y debe masticar unas hojas de rosa para aplicárselas en las sienes, que se le abren del dolor de cabeza.

Las noticias sobre la revolución y los guerrilleros eran tendenciosas y contradictorias.

El conducto por el cual llegaban no se podía identificar.

El oficioso laboratorio de Carretel debía fabricarlas o componerlas en abundancia.

A veces descabalgaban del petizo calmo de Hoeninghaus.

Se dice...

Tan pronto Aparicio estaba en las puertas de la Capital, corriendo con el rebenque a los canarios de don Melitón, como avanzaba por Treinta y Tres o se retiraba hacia Tacuarembó...

Porongos caía y Rivera estaba a punto de ser conquistada...

Cehenta hombres tenían en Bequeló en jaque a dos mil de las fuerzas legales, y vandalaje por vandalaje, el Gobierno prendía fuego a fuerza de ametralladoras a los tupidos bosques de Arazatí, nido de insurrectos.

Las imaginaciones febriles de las gentes condenadas a dilatados ocios, la fantasía fecunda del catalán

vecino, el clima propicio de la revuelta, confundían los cabecillas del momento con las figuras próceres y los caudillos cimarrones que cuajaban en mito en el acervo popular.

Con Nepomuceno y Muñoz, con Carmelo Cabrera y Visillae, aparecían los nombres de Lamas, de aquel Gregorio, jefe de la Escuela Militar, que se había pasado a los blancos, del General Pampillón, de Mena, de Arancibia y de Chiquito Saravia, realidades y fantasmas que, para hacerlos compartir la patriada, se imaginaba su actuación o se les despegaba de las páginas rojas, caóticas y atormentadas de la enmarañada historia del terruño.

El Comandante Carreño, después de alzar otros correligionarios del pago, se unió a la partida del coronel sanducero don Juan Moreira, paisano legendario en su nombre, en sus antecedentes y en su estampa de viejo gaucho de melena y barba apostólicas.

Famoso lancero de guerra a la antigua, iba a sentir el contraste de su empuje viril de ataques y entreveros con la estrategia fría y la táctica científica de los militares de escuela, con sus máusers de último modelo y sus ametralladoras diezmantas.

Ellos eran la belleza pujante del valor temerario, la supervivencia de los montoneros de antaño, centauros audaces que, cuando atacaban con coraje homérico en un briosa carrera de los corceles, — mientras les volaba la golilla celeste y se erizaba en el viento la banderola de la lanza, — no sabían que cantaban el último poema de la raza que muere.

Oscuro instinto romántico de esas muchedumbres gauchescas que iban a la guerra contra el Gobierno, en un afán anárquico de vaga libertad sin frenos y trabas.

Así los gauchos de ayer, con algo de cuatreros y de hidalgos, en sus intentos de bárbara y simplista justicia, — que les ponía un halo de leyenda y los hacía adorar por las ingenuas poblaciones campesinas, — así los gauchos peleaban contra la "autoridad"...

Los revolucionarios vivaquearon por el Norte, se complicaron en escaramusas fugaces que les restaban un hombre, algún matungo; dieron ágiles golpes de mano "copando" caballadas, durmiendo en los montes del Arapey, apareciendo en la Horqueta del Queguay o en las Sierras de la Aurora, distrayendo, burlando los brasileros feroces de Julio César Barrios, aquel caudillo pastelero de dardeantes ojitos de víbora, caídos bigotes de galo y aflautada voz de mujer.

Llegó hasta ellos el eco contradictorio de la sangrienta epopeya de Tupambaé y recibieron órdenes de proteger la acción de las fuerzas de Abelardo Márquez, que debía recibir un íntegro parque allá por Santa Rosa del Cuareim.

La paisanada, aburrida de los campamentos improvisados donde apenas se podían chupar dos mates y tironear un churraseo revolcado en la ceniza, donde quien se conseguía unos choclos o fabricaba unas tortas amasadas sobre la carona y las freía — con grasa sin refinar — en el fondo de una media lata de kerosene, era rey!, se salía de la vaina por hacer una de-

mostración de fuerza y pegar algún golpe de efecto que rehabilitara el concepto de la patriada.

Por la cabeza del jefe nacionalista — testa que, sin intención ofensiva, no creo fuera muy rica en dotes napoleónicos — cruzó la idea de apoderarse del Salto, que, era voz corriente, estaba muy desprovisto de guarnición.

Quizá unos impacientes mariscales refugiados en la entrerriana ciudad de Concordia, ayudaron al cabecilla rebelde a decidirse a tentar la arriesgada empresa.

En el mapa, en los proyectos la cosa marchaba sobre rieles.

Para impedir el arribo de refuerzos de Paysandú o del mismo Montevideo, aislarían el Salto volando el puente ferroviario del Daymán; dos chatas cargadas de piedra, echadas a pique en el Hervidero — canal de pasaje poco profundo del Uruguay — le cerrarían el paso a la cañonerita de morondanga que tenía a su cargo la vigilancia fluvial; interceptarían el telégrafo y se ayudarían con el fuerte contingente de voluntarios que, desde la Argentina, prometía atravesar el río para incorporársele.

Los fantaseadores emigrados, para matizar los locios del exilio, reunidos en las sesiones permanentes de los clubs y en las tenidas de café, redactaban la nómina de las autoridades que irían a regir los destinos de la ciudad de las naranjas... y hasta hay alguien que afirma que tenían su candidato a Presidente de la República y que a éste, de tal manera "se le ha-

bla hecho el campo orégano", que hasta se ordenó la confección y bordado de la banda...

En el Salto, en la previsión del ataque, todo era preparativos.

Se cavaban trincheras hasta en las calles centrales; se rellenaban de tierra y arena dobles vallas de madera que dejaban solamente el paso de un hombre.

Se invadían las azoteas en procura de observatorios y de estratégicos puntos defensivos.

Redoblaban tambores por los cuatro puntos cardinales y rasgaba el aire el eco marcial de los clarines.

Los soldados bisoños trotaban fatigados y torpes; marchaban y contramarchaban, sudando bajo el múnser, un ligamiento sin fin de correas y cananas, un poncho patria azul, que mostraba un forro de bayeta colorada y una cuadrada mochila donde, quizá por su inutilidad, llamaba la atención, refulgiendo deslumbrador, un plato de lata flamante.

La curiosidad pueblera multiplicaba sus ojos de Argos y los ehiquillos vibraban en una continua fiesta febril, corriendo enardecidos desde el Lazareto al Cerrito de la Negra Ricarda, desde el Sauzal a la Aduana, en cuyo corralón se alineaba una decena de lustrosos y negros cañones, largos como telescopios.

Se respiraba una atmósfera épica y heroica...

Los muchachos echaban al hombro cañas y cabos de escobas y marcaban el paso, recitando humorísticos el refrán brasilerero:

"Un con dois

fección con arrois!"
 O entonaban una diana guerrera en boga:
 "Arriba, muchachos,
 qua las cuatro son,
 que viene Saraiva
 con su batallón!
 Dejelón que venga,
 dejelón venir,
 que a juerza de balas
 lo haremos salir!"

...Pese a ello los blancos se permitían afirmar que los preparativos culminaban en aparejar vapores y lanchas para una oportuna huída de las autoridades.

Aparecieron decretos espartanos por las esquinas.

Se nombró Jefe de Plaza al coronel Teófilo Córdoba y la elección favorablemente acogida, — quizá por haber recaído en un sordo, más difícil de asustarse..., — tranquilizó a la población que admiraba al Generalísimo paseando a caballo, relumbrante de galones, seguido de un ayudante y un trompa que, — ¡cuándo no! — había de ser negro.

Se convocó una guardia ciudadana — especie de última reserva — a pesar que, intacto el puente que los dinamiteros se olvidaron de hacer volar, llegó un batallón de refuerzos de la metrópoli y nada menos que al mando de don Antonio Bachini, capaz de disolver la tempestad en una broma y que en su balija de militar improvisado era más probable cargase, en

vez de la lanza de Aquiles, una sonrisa de Monsieur Bergeret.

.....
 Y ya las noticias, las fantasías, las patrañas, corrían de boca en boca, hinchándose, contorneándose de aspectos desmesurados y de tintas fabulosas a través de las excitadas imaginaciones.

El sábado 28 de Mayo las novedades eran amenazadoras.

Un don de ubicuidad señalaba a los insurrectos en el Paso de la Cadena del arroyo Laureles, en Itapobí, en la Cuchilla del Salto, hasta en San Antonio.

El continuo postergarse de la fecha de su llegada inducía a la generalidad a creer en un desistir de los propósitos ofensivos.

No era así.

Pues, ya en la mañana del domingo 29, noticias concretas, datos de personas que los habían visto "con sus propios ojos", daban por inminente el ataque.

Temprano, en una propicia atmósfera de temor, la fatal nueva se divulgó con la rapidez de una corriente eléctrica.

Irrumpieron por las calles de la ciudad gentes a caballo, despavoridas.

—¡Vienen los blancos! ¡Llegan los blancos!

Se voceaba el anuncio, se le pregonaba como una agüería trágica, amenazadora:

—¡Los blancos! ¡Los blancos!

Y una previsora o aterrada recomendación:

—¡Tránquensen! ¡Cierren las puertas!

... Cual si se desbordara sobre el pueblo una hor-
da de vándalos y se temiese el pillaje y el asesinato.

Era un ir y venir atropellado, caótico, un clamor
de madres angustiadas reclamando a los chicos, los
cuales, contagiados de espíritu bélico, se demostraban
encantados con la novedad.

Las puertas se cerraban con estrépito, algún vi-
drio caía hecho trizas y tras aquellas y las ventanas
crecían murallas de muebles y colchones.

Las disparadas de los chasques, que llevaban par-
tes y órdenes, raspaban las vías adoquinadas sacando
chispas, como una dentada rueda loca, con las herra-
duras de sus bucéfalos.

Los hombres de tropa trotaban graves al mando
de los oficiales, quienes mentían llevar una fina y lar-
ga patilla con las correas de cuero que les sujetaban
los kepíes, y decoraban las espadas al sol, como en una
parada.

Y en los corazones — según el bando a que perte-
necían — temblaban temores o retoñaban esperanzas.

En los Corrales de Abasto sucedió el primer en-
cuentro.

Hubo víctimas: una negra y dos yeguas.

El jefe gubernista se tiroteó con la vanguardia in-
vasora, que doblaba sus efectivos, y se vió obligado a
una retirada precipitosa.

Al hombre, un mayor Soria, celoso de su coraje,
y que escapaba como alma que lleva el diablo, se le
cayeron unos cojinillos y se le voló el chambergo que
le restó sobre la espalda retenido por el barboquejo.

Pero el Mayor, a quien el julepe no le dejaba sen-
tirlo, no bien entró en el pueblo, bajó en "El Aves-
truz", la primera tienda que encontró, a munirse de
un nuevo sombrero.

Sudando, demudado el semblante, el corazón "co-
mo garganta 'e sapó", se animó a detenerse: ¿cómo
iba a entrar a la ciudad en cabeza?

Pidió a un dependiente que lo sirviera, y éste le
observó:

—Mayor, usted tiene el sombrero caído en la es-
palda...

El lo constató y, sin inmutarse:

—Deme otro, pues .. no ve q' este es di un blanco
pícaro... Se lo carché 'n-el entrevero.

¡Lástima de divisa escarlata, y de un palmo!, que
lo vendía.

En el Hipódromo acaecía otra escaramuza con más
e menos igual resultado que la primera.

Los hombres que entraban desbandados sugerían
ilusiones en unos, despertaban lógicas aprensiones en
otros y aumentaban desmesuradamente la general con-
fusión.

Señoritas nacionalistas se vestían de celeste, pre-
paraban ramos de flores para obsequiar a sus correli-
gionarios; un vasco fondero y blanco, por añadidura o
consecuencia, agenciaba un asta de bandera, pues con-
taba con hospedar una docena de cabecillas y un mu-
chachón italiano carbonero, inspirado de ardor belico-
so, empezó a darle lazo a su mula, disparando con su
carrito y gritando, enardecido:

—¡Evviva Garibaldi!!

Los iniciales tiros, cuyos estampidos se seguían como en las noches calmas las estrellas errantes, empezaron a multiplicarse y entre el desgarrado aullar de los clarines, sintiéronse las primeras descargas.

Se acentuó el golpeteo de las puertas, los chillidos femeninos que reclamaban mocosos recalcitrantes, intensificáronse las carreras, la gente se encerraba y en veces, por el tropel de un vehículo y unos caballeros, por el repiqueteo de pasos acompañados de ruido de armas de un pelotón de hombres, no se podía eludir la peligrosa tentación de curiosear.

Bajo el azul cielo impasible, cual si la locura y la estupidez de los hombres atentase vanamente contra su serena poesía, ya tamborileó el fuego a granel.

De vez en vez un sucederse de descargas de fusilería hacía que el eco devolviese agrandado un estruendo de truenos.

.....

Unos vigías se encorvaban en el Altílo de Amorín y desde la azotea de lo de Jurkowsky los mejores discípulos de Guillermo Tell tiraban al blanco sobre los eucalíptus desmelenados de la Curtiembre de Ziegler y sobre las azulosas canteras de granito de los suburbios.

Por la estación del ferrocarril Midland los enemigos avanzaban al recular de los defensores de la ciudad y al anocheer unos atacantes corajudos sofrenaron sus corceles entre los frondosos paraísos de la Plaza Nueva, frente al nido de murciélagos y de le-

chuzas que eran los rojizos muros ruinosos de la proyectada iglesia del Bautista.

Con la oscuridad los sitiadores se replegaron tendiendo su línea en la calle de San José y la carretera del Daymán.

En la noche, — en la cual era de temerse ahogara al pueblo en sangre la feroz pesadilla, — continuó el tiroteo ininterrumpido, el silbar de las balas perdidas, que siempre han de encontrar a los Juan de Afuera y ciertas detonaciones que se atribuían a una prohibida táctica de guerra, el uso de las balas dum-dum, más apropiadas para fusilar hipopótamos que para dirimir reneillas entre hermanos.

Al alba, como en un viejo grabado heroico, una compacta formación de caballería cruzó a lo lejos, a la altura de las Cuatro Bocas, entre los campos pedregosos, en dirección al Saladero.

¡Maniobra importante! Iban a proteger la incorporación de los fogosos revolucionarios que preparaban su invasión desde la Argentina.

Pero Concordia, — la ciudad con nombre tan sugestivamente pacífico y amoroso y que demostraba pretendía conservar tal fama, — envió un solo soldado nuevo, un insurrecto pueblero y para mejor hijo de napolitanos, que no sabía ni siquiera montar a caballo...

Los otros subversivos debían ser gente de pico y pluma...

.....

A pesar que los revolucionarios puede afirmarse

pasearon a sus anchas por las calles del Salto, resolvieron que la ciudad era inexpugnable y apenas con el tiempo de enterrar sus muertos, — que desgraciadamente los hubieron y de ambas partes, — abandonaron las posiciones tan inopinadamente, al punto que a la tarde una partida de jinetes que, como Pedro por su casa, entraban creyéndose dueños del campo, debieron volverse al galope desde la Plaza de las Carretas, después de enterarse que sus compañeros habían desistido de gobernar la Cordobita uruguaya.

*

Para la indiada y en particular para los "muchachos" del Comandante, el sitio había rendido un magro resultado.

El que más podía apuntarse en el haber unas galletas y un cuarto de caña y... gracias!

Ni chinas, ni plata, ni bombacha y camisa nueva!
¡Muy miscel!

Y menos mal que las ilusiones de ellos tenían vuelo corto y cuanto los apurasen un poco se conformarían con el

"aire libre y carne gorda",
que no faltaban...

Continuaron la campaña.

Tomaron hacia el norte.

Ordenes superiores — posiblemente — los hicieron galopar día y noche en procura de un armamento que, desinteresadamente y en seña de fraternidad, dejaban

introducir por sus fronteras nuestros vecinos brasileños o argentinos.

Por suerte se permitieron el lujo, y bastante completo, de una revanchita, pues lo que no pudieron llevar a cabo con el Salto Oriental, lo realizaron con San Eugenio, donde hasta nombraron un Jefe Político.

El honroso cargo recayó en un mozo buenazo y cegatón, el vaseo Félix Muguerza, quien, en la retirada, — ¡cuándo no se habían de retirar! — al sufrir la pérdida de sus lentes, como sin quevedos era hombre al agua, tuvo que refugiarse en un rancho del arrabal, bajo la catrera de una china condescendiente.

.....

Ahora, con el tesoro del parque, celosamente cuidado, volvían al paso.

Aquel material bélico era, quizá, la llave del triunfo.

Nuestro don Panta Carreño, tan sin relieve el pobre en el conjunto, tan entregado a su ideal hasta desaparecer como entidad bajo la emparejante disciplina, debía — convencido de su trascendente misión — ir repitiendo su favorita y expresiva frase:

— ¡Y ahora? ¡quién nos aguanta!

Al mando del contingente, él lo hubiera llevado a buen término.

Le sobraba coraje, decisión y fe.

Los campos no guardaban secretos para su instinto de baqueano ni las sombras de la noche le cortaban el paso a su don de rumboador.

El hizo eludir contactos con el enemigo, condujo, en lo que pudo, con cautela, la preciosa caravana, pe-

ro no se le oyó siempre, pues hasta allí andaban royendo la envidia y rondando los celos... Y eso que era cuestión de no descansar ni perder un minuto hasta la entrega segura del armamento al ejército blanco que, a marcha forzada, les venía al encuentro.

¿Se desviaron de la ruta más breve, los persiguió la desgracia o algún espía los descubrió?

Esto lo aclararán cronistas o historiadores...

Cerca del arroyo Guayabos encontraron las fuerzas regulares del coronel Feliciano Viera, que, por más que las anécdotas pretendiendo tildarlo de poco "lédido" aseguraban firmaba arrevesadamente Feliciano Fiera, cual si el militar confundiese una horqueta con un palo y cruz de una marca... era lo bastante valiente y bravo para acomodarle a cualquiera...

El resultado fué que en el paso — de esos que los indígenas denominan "quiebra - yugos", — hecho a muesa, traicionero, encajonado y correntoso, las carretas del parque, cargadas hasta los topes, cayeron como en un trampa. Y, cuando todos los esfuerzos debían convergir a sacarlas del peludo y los paisanos de cueros curtidos, capaces de resistir al yaguarazo, andaban en tal lidia, los del Gobierno, desembocando del monte y del camino, se les vinieron al humo.

Los manates del Salto resistieron el primer envión, pero arrollados por el número, descabalgados por los potros briosos, hubieron de retroceder y terminar por huir descalzos, desorientados, sin armas, no contando el cuento los que se encontraban con el cuchillo filoso de la soldadesca enfurecida.

Ann restaban los resabios bárbaros del degüello y

la noche en que las fuerzas legales entraron al Salto — con el imponente grupo de veinte carretas del parque capturado a los blancos, — mulatos y mestizos de baja ralea, se jactaban, borrachos, por las calles del pueblo, de que habían hecho sentir con el macabro toque de violín del faeón sobre la tráquea, el pareado bárbaro, fatalista y burlón:

"¡Tené pacencia, hermanito,
que la muerte es-jun ratito!"

Gracias a ser tan baqueanos de cuchillas, montes y picadas, de no hacerle asco a una manta de churraseo salado y crudón, llevada entre la carona y los pelegos, a unos chicharrones envueltos en fariña amarillenta de sudor de caballo en el fondo de una maleta o si se descuida a un asado de carpineho, la dispersa gente de Carreño y su jefe, escaparon con una sola baja, — el murrango dependiente del boliche, — y el corrido peligro.

Matrerearon en los montes crudos de Arerunguá y el Comandante y el indiecito petizo de cara inflada, que parecía un chiquilín, y que se había transformado en su asistente, hicieron finas escapadas a las "casas", y lo malo fué que el gaucho viejo se creyó en la obligación de hacerse ver también por lo de sus comadres y amigas.

El desastre del Paso del Parque del Daymán, que desvió la marcha de la gente de Saravia y medio la desbandó, precipitando la definitiva batalla de Masoller, impidieron que don Panta y su compañía pudiesen engrosar el ejército rebelde.

Entre tanto, y pese a sus años, el hombre insistía en sus gauchadas y luego de haber visitado a la patrona y visto a la hija, y hasta pernoctado en la estancia, se le había ocurrido dar una sorpresa a la bondadosa "viuva" de Leiva.

La brasilera querendona, después de asustarse de su hazaña y elogiar su coraje, lo había toreado con unas indirectas muy femeninas, que su avisado instinto adivinó lo herían en el lado flaco.

La viuda era una señora opulenta, rolliza, fresca aun, de hablar tendenciosamente procaz y tierna sonrisa acompañada de un fémbloroso agitarse de las aletas de su nariz olfateante.

Se interesó por sus andanzas, changüiceándole:

—¿Me conte cuando tive medo?

—¿Miedo yo!

—Ta bein; si nao da guerra, das mulheres...

—Yo no l'he aflojau nunca ni a bombachas ni a naguas.

—¿Meu amigo! desmesuraba ella su admiración.

—Eu tenho necessidade de vosé... Pois nao...
¡Eu so muito medoña!

E insistió pintándole sus temores, la pesadilla de sus pánicos nocturnos, convenientemente aumentados. Y el amigo, tan buen corazón, se conmovió, se apiadó y, posiblemente ayudado por un vaso de rico licor de guabiyúes silvestres, se resolvió a hacerla pasar una noche tranquila.

El fué a narrarle al asistente que iba a realizar tal obra de caridad...

—¿La pobre doña Leopoldina está solita y su al-

ma!... Nu es pa meno... Y en tiempo 'e guerra...

E indicó a su secretario que, por las dudas, improvisara su lecho bajo una ventana sin rejas de la habitación donde él dormiría, por la cual se podía saltar y ganar el monte donde estaban bien escondidos los pingos.

Luego de un cafecito bien cargado, terciado con caña paratí, él se retiró con la precaución indispensable de dejar al alcance de la mano el facón y el revólver.

Antes de entrar al lecho, de pie, solemne, se santiguó y, en versos claros y rústicos, rezó la tradicional oración en la cual el devoto pide la gracia muy criolla de que los enemigos no lo sorprendan bajo el influjo del sueño:

Señora, que sabés ser
consuelo de los perdidos,
techo de desamparaus
y luz para los cieguitos.
Señora, vos que cuidás
el peje, y l'ave nel nido,
y cobijás con tu manto
al triste y al perseguido.
Señora, vos que sufriste
por Jesús, que fué vendido,
y lo sentiste en el vientre
con su llorito de niño.

Vos que sabés qui uno peca
y que tiene algún delito,
porque n'el mundo se rueda
y trompezar es un sino.

Por tus dolores de madre,
por el amor de tu hijo,
te pido, Virgen María,
me librés del enemigo;
te pido, Virgen María,
yo, el pecador más contrito,
que no me dejés de mano
y no me agarren dormido!

El subordinado, aun más confiado que su patrón y jefe, sin recitar romances y hasta sin acordarse siquiera de la promesa del clásico cabito de vela al Negrito del Pastoreo, había puesto los ojos en una peoncita morena y, en realidad, su conquista, — sin flores ni firuletes, — no fué complicada ni difícil.

La amorosa muyimba suplantaba y muy gustosa con el rebelde blanco, una relación íntima que mantenía con un peón viejo... — la correntada de la guerra civil no dejaba más que la resaca! — ... de un establecimiento vecino.

El muchacho era galante y antes que exponer a su Dulceina de color a los rigores del relente de la intemperie, prefirió no ocupar el sitio indicado por Carreño, yendo a refugiarse en el tibio ambiente de la cocina.

.....

El amante, — a quien birlaran la dama, — volvió tarde de una jugadita improvisada y enterado por otra peona del juego sucio de su prenda, — nunca falta un rial pa yerba! — mal aconsejado por un deseo

de venganza, se fué con la "alcagüetería" al Comisario.

El funcionario, gordo, pesado y vejancón, dormía y hubo de alunarse al ser despertado.

Hicieron entrar al chismoso y de tras un tabique de madera, que lo separaba de la oficina, llegó la voz atónica del burócrata:

—Vos quién sos?... Cómo te llamás?

—Soy Astrugildo Furtado, don...

—Ah!, el Pacú!... y qué venís a joder!

—Traigo una gran novedá 'e los blancos...

—Decí, decí... q'es?

—Sabe, en lo de la viuva 'e Leiva, sabe...

—Qué sabe, ni que v-i-a saber; hablá di una vez!

—En lo de la viuva paró don Panta Carreño con su gente.

—No digás!, se sorprendió el otro... ¿Cuántos son?

—Una porretada... veintitanto.

—Y pa onde agarraban?

—Cómo! pa-unde? Hicieron campamento... Vide el tendal... A esta-haura deben roncar com-unos bendito.

—Pusieron centinela?

—Di ande... facilitan...

A esta altura, el Comisario que ha tirado las pier-nas fuera del catre y se rasca y bosteza sonoramente, picado de curiosidad y con cierta encrespada desconfianza, lo desorientó, brutal:

—Y vos?, decime: pa qué venís con la denuncia? Vos no sos medio blanco?

El interrogado, volviendo a la consciencia de haber realizado una acción vituperable, una cosa fea que no hacen los hombres, eludía una respuesta concreta:

—Yo... sabe... nunca he votau...

—Ahura nadie te pregunta si has cumplido con tu deber cívico!

—Sabe..., vine di aficionau no-más; p'hacer un servicio a l'autoridá.

—Güeno, reflexionó el funcionario: no me vas a jugar sucio a mi también. Vas a dir con nojotro!

Aquel acompañar, ir con "nojotro", significaba ir con los otros, pues el Comisario se reducía a mandar a sus subalternos.

Ya habían despertado al Teniente y a sus milicos, quienes, entre dormidos, maldiciendo, hubieron de equiparse, ensillar los caballos y salir en un tropel ruidoso y bélico.

El jefe puso orden a gritos y amenazas y se consiguió un relativo silencio entre los treinta hombres que, pese al coraje peculiar de nuestros paisanos, no las llevaban todas consigo, ignorando la medida del peligro de la oscura andanza en que se embarcaban. Sólo sabían que iban a toparse con la partida de Carreño, la famosa división "rejuelo", gaucha, pronta de movimiento y de recursos y más llenas de "ardiles" que euzco de pulgas.

Les habían dicho a "madrugarlos", pero, crióllos ellos mismos, pensaban en las gallinas que duermen

con un ojo solo y desconfiaban se les fúera a "quebrar el palito".

—¿Quién sabe cuántos son?

¡Gente curtida!

—Bien montaus...

—Y de noche, aparcerero; la noche es traicionera.

Al acercarse a la meta de la incursión, facilitada por alambrados caídos o desaparecidos, se diseminaron estratégicos, y cantos, fueron cerrando un apretado sitio.

Sorprendidos del hondo silencio, de no haber ya empezado a sentir el silbar de las balas, salvaron los corrales, rodearon el amplio patio y mientras los canes desesperados ladraban furiosos, estrecharon el círculo dejando afuera la cocina de los peones.

No encontraron ni caballos ni indicios de gente.

—¡Preparen arm!

El sargento, caballeresco, interrogó al superior:

Le gritamo que salgan pa juera?

—Callate; dejate 'e compadrazs... Cuiden la puerta de flanco que nos pueden quemar de adentro!

Y agregó bajo:

—¡No me faciliten al Pacú. ¡Ojo que le estoy desconfiando!

En tanto la Virgen, pasando por alto las humanas calaveradas del hombre de armas, cerrando los ojos a su compañía pecaminosa, le concedió la suplicada gracia, llamándolo tres veces por su nombre.

Panta Carreño, levántate! Panta, te vienen a prender! Panta, te vienen a matar!

El oyó "patente"... Además un resplandor celeste deslumbró sus retinas de férvido creyente, anunciándole la presencia de María.

Su amiga, la brasilera, con la tranquilidad de los justos, roncaba boca arriba, sonriendo en sueños — contagiada de espíritu marcial — a alguna "batalla de amor sobre campos de pluma..."

...El Comandante saltó sobre sus armas como un jaguar sobre la presa.

Manoteó la ropa que arrojó bajo la cama. Atinó a ponerse el sombrero sobre las mechas alborotadas, y una vez constatada la poca propicia escapatoria por la ventana, nadando las piernas secas y el cuerpo chupado en los vastos calzoncillos blancos y la bolsuda camisa de franela amarilla, se corrió por las estancias interiores en busca de una salida.

Ignoraba que no encontraría una abertura libre.

.....

Era el alba.

La dulzura de rosa y oro de la luz del día nuevo resbalaba por las cuchillas de terciopelo irizando el rocío, yendo a morir blandamente a los pies azules del monte...

De la tierra húmeda, de la arboleda intrincada; de los trebolares y gramillares, entre los cuales lucía la gracia niña de las flores amarillas y carmín de los machines, venía un perfume soláriegos, suave y sedante.

Las cosas se empezaban a delinear precisas: dorábase la curva femenina de las colinas; ranchos sombríos y postes de alambrado escuetos y toscos embellecíanse con el perfil claro de la luz. Contra los decli-

ves de las gibas del terreno se desangraban en violetas y azules las sombras, contrastando con las alturas que nadaban en claridad alegre y los bajíos que licuaban verdes de cristales...

Los horneros frenéticos se tiraban locas serpentinas de risas, y del monte cercano se alzaba una greguería de pájaros, como haciendo coro a la filigrana musical—fina y prolija — de la calandria de la enramada.

Espantados fuera del círculo de los sitiadores, aullaban los perros guardianes.

Los soldados, fusil al brazo, ojo avizor, esperaban por momentos ver irrumpir a los insurrectos.

¡Curioso lo de estar todos en la casa, cometiendo la chambonada de dejarse agarrar enjaulados, medio como zorro en cimbra!

.....

Al contenido murmullo de las voces de la tropa, al más identificable rumor de la caballada, y, por fin, a los golpes en puertas y ventanas, el asistente, — dormido como una piedra, — hubo de recordarse sobresaltado.

Se abalanzó instintamente a sus armas, y se hizo cargo, inmediatamente, del papelón que había hecho.

—¡Dormirme! ¡Me hubiese quedau seco! ¡Qué vergüenza cair com-un bobeta!

Y para reconquistar su prestigio, que tan mal parado quedaría, decidióse a jugar el todo por el todo, resolvió dar una temeraria sorpresa a los enemigos.

Su plan era tan simple cuanto arriesgado.

Echado de barriga sobre un cuero, cubierto de bolsas; éstas a su vez tapadas de charamuscas y chalas

de maíz se hizo arrastrar por su compañera hacia la retaguardia de los milicos.

Uno, viéndola en tal tarea, la interpelló:

—¿Güé, trabajando con la fresca?

—Ya ve, se mi ha mojau la leña.

—Pero ahura, aquí la cosa s'está poniendo medio fiera.

—Y qué quiere, el pobre... Nosotros se lidea siempre...

Otro soldado, viendo los esfuerzos de la cinchadora se le quiso ofrecer:

—¿Quiere que le dé una manito?

El diálogo se interrumpió:

Improvisamente, entre un torbellino de ramas, chalas y sacos, de un ágil salto de gato, el indio voló — humano resorte — a enhorquetarse en ancas del caballo más cercano.

Realizado eso, abrazó por atrás al milico que lo montaba, inmovilizándole los brazos.

Fué un relámpago.

El atacado, al cerrar las piernas, para no caerse, hundió las espuelas en los ijares de su pingo, y éste, en un bote espantado, se precipitó loco en medio al patio hirviente de gentío.

El asistente bibiujujaba y tras un forcejeo dió con su acompañante en tierra; chillaba la negra cual si la degollasen; relinchaba algún potrillo bagual, encabritándose. Caían armas. Sonaban tiros, rodaban caballos que se daban pechadas y encuentrazos y entre la descomunal confusión no aparecía el teniente, incauto pajarrillo caído en el imán serpentina de la brasileña tro-

pieal, que lo estaría convenciendo cuán parva era la fuerza enemiga de no merecer importancia.

En la parte opuesta al enorme cachiquengue, Carreño, en la mano derecha amartillado el revólver, el facón en la izquierda, abría una puerta, dispuesto a vender cara su vida.

En aquel instante se completaba el milagro.

¡Loada sea la Virgen!

La divina señora María Santísima hacía las cosas completas:

Como envolviendo la cabeza de los hombres, vendándoles los ojos con el algodón gris de la niebla, se adensó una imprevista cerrazón en la cual naufragaron seres y cosas.

Aumentáronse los rumores, las imprecaciones, la confusión; chocaban sables, estribos, máusers y sonaban las detonaciones entre el retumbante galope de los corceles que huían.

A las causadas, el teniente se dejó oír, vociferando órdenes inútiles.

El autor de la gauchada, magullado, medio en cueros, sangrante, — pues no se había escapado de arañones y culatazos, — dió, por casualidad, con su superior.

Y, cuando la neblina quiso, el reflector del sol reveló a los fugitivos, sin sombrero y en paños menores, encañados, fantásticos, con algo de don Quijote y Sancho Panza en las figuras grotescas.

Don Panta, consecuente y respetuoso de sus creencias, se confió con su escudero:

—¡Jué la Virgen, amigo!

Y no creyendo que la huida y el orientarse lo debían a su instinto gaucho de rumbiadores, prometió:

—¡Cuánto nos podamos guarecer en algún lau, le voy a rezar un bendito!

La revolución había terminado.

El milagro, realizado por el personaje celestial en colaboración con la viuda amorosa, había tenido éxito completo, aureolando de prestigio fantástico al criollo donjuanesco y dando a su secretario emprendedor cierta fama de hombre que tenía "pato con el diablo"...

El teniente, reclamado por órdenes superiores, se había retirado del pago.

La negrita sirvienta, cómplice del asistente, fué detenida y estuvo a punto de ser sometida a un consejo de guerra...

Al Pacú, "por amor das dudivas", lo deslomaron de una paliza.

¡Bien hecho por "lengueta"!

.....

Con la paz se podía volver tranquilamente a las casas.

*

El comandante Carreño con su inútil lanza rota, empatillada con alambre, con algún hombre de menos, cansado y triste, hacía lo posible por disimular sus decepciones.

Volvía con su gente, aun en formación como cuando iban a entrar en guerrilla.

Pese a algún dolorcillo reumático, se erguía sobre su rocín, adoptando un continente fiero y marcial.

Cuando el catalán Carretel y el doctor alemán, en su eterno petizo blanco, se sumaron a la columna trayendo simbólicamente el saludo del pago, se dijera que el jefe sintió un poco de rubor.

¡Era demasiado apagada, opaca y marchita la vuelta!

Los hombres magros, barbados, rotosos, con sombreros de "hojas de zapallo", deshinchados y descoloridos, mostrando el sitio de donde desapareciera el cintillo vergonzante.

Los mancarrones, a la miseria, eran un "áhi me caigo y áhi me levanto".

Con todo, aun sobrabanle energías al gaucho para gritar su saludo:

—¡Viva, amigos!...

Para intentar no poner de relieve su estado de ánimo, deslizando una pregunta familiar y corriente:

—¡Y di-áhi, cómo va la cosa?

Cual si sobre la cabalgadura no estuviera en su elemento, Hoeninghaus, conmovido, había desmontado:

—¡Amiñas!, se contenía de digirirse sólo a los hijos.

Y abriendo los flacos y largos brazos, con algo de espantapájaros, avanzó:

—¡Pofrecitos!

Carretel ya daba vía libre al espiche de su indetenible cháchara:

¡Cómo fué eso de Guayabos? ¡Degollaron, eh?...

¡Pobres mozos!, jóvenes bien, de familias tan distinguidas: Fernández, Olascoaga, Rivas, Salorte, (si lo dejan cita hasta la parentela)... Ya había sentido diferencias, ya veo que no viene Machengo, el dependiente. ¡A él le había de tocar!... ¿Fué en el Salto?

El cabecilla lo informaba:

—Esu es... Confiau y maturrangazo... Andaba sacando la cabeza al ñudo y pagó la chapetonada...

Don Leopoldo, que no terminaba de comprender la patriada:

—¿Para qué estas jerras?

El Comandante intentaba justificarse bajo su punto de vista.

—¡Dejemé ,amigo, si ni guerra ha sido esto!... P'acá y p'allá como maleta 'e loco... ¡Las lanzas!, ¡al pedo! Lo jombre mal montau a hacerse curtir a balas y cañonazos como si fueran bicho dañino...

¡Las guerra di ante!, suspiró, soñando aquellos entretreveros épicos, las legendarias cargas a lanza donde había de distinguirse el caudillo con proezas de asombro, bien protegido por el escapulario milagroso, que hacía le resbalase por el cuero las dos onzas de plomo de las "pñidoras" de las pistolas Lafouchet o la lengua ávida, aguda y filosa y la media luna bárbara de las lanzas.

—¡Las guerra di ante! ¡Aquellas si eran guerras!
¡¡Aquellas!! y apretó las mandíbulas cual si mascase la frase evocativa.

Iban al paso.

Levantaban una nube de polvo.

Las chuzas, el rumor confuso de las bestias, los ruidos metálicos de los herrajes, de las calderas y las latas atadas a los tientos y en las cinchas de los recaños, daban al grupo cierta prestancia guerrera.

La dulzura de la colina, los ranchos, los ombúes, el cementerio, les salieron al encuentro.

Calma de los ojos, querencia de su cariño, tibieza y sombra del cuerpo, reposo del alma que los aguardaban...

Don Panta ya no pudo defenderse de un pensamiento fatal y resignado que lo poseyó y tradujo, exclamando:

—Vamu a quedarno en casa... Pa esto... pa esto no valía la pena haberme movido... ¡Qué caray!

Y un poco del frío y del peso de los años sobre la espalda, le completaron la idea:

—¡Y pa ser la-última!

Tal fué así que la teatral aparición del Tuerto, en el petizo bichoco, que se enredaba en el galope, y su agitar de un pañuelo desecolorido en la punta de una tacnara, se recibió con una sonrisa y se perdió sin un "eo su desgañitado saludo:

—¡Viva los blanco! ¡Viva los blanco!

*

En el boliche enciclopédico que, pasando por la farmacia y la ferretería, encerraba desde el almacén de comestibles y la tienda hasta la sucursal de correos, una tarde entregaron una carta al veterano.

Su cuñado, el doctor Correa, le pedía venía para reclamarle los daños de la revolución.

"Carga la mano", le aconsejaba, y búseme correccionarios a quienes representar, haciéndoles conocer mi seriedad, mis vinculaciones y mis influencias...

Entre cuentas y proyectos, don Panta menudeaba las cañas y, posiblemente, no atravesó entero su errazón la posdata que rezaba:

"En la perspectiva de recibir el dinero de la indemnización, debías decidirte a realambiar tus propiedades, poblarlas en forma y adquirir unos reproductores. Yo estoy interesado en negocios rurales; sabrás que tengo un campito en Isla Mala, podría ayudarte y, hasta si te parece, asociarme a tí. — ...Un pariente de mi mujer, un chico de los Arteche, con su flamante título de ingeniero agrónomo y teniendo muchas ganas de trabajar creo te, o nos convendrá. — Las orientaciones modernas de la ganadería imponen la intervención de técnicos y personas especializadas... — No olvides de contestarme, con precisión, al respecto."

Carreño continuaba sacando cuentas y dictando guarismos.

—¡Hay que meterle hasta la manija! Vamu a misturar lo di ante con lo di aura. ¡Qué paguen, hijo di una gran flauta! ¡Han agarrau el país p'al churrete? Güeno, que paguen, salvajes chanchos! ¡Qué paguen, ladrones! ¡Qué paguen!

Sin pensar que del mismo cuero iban a salir las correas...

Y, tomándosela con la carta, estrujándola, abriéndola sobre el mostrador, le daba grandes puñetazos.

Antes de contestar, — el peludo fué tan descomunal de perder la epístola y hacer una confusión sobre su contenido, — le llegó una nueva comunicación e insistencias sobre la propuesta de la sociedad y la colocación del profesional a quien él comenzó a llamar familiarmente:

—El vasquito Arteche...

...Mezclándolo en sus dichos y conversaciones.

—¡Qué dicen del vasquito Arteche? ¡Caray con el hombre! Con que lo vamu a tener pu aquí al vasquito Arteche?

.....

En la mano la epístola, que hacía leer y releer a la hija, se aconsejaba con ésta y con su mujer, y hubiese tenido ganas de ir al fogón o bajo los ombúes a pedirles el autorizado parecer a sus indios.

No lo hacía en consideración a Blanca Celeste que, instintivamente, insistía sobre las diferencias jerárquicas que colocaban en su sitio al estanciero y al peón.

Como tal principio no le impedía consultar el caso con sus linderos, los hizo llamar.

La novedad dió lugar al catalán a una peroración copiosa, donde nadaron inventos, hipótesis y fantasías.

El tudeseo, lleno de sentido práctico aprobaba los proyectos.

Su vecino, a quien el exaltado futurismo teórico no le impedía pasarse a la oposición, adueña un ferra-

go de pesados argumentos conservadores y tradicionalistas que hallaban un tácito acuerdo en el estanciero.

Los contrincantes, — pues ellos se posesionaron hasta tal punto de su papel, — eran los opuestos polos: el doctor en agua fría, dinámico y realizador dentro de su aparente calma; el español verboso y fantaseador, agotando su acción en proyectos, no pasaba de un abúlico sedentario.

Lo paradójal era que la curiosidad epidérmica de Carretel lo familiarizaba, por mentas o lecturas, con todas las máquinas y aparatos, hasta los más raros y modernos que creara la ciencia, pero hablaba de ellos. — de los rayos Roetgen, del telégrafo sin hilos de Marconi, del submarino Peral o de las brujerías de Edison, — como de una fabulosa novela de Julio Verne. Y era en él viva la fobia contra todo lo que representase innovación o cambio.

Se hubieron de disgustar los consejeros.

A la afirmación de uno:

—¡Dios proveerá!, el otro, realista, refutaba:

—¡Inteligencia! ¡Foluntá! ¡Eso es la fida!

—¡Rompederos de cabeza!

—Ustef no safe lo que es fueno.

—Y ustefe, — le remedaba el contradictor busca-pleitos, — no safe sino de descomposturas de barriga y de amontonar piedras!

Hoeninghaus tuvo un relámpago de ira, pronto disipado en una sonrisa:

—Mira, don Ramón, el porfenir de las piedras...

—Sí, sí, el "porfenir" de las piedras está en arreglar los caminos.

—Losf caminos son fuenos...

—Sí, todo es "fueno"... Basta, mi don Leopoldo, basta o vamos a parar a una casa de orates!

.....
Esa agresividad surgía en el convencimiento de no poder derrotar al adversario y el catalán revolvía los ojos como buscando su caballo al que de buena gana saltaría para huir y esconderse en su cueva.

El alemán callaba, con la mirada fija, que parecía se iluminaba en sus visiones de futuro...

El soñaba con una evolución colectiva, con las carreteras lisas flanqueadas de árboles, con ferrocarriles veloces, con su industria en pleno florecimiento.

Del altercado, — porque en tal degeneró, el cambio de ideas, — no sacó una solución el dubitativo estanciero y sólo le quedó en el magín la frase repetida por uno:

—Es "fueno" el progreso...

Y una intención de proverbio del otro:

—Camino viejo, por conocido, bueno!

La Chela era indiferente; Elinda, no sé si por curiosidad o novelería, no veía con malos ojos el proyecto.

Carreño monologaba:

—Qué diablo!... qué vamu-hacer? O vendo u ha-go sociedadá. Pa tener todo así, medio abandonau, tienen razón... El campo despoblau, las ovejas sarnosas, el alambrau cáido...

Atribuía todas las calamidades a la guerra, y no dejaba de lamentar:

MONTIEL BALLESTEROS

—¡Si la hubiésemos ganau!

Cual si temiese un cargo de conciencia, aun sin concretar una interrogación, hablaba con peones y agregados, tomádoles el pulso:

—Yo diría de sí... Siempre es güeno dir pa delante... Tenemo tanto ejemplar... Sin ir más lejo, los inglese, con la pionada que parecen dotore y el mayordomo qui anda en birloche, con esa palangana blanca en la cabeza, que dicen es un contra del sol... Sí, uno, así, vive lindo no-más, como explica el amigo Carretel, pero ¡qué diablo! está lá-hija y algún guachito, algún hijo gaucho... si la madre no m'engaña.

Dispués mi cuñau está dele amolar... Cualquier día parece lo vamú a tener pu aquí con el tal vasquito Arteché...

En fin, probar se podría... No se pierde nada...

.....

Dudas, silencios, temores explicables, erizaban de desconfianza la rueda de los oyentes y él, pese a sus peroraciones, en el fondo, parecía el menos convencido de las necesidades de los toros finos, del alambrado nuevo, de las construcciones y del famoso vasquito de marras.

Un día, volviendo del almacén más borracho que de costumbre, cortó el proceso del asunto:

—¡Qué se vayan a joder a su agüela! ¡Aquí mando yo, y aquí-stoy yo y no almito ni quiero a más naide!

Una tarde, desde el callejón, una bocina de automóvil gruñó el anuncio de su presencia.

"CASTIGO 'E DIOS"

—¡Güé!

Sí, insistían atrás de las casas...

—¡Se les habrá descompuesto el aparato!

Los perros desesperábanse en ladridos de sorpresa y espanto.

Como con cuenta gotas, la indiada y los gurises fueron apareciendo.

Don Panta, con el propósito de no dar importancia al acontecimiento, continuaba con su mate bajo los ombúes, pero hubo de ponerse en pie cuando descubrió a su cuñado, el doctor Correa que, — enfundado en el guardapolvo de lustrina gris, con sus grandes anteojos amarillos y el jockey de cuero, polvoso, — venía jovial, alegre, saludándolo a gritos:

—¡Gaucho huraño! ¡es una vergüenza! ¡hay que venir a buscarte a tu madriguera!

El, parado, afirmándose en sus abiertas piernas cambuecas, cual si fuera a recibir una pechada, no atinaba a hablar.

—No tienes perdón de Dios.

—Y ha de ser así no-más, como vos decís...

—¡Y tu muchacha!

—Per áhi anda...

Y cayeron uno en brazos del otro.

—¡Hermano!

El caudillo se emocionaba:

—¡Añares que no nos vemo!

Y sordo hasta al anuncio de que le traía plata, todo enabebido en su revolución, iluminado con los fulgores de la epopeya abortada, lamentaba angustiado:

—¡Qué me decís? ¡Otra patriada al fudo! Y no

sería nada perderla, pero que nos haigan matau al General! ¿Qué me decís?

—Lo pasado pisado, resolvía el otro con absoluta tranquilidad.

Carreño proseguía:

—Gente teníamos, decidida, corajuda! Biyuya creo que no faltaba... Pa qué entonce no tuvieron la jarmas pronta? Pa qué no hicieron dentrar la gente 'el Brasil y d'Entrerrío y Corriente?... Pa qué?

El visitante, volviendo los ojos de sus inspecciones rápidas del ambiente, interrogaba:

—¿Y esa Chelita?, pero tú no me enteras ni como está tu gente!... Ni me presentas tu señora... Por qué te habías casado otra vez, no?

—Historia vieja... Por áhi deken andar guapian-do... E insistía:

—¿Vos sabés lo q'era el General? ¡Vos carculás lo q'hemos perdido! ¡Me parece verlo! Lo tengo presente. ¡Paisano lindo!... Criollo derecho, de los di ante! Y como guapeza, che! Corajudo, donde rayasen, donde lo buscasen! Y despierto, alarife, alpiste!... con su golilla blanca, con su poncho blanco, con su sombrero, com-una cuajada!

El cuñado que inventariaba hasta donde alcanzaba su vista, lo miró distraído:

—¿Qué? ¿Quién?

—¿Cómo quién? ¡El general Saraiva, pues! ¡El General!

—¡Ah, hum... pobre!, y concretó el fruto de sus positivas observaciones:

—Pero, hombre, no tienes ni una entrada para el

auto ni un galpón para guardarlo; los ranchos están semi derruídos...

—Hay que embarrarlo...

—Pero si tenía que venir yo aquí... Si tardo unos meses más hubiese hallado una tapera...

—¡Epa!, lo contuvo él, socarrón: no tan hondo que si ahuguen los pato!

Su pariente reclamaba:

—¡Arteche, Arteche!, por aquí, Arteche.

Al llamado un mozo alto, fuerte, elegante, se dejó ver.

—Te presento a mi cuñado, el valiente comandante Pantaleón Carreño.

—Habían llegado a mis oídos sus hazañas.

—Cosas de Correa...

—No, no, en Montevideo se le conoce...

—Bah... uno ej blanco...

Y al tiempo de nombrarse:

—Luciano Arteche, la mano ciudadana, precavidamente retobada en el guante, estrechó la nervuda y sarmentosa del paisano.

Se curiosearon mutuamente.

El pueblera estudiando aquel ejemplar típico de gaucho; el estanciero con la burlona atención apreciando los breches tan ajustados, los tubos amarillos de las polainas, la chapona, a la moda "di Uropa", con retrancas y sobrecincha.

El mozo agregaba:

—Encantado.

Y don Panta, como satisfecho del descubrimiento:

—¡Aaah! con qui usté había sido el tal vasquito

Arteche!, el vasquito Arteche, eh!?

Reía el entero auditorio.

Lo imaginaría de pito, faja colorada y gorra éus-kara?

Bueno, se justificaba la sorpresa, especialmente en relación con el diminutivo, que le cuadraba al tal vascazo, que medía un metro ochenta de altura, como a un Cristo un par de pistolas.

Fueron hacia el patio donde ya la curiosidad femenina había dado la señal de alarma y, al reclamo del dueño de casa, aparecieron su hija y su mujer.

Chelita, delgada y pálida, vestida de oscuro, con su sonrisa dulce que le daba un aspecto tímido; Elin-da con cierta rústica simplicidad, su exuberancia de salud cantándole en todas las curvas y la gracia natural, como de fruta en sazón.

El tío disimuló la sorpresa que le causaba la juventud y la belleza de la segunda esposa del cuñado; encontró muy cambiada a la sobrina, a la cual expresó los cariños y recuerdos de los suyos y, mientras le entregaba los regalos de que era portador, habló de llevársela.

Arteche, muy hombre de mundo, intervenía oportuno en la conversación y el estanciero, deseando sus-traerse a aquella envolvente novedad, se interesaba, cual si nunca hubiera contemplado tal espectáculo, a la escena, — para él vulgar y cotidiana, — de ver colgar de una pata a un capón que, tras ultimarle, abrían, vaciábanlo de las entrañas y sacábanle el cuero con esa consumada rapidez y habilidad en la cual

el cuchillo filoso baila, salta, se desliza, con una precisión matemática.

Con todo, intuía que sus deberes de dueño de casa le exigían no apartarse tan decididamente de la plática por lo cual iba metiendo guiones de lejos en lejos:

—Vea no... Que Correa este... Este Correa...

Yo te voy a dar, oso viejo!, con que dando largas al asunto en las cartas? Pero tú te crees que eso es ser un buen uruguayo?

—¿Oruguayo?

—Sí, oriental...

—¡Ah!...

—Sí, no es sólo con la lanza que se propende a la elevación del país; no ves que estás cometiendo un crimen abandonando estos campos flor, empastados, llenos de aguadas, de montes y con tierras excelentes...

—¿Y qué querés?... yo estoy medio maceta...

El no le iba a relatar sus cavilaciones, sus dudas, los parlamentos con su gente, las consultas a los linderos, lo que sacó de las discusiones.

—Que, por lo menos, dejes trabajar a los otros.

Don Panta sonreía, indeciso.

Su cuñado acentuó su familiaridad y arreció el ataque de propuestas y consejos.

El hombre tenía y traía el decidido propósito de realizar su negocio y no se iba a ir sin dejarlo redondeado.

No perdía tiempo, pues, y exhibía sus conocimien-

tos discretamente empíricos, barajaba cifras y sacaba consecuencias que hubieran deslumbrado al paisano si éste se hubiese preocupado de tomarlas en cuenta y comprenderlas.

Mientras se asaban los costillares, los visitantes resolvieron hacer, en el auto, una gira por el campo.

Se necesitaba cortar el alambrado para hacer entrar el coche, pues la portera vieja era inútil abrirla desde que, a unos metros, el camino estaba tallado por un sangrador vuelto zanjón.

El doctor le sugirió:

—Manda a un peón que vaya guiándonos para evitar algún contratiempo.

El Comandante, respondiendo:

—Quien más baquiano que yo, intentó ordenar: ensillemén el ruano.

El visitante le impidió tal maniobra:

—No, señor; tú, la Chelita y tu patrona vienen en el auto con nosotros.

—Vamu a dir apretau, se defendía el paisano.

—¡Qué! si adentro caben holgado tres personas. Arteche guía. Ponemos a la sobrina a su lado y nosotros nadamos... y podemos seguir hablando de nuestros intereses.

Carreño remolineaba.

—¿No será mucho peso?

—Ni pensarlo.

—¿Y p'arrancar? o en algún cuesta arriba, en un barrito?

—Son dificultades superables; no te preocupes.

El no daba su brazo a torcer.

—¿Y si se empaca?... He óido rilatar...

—¡Ríete de eso! Arteche es un mecánico de primera. Tenemos repuestos de todo...

El gaucho, agotada su inventiva, no sabía de donde desenterrar pretextos.

Iba a tener que entregarse.

¡Subir al automóvil cual si fuera un lisiado!

¡Cómo si al criollo no le hubiesen hecho la horqueta de las piernas para ajustarse en el lomo de los pingos!

.....
Pasó junto a los peones sin mirarlos, cual si los fuera a traicionar.

El cuñado, con sus observaciones y sus respuestas previsoras, le cortaba todos los desagües de sus pensamientos.

Caminaron hacia la máquina.

El lerdaba atrás, pidiendo a su Dios un accidente, un ataque, una "pataleta", para no claudicar.

La mujer y la hija los seguían, dóciles, y por allá en el callejón, el "vasquito" dale a hacer chillar la boeina, alborotando hasta dejar ronca a la perrada.

Peones y agregados, en esa característica manera de estar de pie, medio arqueados para adelante, la cabeza atortugada entre los hombros, apoyados con los antebrazos en los palos a pique del corral, "bombaban".

El automóvil hizo unos escapes ruidosos, descargó una nube de humo y ya volaba por el campo.

—Barullento y gediondo, en el comentario de un campero...

...Asustando los caballos y las vacas y provocando el alerta miedoso y unánime de los teros alborotados.

—¿Qué me dices del Forcito, eh?, le interrogaba el cuñado.

—Nhju... hizo él un sonido entre gutural y nasal, como respuesta indecisa o quizá indiferente.

—¿Es un pingo!

—¿Quién?

—El coche, pues.

—¿Ah!

—Te lo voy a mandar con el Vasco.

—¿Con el Vasquito?

—Sí, con el Vasquito; cuando él venga a empezar los trabajos.

—¿Ah! ¿va a venir? Y mirando al de la promesa, cual si no hubiera comprendido bien el significado de sus frases:

—¿Con que me lo vas a mandar?

—Sí.

—No... ¿Pa qué?... ¿Pa qué me los vas a mandar?... ¿Pa qué lo quiero?

—Hombre, para pasear...

—Por si acaso no tengo mis güenos caballos!

—...O para cualquier necesidad, para acarrear algo, para un caso de apuro, de desgracia...

—¿Dios nos libre y guarde!

—...Para todo sirve... Una forchela de estas no será un coche de marca, es un cachivache, pero para el campo no tiene igual; presta invalorable servicios... Se te enferma alguno: hombre, toro, car-

nero...

—¿Entreverás animal con cristianos! ¡Sos bárbaro!...

—Sí zhe, ahora, como que valen un capital... los primeros... Precisas un médico, tienes un enfermo...

—Lo que Dios no permita.

—...Una vuelta de manija, la puesta en marcha, sabes, y abur! Una carrera y ya está.

Venciendo la dificultad enorme de resolverse, de pensar, hasta de articular las palabras, contestó:

—Y güeno, mandalo... bah, de todos modo.

Y suspiró por el fin del suplicio.

¡Iban tan bien entre los acolchados muelles del auto! Deslizábanse como por un suave cuesta abajo de trébol y, sin embargo, a él le parecía tener los riñones atravesados por dos aleznas, le dolían los huesos cual si se le hubiesen despertado todos sus reumatismos y sentía las piernas duras, embaradas, lo mismo que si hubiese terminado un galope de veinte leguas.

La conversación del ciudadano le perturbaba las ideas.

El otro le evocaba recuerdos difuntos o lo forzaba a respuestas difíciles, complicadas o imposibles.

Ni un litro de caña lo hubiera puesto más torpe de sueño y trastavillante de embotamiento.

El verde campo eglógico ondulaba, como una hembra entregada, a la velocidad del auto. Los teruteros se dispersaban en abanicos tardos. En el purísimo cielo de esmalte un águila, venida quizá de las sierras de

Tacuarembó ampliaba armoniosa sus círculos, curioseando el negro y monstruoso insecto mecánico...

Volvieron a las casas y, cuando el doctor, riendo en su hábil matizar de la charla, le disparó:

—Lo que no te esperarías era esta sorpresa! y le entregaba una bolsita de libras esterlinas.

—¡Ora peta!

—Y esta otra, y le abría ante las narices un extenso documento.

Era el contrato de la futura sociedad agrícola-ganadera CARREÑO, CORREA & Cía.

La "Estancia de las C. C. C."

La marca nueva sería "3-C".

El, no sé de donde sacó fuerzas para protestar.

—Nó, nó, che, el nombre dejaseló!... "La Estancia Vieja", siempre si ha llamau así, siempre! Desdiant'el finau mi agüelo!

Se abrió el paréntesis de un silencio.

La evocación nostálgica y entrañable del gaucho se levantó como una cortina blanda contra la cual se deshizo sin sentido la argumentación del innovador:

—Poooco... poooco auspicioso...

El proponente del negocio, interrumpido su discurso, meditó el aventurar de un nuevo paso que encontrara terreno firme.

El caudillo le tiró una cuarta.

—Güeno, dej'a un lau eso, y seguí no-más.

El otro reanudó la lectura que se fué haciendo monótona, monótona.

—¡Hay qué firmar?, interrogó el estanciero, in-

tentando sacar la cabeza de entre la oprimente niebla que lo asfixiaba.

—Tienes tiempo... Hazte leer esto, con calma, por tu hija.

—No, no, ya me basta. (Hubiera agregado: me basta y me sobra!)

—Entérate de todos los detalles... Mira...

—No, no, pucha!, si a vos no te tengo confianza!

Y en el temor de tener que soportar de nuevo la cháchara formulista y leguleya, ya no opuso reparo a nada.

—Y güeno... metele entonce, si querés, las tres C... Ahí, ahí, porque de todos modo nojotro le vamu a decir comu ante.

Y no leás más que me parece que me viene un váhido 'e la cabeza.

Y tomando las fojas fué hacia adentro a garrapatear su gruesa firma inhábil.

Con el asado bebieron vino copiosamente.

El personal de servicio empezó a perder su tímida compostura y cambiaba cuchufletas o arrojábanse los huesos con zafia grosería.

El vasquito Arteche, improvisamente entusiasmado, con cierto aire de rematador dominguero, planeó sus proyectos.

¡Vastos, magníficos, audaces!

Retentiva no le faltaba y se traslucían no muy lejanos estudios y exámenes.

Allí se alzó una nueva y bonita construcción de material, crecieron árboles, surgió una granja, verdeó

la chaera extensa; junto a los galpones de la cabaña se abrieron modernos baños para las ovejas, por allá lucieron los corrales y las aguadas artificiales y el liso camino flamante — sin consideración ni respeto alguno — se llevó por delante el cementerio!

¡La mar en coche!

—Parece don Carretel!, surgió la comparación hiperbólica de un peón.

Otro dijo:

—Eso no si acaba ni p'al año verde!

Reían dubitativos, burlones, los más.

El doctor Correa ordenó trajeran más vino; lo ofreció al personal y lo invitó a que desfilase nombrándose.

Fué otro motivo de jarana.

La mozada, alegrona, se reía hasta por higos verdes, y cuando alguno daba un paso al frente, presentándose y repitiendo, — seguido del "pa servir a usted", — el nombre y el apelativo, el patrón o uno de los compañeros le aditaba el alias:

—José María Rueda...

—Rodá no-más... el Polilla...

—Paneho Camejo...

—Carretilla Lisa.

—Primitivo Pereira...

—Pantasma.

—Carlos Olsina...

—Empachau o Pancita.

.....

Y les regalaba un peso a cada uno, cual si quisiese hacerse disculpar el discurso que les endilgó, decla-

rándolos como mensuales dependientes de la nueva firma.

Los forasteros, por no encontrar allí ninguna comodidad, se fueron esa misma noche y luego fué el Comandante quien habló a los "indios", los hizo formar y como complemento de su frase fatalista:

—Qué le vamo-j-hacer...

...Sacó la bolsita de libras que le había traído el cuñado y, preguntándoles picaresco:

—¿Quieren que les haga sonar o que les haga go-tiar?

...A medida de los gustos, al regalarle a cada uno una amarilla o de caballito, se las dejaba caer en la mano o la pegaba con otra moneda, haciéndola tintinear armoniosamente.

—No siempre nos han de llamar pa pedirno la balota... se felicitaba uno de los favorecidos, mientras, con los compañeros, iban hacia el boliche a jugar aquellos reales que les pesaban demasiado en el cinto.

Don Panta restó en casa y no durmió en toda la noche.

—¿Me habrán patiau las sardina?

Porque, natural, en homenaje a los huéspedes, habían enriquecido el sumario menú habitual con pasas de higo, conservas y dulce de membrillo con queso fresco... y el vino, el vino que debía ser quien le mentía que por el callejón ya venían chirriando los ejes de las carretas, gimientes bajo el peso de las cosas nuevas...

¡Las cosas nuevas!

¡Y se vendrían no más!

Y ya no las podría atajar... Había firmado aquellos papeles...

Luego de encender una vela, se levantó a buscar los documentos y al resplandor indeciso de la llamita y tal vez por algún temblequeo de sus manos viejas, le parecía que las letras se movían, marchaban cargadas de elementos misteriosos, que terminaban por transformarse en los galpones, las casas, los árboles, las aguadas de que hablara el famoso vasquito Arteche...

.....

Lo que pronto llegaron fueron cartas del cuñado, — más largas que el rosario de la aurora, — y tarjetas postales muy bonitas, en las cuales el ingeniero agrónomo, desde Montevideo y Buenos Aires, enviaba saludos a Chelita y a "su respetable papá".

Ya se había divulgado la novedad por todo el contorno y cuando empezaban a creer que aquello iba a quedar en "agua de borrajas", se inició el arribo del material, — alambre, maderas, zinc, cal, semillas, máquinas, — como para poner un boliche!, elementos con los cuales el progreso comenzaba su ofensiva por aquellos andurriales.

Inesperadamente, una mañana sonó la bocina del auto.

El ingeniero agrónomo llegó con un carpintero y

dos albañiles, gringos los tres, "pueblerazos y enrevesados".

Lo que sí, gente de trabajo.

Esto pronto los hizo considerar y respetar.

Al rayo del sol o bajo las lluvias de Octubre trabajaban sin descanso, concienzudamente, y si bien el eriollo pundonoroso, que se resolvía a acompañarlos en su labor, no mermaba "ni la pisada de un mosquito", de buena gana alargaría más la siesta y tenía necesidad, de vez en vez, de algún trago y buche de caña terciada.

Los paisanos enseñaron a los obreros a ponerse las estrelladas hojas de tártago en la cabeza para atenuar los rayos solares, como a atarse una trencillita de seda negra en el pulso para cuando se les "abría" la muñeca.

Quizá por una predisposición nacida de la favorable expectativa con que los envolvió la fiebre de novedad de las innovaciones, los indígenas fraternizaron con los extranjeros y quizá también por el contraste de un acercamiento tan fácil con ellos cuanto difícil con don Arteche, con ser este "hiju 'el país".

A medida que a los forasteros se les ablandaba la lengua y comenzaban a chapurrear cristiano, se iban adaptando al ambiente, al mate, al churrasco, a las costumbres, a alguna broma, por lo general de mal gusto y bastante pesada.

El más joven montó una vez un redomón duro de boca y cuando era de suponerse lo sacase limpito en dos o tres coreobos, el mozo torpe, pero extremadamente forzado, clavó las piernas como dos tenazas en

los flancos de su flete, sostuvo al animal en las riendas y lo cansó a disparadas por el campo.

Otro se hubiese quebrado el espinazo de una rodada.

Pero los borrachos, los gurises... y los gringos, tienen Dios aparte.

Uno de los viejos, aficionado a la caza, trabó un perfumado conocimiento con un zorrino enojado, y al otro que, — a falta de pan, buenas son tortas, — andaba en picos pardos con una negra, lo sorprendieron mientras dormía con ella, ataron la pareja con unos maneadores, y, a la luz de la luna, pasearon el catre con el matrimonio... entre un desafinado coro de cantos, imitando una procesión religiosa que habían visto en el pueblo.

Esta vez el nación se les había enojado feo; la morena quería irse de la estancia por la vergüenza...

Por suerte consiguieron ahogar en unos vasos de caña, que ellos acompañaron solidariamente, la ira del enamorado.

Las cosas marchaban.

Un amplio galpón de madera y zinc alojaba en una parte el material de construcción, máquinas agrícolas, dos toros y cuatro carneros reproductores.

En su otro extremo albergaba al mozo de Montevideo, como había caído en llamarle la peonada, olvidándose del don habitual y dada la prohibición por parte del interesado, de aquel irrespetuoso y confianzudo "vasquito Arteché".

Sólo el patrón gozaba de tal privilegio.

El administrador era enérgico y severo; de pocas palabras.

Latigueaban sus órdenes secas e impositivas.

Les había marcado buenos sueldos a los que habían querido trabajar y, en un dos por tres, hizo una buena limpieza.

Espantó a Crecencio Pata porque venía a hacer perder tiempo con la guitarra.

—Venga los domingos, amigo... En vez de andar por los boliches, pueden reunirse aquí... tomar mate, oír el fonógrafo, comer, pero del lunes al sábado hay obligaciones.

Ya tenía señalado al Polilla por haragán.

Al asistente del Comandante lo sentenció:

—Me hacés otra, y vas al callejón!

¿Y qué había hecho para merecer un castigo de tal gravedad?

Una nadita... y muy explicable: en un mandato del ingeniero se entretuvo unos minutos mirando una "treinta y una" vista, jugada por "máistros".

¡Cómo pa divertir a un ciego!

Y que, contada al patrón, lo hubiese dejado contentazo, haciéndole evocar recuerdos y anécdotas.

Pero esos puebleros no comprendían nada.

.....

Después vino lo de los caballos, lo de los parejeros.

Como siempre, apartó el de don Panta, que "tenía corona" y prohibió los vareos y las carreras de prueba con las cuales los indios se divertían tanto.

"experimentando sus sotretas", malgastando el tiempo y pelándose los vintenes.

Con el Tuerto había sucedido algo muy serio.

El viejo agregado rezongó porque le echaron en cara el haber dejado sucio un toro.

—Ni que fueran hijos 'el patrón.

—Usted se calla, hace lo que lo mando y marcha derecho, amenazó Arteche.

El sentenciado se había detenido ahogado de rabia.

Se le desmoralizaba el castillo de naipes de su prestigio.

A él, que había conquistado el cariño y la confianza ilimitada del patrón y los suyos, que hiciera un culto de su amor a la estancia, que llevara su lealtad a posponer su partidismo para vegetar allí, — pero haciendo las veces del jefe!, — a él lo iban a venir a manosear!

—Y ese endevido! Ese cajetilla venido quién sabe di aunde!

Adicto como un esclavo, disciplinado como un milico, leal quizá hasta la sumisión del perro, pero con el Comandante!, con su gente!

¿Y ahora?

En la mueca que alteraba sus facciones restaba como una ironía triste su eterna guiñada burlona.

Se iba a "desbocar".

Se adivinaban estallando como petardos los hirientes y gruesos vocablos contundentes de los cuales es pródigo nuestro lenguaje popular.

Pero calló...

Quizá por que esfuerzos de dominio de la voluntad.

Por qué falla de algún concepto que no se le definía...

Vaya a saber si no había por allí un reconocimiento de la superioridad del contrincante...

Esto, — apenas larva de idea en la mentalidad rudimentaria del paisano, — lo trabajó como una carcoma.

—¿Por qué no le retruqué?

Y se mordía de rabia impotente.

Entre el colectivo malhumor y la antipatía generada por el intruso, el introducido, como criticaban ellos, comparándolo brutalmente:

Introducido como la mugre!...

...Se incubaba un odio sordo y, cuando supieron lo sucedido al Tuerto, increparon a éste, reprendiéndolo, como en una defensa y un dilucidar de sus propios problemas:

—¿Cómo emprendió la cuestión? ¿Y cómo jué que vos te le callaste? ¿Por qué no lo rajaste de una putiada!

El aludido explicaba:

—Que se yo! Estuve tentau! Se me vino a la boca una buena sofrenada! Pero tuve que ponerme a pensar lo que soy yo aquí... Que sé yo; el patrón nu es él, pero don Panta nos endilgó aquel sermón, dijo q' era como si juera...

Se hizo un silencio.

Parecían estar vencidos.

Pelea más ruda que con los "salvajes" aquella con

el desconocido armado de los misteriosos poderes de lo no habitual, de lo nuevo, de lo imprevisto.

Combate más difícil porque era con conceptos, con ideas, que resultaban algo así como los fantasmas inconsistentes de sus consejas, de las apariciones, para las cuales no hay bala que hiera ni puñal que corte.

Estaban como suspensos y anodados, en más fiera derrota que la de las cuchillas.

Los buenos criollos golpeados, explotados, ignorantes y miserables, eran algo milicos.

La oscura animadversión hacia el pueblera, los celos a quien de buenas a primeras se improvisa en una especie de tirano que lleva por delante costumbres y tradiciones, pisotea hábitos, rompe modorras y corre ocios, debía manifestarse.

El mozo de Montevideo, era de una chocante exageración en cuanto a higiene.

Según él había que tratar a los animales con un aseo incansable y continuo.

—No sé pa que no li hace echar agua florida a las ovejas?

...Y una tarde en el patio de afuera, cuyo cuidado correspondía a los peones y que debía estar limpio como un espejo, al petizo aguatero, — a quien pronto se daría de baja porque preparaban un pozo artesiano, — se le ocurrió hacer por allí una excursión y dejó evidentes señales de su paso.

Al fondo, bajo el palio de madre selvas, jazmines y mburucujas, entre los cuales zumbaban las avispas, roncaban unos mangangaes borrachos y volaba

nervioso — diminuto aeroplano — un metálico colibrí, cosían las mujeres.

La negrita del mate dulce, con el delantal blanco y el relucir de la bombilla y la boca de plata del porongo, dinamizaba un óleo de Figari.

Completaba el cuadro el Tuerto, quien, con el cuchillo que cortaba un pelo en el aire, sacaba tientos — sutiles como un hilo — del amarillo y traslúcido pergamino de una lonja.

El no vió venir al superior. Este, como lo tenía entre ojos, notando que ocupaba su tiempo en una tarea personal, cuando le dirigió la palabra, ya empezó a hablarle en alta voz, con agrío acento.

—¿Aranda, no tiene nada que hacer?

No, señor.

—Ah, no!

—No, señor; carece pa ueuparme 'e mis cosa.

—¿No, señor, eh? habrá que comprarle anteojos? ¿No vé, eso sucio allí, en medio del patio? Hay que repetirles mil veces que yo no quiero ver ni una pluma ensuciando delante de las casas?

El reprendido lo miró como estudiándolo, entre sorprendido y airado.

Como no contestaba, el principal, alzaba más la voz.

—¡No siente!

—Pues, sí, señor!

—Y entonces?... Y entonces? ¡Agarre un escobillon y una pala y levante eso!

.....

—¿O quiere que yo lo ayude?

El Tuerto, con más ganas de echarlo a rodar que de otra cosa, respondió evasivo:

—Pantasma es el q'está 'e fagina.

—Qué fagina ni que niño muerto! Yo mando!
¡Vaya!

El tono descompuesto hizo alzar de la labor la mirada de las mujeres.

El viejo lo vió.

Hubiera sido tan lindo responderle con una rociada:

—Vay'a a mandar a su agüela! o a la que lo lambió!

Ahogado de mortificación, — mientras una llamada de vergüenza le encendía el rostro, — comprendió que era preciso responder a la ofensa y altivo, con voz clara, para que lo sintiera bien, le gritó:

—¿Y por qué no lu alza usté? ¡Yo no soy ningún junta bosta!

Era como un latigazo.

El ingeniero se quedó pálido.

Tuvo como un impulso de arremeter contra el rebelde.

El gaucho le estaba enfrente, en pie, medio como para saltarle.

Seco y ágil — trenza de músculos y nervios — parecía un puma viejo, y con la herramienta de trabajo de su filoso cuchillo en la mano, era más peligroso que aquel...

Con las facciones enriquecidas por la ira, el superior vociferó:

—¡Guarde esa arma!

El, cual si se le volviese hipnótico el brillo feroz de su único ojo, apuntó una sonrisa:

—Nó, si yo no soy ningún gaucho malo... Si yo no le v-i-a faltar si no me manosea...

Y con suma parsimonia, lentamente, fué colocando el acero en la vaina.

El forastero, dominándose, como no dando importancia al incidente, exclamó:

—Un estorbo menos! Ya puede retirarse, y ordenó imperativo a otro mensual:

—Camejo, limpie eso.

El mencionado, dubitativo, desmesuró los ojos.

—Está despedido, se enronquecía el patrón.

—¿Pereira!

Antes de recibir el encargo este respondió:

—¿Y cómo lo v-i-alzar yo?

Los peones fingían ocupaciones, se alejaban tardos, lerdos.

Había un evidente propósito de solidarizarse con Aranda.

Era como para sacar el revólver y hacerse respetar a balazos; quizá lo tentó dar una prueba de varonil valor.

—¿No hay peones, entonces? Y ya, afirmando: realmente es así, porque a estos cuatrereros y vagos hay que servirlos... No es todo rascarse y aire libre y carne gorda! Y existen quienes se enorgullecen de la abolición de la esclavitud!

Disimulando la ira que le enrojecía las sienes y le volvía blancos los labios, se puso a liar un cigarrillo, silbando.

Luego pidió:

—Doña Elinda, mándeme a Pitico, quiere?

E hizo transmitir sus órdenes por el chicuelo.

—A los peones que vayan a cobrar al almacén... Y a tata viejo que venga, que necesito hablarlo.

Don Panta Carreño, recién levantado de la siesta, se había enterado de todo.

Pero en vez de intervenir y solucionar el conflicto, montó en su caballo que, como de costumbre, lo esperaba ensillado, — y se fué a la pulpería.

El gurí, emisario de Arteche, voceó inútilmente:

—¡Tata! ¡Tata viejo!

...Pues él se hizo el sordo y apuró su cabalgadura.

La vuelta de don Panta Carreño del boliche fué aparatosa, melodramática.

Como en sus mejores tiempos venía vociferando e insultando.

Pero el tema ahora variaba bastante y, naturalmente, derivaba del último incidente de la estancia.

—Yo no soy más nada, canejo! Yo no mando! N' ordeno ni soy respetau! Si hace lo que quieren lo jetro! El patrón legítimo es cero a la izquierda! Cero mata cero!... Y tuita la Estancia Vieja son biene de dijunto, R. O., marca 'el Gobierno!

¡Eche que se redame! De todo modo el Comandante ha muerto! Lo vamu a meter nel Camposanto y dispués, pa completar la folía, le vamu a pasar el camino pu arriba!

¡Lindo caracho! ¡Lindo condenaus! ¡Lindo... lindooo!!!

La garganta reseca le hizo cortar el rosario.

Antes de llegar a los ranchos, sofrenó el caballo y llamó:

—¡Oh, de casa!

Los peones se habían ido todos; salieron las mujeres.

Blanca Celeste lloraba:

—Papá...

—Ah!, sos vos?, sos lá-hija? Llamás al dijunto?

—Venga, don Panta, lo reclamó su mujer.

El, gritando, se acaloraba:

—No quiero saber nada 'e ganau rabón! ¡Mujeres?... pa qué sirven? Pa jeremiar, p'andar con la lagrimita en la punta 'e la pestaña! Cerraba con esa definición el despectivo juicio, reanudando el rezongo:

Entonce nu hay pione?... Ya sé! Que venga, que salga, pues, el vasquito Arteche, don Preciso Arteche! Ese güena filcha, ese mentau vasquito Arteche!

Hubo de aparecer, por fin, el aludido.

—Buenas noches, don Panta... Entre, pues que está en su casa.

—Ah!, en mi casa!?

—¡Y cómo no ha de ser?

—Ajá! Con q'este viejo idioso tiene casa tamién, no?

—Para nosotros, usted nunca ha dejado de ser quien es.

El recibimiento no dejaba de ser respetuoso y cordial.

El restó un tanto indeciso, cortado, cual si la tolerancia de los otros, no respondiendo con violencia al ataque de sus increpaciones, lo desorientara.

La resistencia o la respuesta áspera a sus regaños le hubiera dado pie a continuar desahogándose.

Mientras descabalgaba, reprendió a los gurises:

—Vamo a ver aribocas, agarren las riendas, desensillen al animal, y no los dejaba arrimarse, espantándolos con el rebenque. Sin transición, se dirigió a su administrador

—¡Cómu es eso, amigo! ¡Cómu es eso que mi ha echau toda la gente?!

—Razón habría.

—Vamu a ver.

—Dígame, don Panta: usted es el patrón y en lo que manda debe ser ciegamente obedecido?

—De juro.

—Usted encuentra una cosa mal hecha y creo tendrá derecho a retar al descuidado o al haragán?

—Cierto.

—Yo creo estar autorizado a representarlo...

—Hacer mis vece...

—...Y así que si me faltan a mí, le faltan a usted.

—Nhjum...

—En el trabajo hay que cumplir y hay que respetar, ¿no es así?

—Es. La lidia es la lidia.

—Y no andar con chicas ni con paños tibios... Creo que aquí nadie tiene el puesto comprado y no hay otro mérito que el de ser cumplidor y trabajador.

El que no sabe sus deberes, no observa sus obligaciones no tiene derecho al sueldo y ni a la comida, y el que compadrea o se rebela debe necesariamente recibir su castigo. O sino esto es un bochinche!

—Puede que tenga un poco 'e razón... Y el más contrario 'e los cachiquengues soy yo mismo, pero, amigo, echarme toda la gente! Muchachada flor, güenaza... liberal p'al trabajo... y por una pavada...

—Pavada! Es cuestión de principios, de orden y disciplina.

—...Blanco todo!, que siempre mi han acompañau di alma, sin pedirme un rial! Medios cabeza dura, porque tuito semo así... Por la dinidá, sabe...

—...

—Se mi han quejau, sabe, qui usté los trata a la baqueta y q'es medio, medio farfantón, sabe... Y ellos acostumbraus con este gauchó viejo, q'está mal en decirlo, es un padre pa todos...

Yo comprendo que es güeno ser reto, pero todo tiene su maña y su yeito...

Nu hay que llevarse por delante la vaca y la cría chica.

La razón es la razón, pero se le dice despacito al que comprende y se le grita sólo al sordo...

Sin darse cuenta, él, que había llegado reivindicando briosamente sus derechos, se dejaba arrastrar por una corriente de palabras, embrollaba sus conceptos y casi descendía a la súplica; la violencia arrebatada donde se evidenciaba la influencia de las copistas, se volvía un abogar sentimental y enternecido:

—¡Uememe los muchachos, amigo... Vamu a to-

marlo... Yo creo que no li han faltau tanto.

Arteche transigía:

—Bien, no se hable más de la cosa... Usted es quien manda, y recalco las frases, pero yo le pido que con su influencia los aconseje o les imponga el cumplimiento de la obligación y el respeto y la obediencia.

—Sí, señor... y volvió a repetir: sí, señor, con esa respetuosa obsequiosidad propia de nuestros antiguos hombres del campo.

Y luego, cual si tuviese necesidad de abrirse en confidencias, de ganar hasta el fondo la buena voluntad del que dejaba de ser su inferior para equipararse a sí mismo como un amigo, le contó:

—La indiada andaba muy afligida... ¡Cómo mé iba a dejar, amigo! El pobre Tuerto viejo lagrimea... sabe..., y eso q' es de mal arriar, pero respeta, sabe, respeta!

Y el Comandante, ablandada en sensiblería la borrachera, no quiso saber de dilaciones, montó a caballo y salió a escape, a llevarles la buena nueva y a buscar a los "muchachos".

*

En medio tan desolado y salvaje, el mozo de Montevideo comenzó a extrañar la ciudad.

La enorme melancolía de los campos desiertos, con el espectáculo monótono del desplazarse cachaciento de los novillos, de los caballos, de la majada, que una mano invisible llevaba, traía, sin prisa, en el verde tablero de las praderas y las cuchillas; el sucederse de

los días iguales cuya ineditéz no lo podían sorprender, lo hartaban de tedio.

La poca familiaridad de don Panta, quien dudando siempre si había hecho bien o mal con permitir la invasión de los intrusos, lo eludía, escapándose al boliche...

La sobria simplicidad del paisaje invariable que daba no sé que sensación de infinito mostrando el indiferente escenario donde habían pasado y seguirían rodando los siglos... El silencio, aquel silencio que era como un fluir del alma de las cosas, de la tierra y el monte, de los mismos seres; de esas mujeres opacas que andaban siempre lentas y canturreaban bajo interminables secretes; el mismo canto de los indígenas, gimiendo en las vidalitas y las nenias desgarradoras. lo llenaban de una nostalgia invencible.

Y su malestar espiritual llegaba al fastidio cuando el atardecer lo cercaba de sombra, de la angustia del balido suplicante de las bestias, del graznar áspero y agrio de las lechuzas y de aquel río de tristeza que, desde la cocina de los peones, venía en el temblor cadencioso de los estilos que gemían la guitarra o el acordeón.

.....

Su jerarquía le cerraba la sociedad de los inferiores y, cuando deseaba se alargaran las baldías veladas nocturnas, después de la cena, o se interrumpían con el sacramental:

—Pase buenas noches...

...que si don Panta estaba presente se completaba con el augurio:

—¡Guéenas se las dé Dios.

El, por educación no abría una boca grande como el horizonte.

Probó de jugar a la escoba, al truco, con el principal.

Se le caían las cartas de la mano.

Lo intentó con las señoras, que no sabían sino el puntillo, el burro...

La lotería le amontonaba la chiquillada incómoda...

—¡Qué programa!, lamentaba el exilado, y salía a mirar las estrellas, no por refinamiento poético, sino para calcular:

—A esta hora bailaríamos en el aperitif-danzant del Bristol... Correríamos en automóvil hacia el Tigre, en Buenos Aires, a cenar bien acompañados.

¡Las mujeres! Eso era la obsesión, la necesidad urgente y terrible.

¡Las mujeres!

Contemplaba a Chelita.

—La única candidata... hum!

.....

Ella no hacía nada por atraerlo.

Después estaban las chinitas; algunas una ricura!

Pero ¡qué diablos! cómo maniobraba entre los indagadores y hostiles ojos de veinte personas?

Voy a tener que conformarme con la niña, monologaba burlón...

—La niña Chela...

Y asociaba a ésta el vago recuerdo de la historia

de una niña Chola, mexicana, famosa por su apasionamiento y que, al decir del loco Pérez Vargas, — quien siempre tenía alguna nueva, — era ¡como toda la vida!

.....

—Pérez Vargas, qué loco bravo, qué tipo pierna!

Y si se trajera alguno de los compinches de Montevideo?

Le iban a hacer algún disparate: "mirá quienes!"

Y con aquel gaucho semi bárbaro...

Era preferible llamarse a sosiego, no reeditar sus hazañas moceriles y, en todo caso, desquitarse, tomarse la revancha cuanto las circunstancias le permitieran hacerse una escapada a la capital.

Las visitas de Carretel y de Hoeninghaus le prometieron reconciliarlo con el vivir civil, pero tras contadas pruebas le escapaba al catalán verboso y del "médico" no quería saber sino lo que se refería a su hija mocita.

Empezó a "enredarse" y bien, con la muchacha, pero por amor propio y la guaranga estupidez de los peones tuvo que abandonar la partida.

La alemanita había venido a la estancia y se había derretido toda ante sus piropos.

El comenzó a interesarse por... las ágatas y los cuarzos e iba bastante a menudo a casa de los vecinos.

Comenzaron a darle "bromas" y él a negar, y los peones, idiotas, lo vigilaban hasta cuando salía de noche.

Las relaciones progresaban todo lo oculto posible, pero en uno de los paseos en auto de la gente de Carreño, pasaron por lo del doctor en agua fría y tanto

la Chela como Elinda, descubriendo a la rubia hermosa, descalza, con las piernas chorreadas de barro, trabajando en un forcejeo testarudo con una mula arisca que se empacaba en la noria, felicitaron al novio:

—Su simpatía, Arteché.

—Oh, hay que alabarle el gusto.

Y él, por hacerse el interesante:

—¡Salgan de ahí con esa mugre!

.....

Luego, para evitarse burlas, ni a escondidas podía ir a lo de Hoeninghaus.

El empezó a maniobrar para hacerse notar de la hija de Carreño.

La buscaba para hablar y pasear; le repitió que jamás había tenido nada con la "carcamaneita".

La Chela se comportaba con una discreción y una reserva poco propicia a los amoríos.

Eso nacía de su convicción de que su insignificancia no iba a interesar "a un mozo así".

Pensaba:

—Si yo fuese otra... Coqueta, bonita, llamativa...

Quería despreocuparse:

—Bah, de todos modos...

Pero no podía evitar una vaga rebelión:

—No le gusto...

...un mortificarse al parecer que el no descubrir que en ella había un alma, un corazón, una mujer, la humillaba y la ofendía!

Volvió sobre el punto, se criticaba:

—Soy una boba! acaso él ni nadie tiene obligación de reparar en mí, de tenerme cariño?... Mire que a uno se le ocurren disparates!

Y, casi ferozmente, se aplicaba a cortarle las alas a sus sueños.

.....

El sacaba una silla del escritorio al patio, se sentaba a horcajadas. Leía un diario; lo arrojaba, aburrido... Quemaba un cigarrillo, otro, otro...

Tomaba un libro, lo hojeaba, lo cerraba...

Bostezaba sin poderlo evitar.

A ella le daba lástima:

—¡Se aburre, señor Arteché?

El se aproximaba:

—¡Qué quiere?, no es muy divertido esto...

Hablaban.

La chica, temerosa de que se agotaran los argumentos, le daba "bromas".

—¡Ha recibido alguna otra cartita perfumada?

—¡Para qué lado apuntó la cáscara de sandía hoy?

.....

—¡Bueno, por aquí ya no habrá más nada; pero y lo que dejó en Montevideo?

.....

—Ustedes son muy engañadores...

Esa necesidad ineludible de conversar, de encontrar un confidente, un ser en el que se anhela hallar el "hermano", la afinidad o el amor, lo impulsaba a arrojar puentes en busca de la otra alma!

Le contaba algo de lo que traía el diario, narrá-

bale el argumento de la última novela leída y así, insensiblemente, fueron identificándose, necesitando uno del otro.

Si examinaban la relación, el reía.

—¡Tiene cada idea! ¡Pobre loca!

Ella:

Es un ser que me produce miedo... Me parece tan sin sentimientos... Yo no me enamoraría nunca de un hombre así... Mismo como amigo, es tan burlón...

Sin embargo en su inclinación hacia él, en la admiración por su puesta figura, existía algo más inspirado por el niño ciego que por una simple amistad.

Lo revelaban sus propias actitudes.

No siendo ya la pajuerana del "sí" y del "no", cuanto la conversación no se encuadraba en la banalidad de los lugares comunes, como si el rozar temas sentimentales la expusieran al peligro de desnudar sus más recónditos secretos, una especie de temor instintivo la cohibía. Los párpados, sombreados de aterciopeladas pestañas, poníanse inquietos como dos pájaros huraños y terminaba por quedar con la vista fija obstinadamente en tierra.

El, dominador de la situación, de intento la confundía más, pidiéndole:

—¿Me dice qué esconde en la mirada?

—Ningún misterio.

—Sí, porque lo oculta, pero yo se lo voy a descubrir.

.....

—Anímese a mirarme a los ojos que le adivino el pensamiento

—¡Qué miedo!

—Y voy a descubrir de quien está enamorada.

—¡Es quiromante!

—¿Y por qué no?

—A ver... sin parpadear...

Y, audazmente, intentaba tomarle el mentón, le buscaba las pupilas y fingía un cómico asombro:

—¡Pero, si estoy yo, ahí!, retratado en sus ojos!

La niña Chela se retiraba turbada de aquellos juegos, como abochornada de una presunta debilidad que adivinaba en sí.

El gozaba con tal esgrima.

Sorprenderla, desorientarla, le placía y lo halagaba cual si con ello afirmara su fuerza.

Estimándose invulnerable, todo lo que podía suceder, — y ya había acaecido, — era que la chica se enamorase.

—¿Y?... ¿Qué había con eso?

Por lo menos tendría en que entretenerse.

El noviazgo no lo seducía.

—No son para mí estos merengues.

Su sueño era una mujer desenvuelta, moderna, hasta fuerte, como si la vida fuera un automóvil cuyo volante debiese encontrar otros puños hábiles y enérgicos si se escapara de los suyos.

Chela no experimentaba la necesidad de examinar sus conceptos sobre el amor porque continuaba resistiéndose a admitir su posibilidad, a pesar que, sin saberlo, — como en un trabajo de zapa, — iba saturándose de sentimiento y de pasión.

Se jugueteaba, se sonreía, se hacían las fintas del

flirt.

El, — cual si fuese un espectador, — se alejaría del espectáculo cuando se le ocurriese.

Ella, encarnada en la heroína de la pieza, había de jugar toda su parte, como la mandase el destino.

Para el galán aquello era un pasatiempo.

La primera dama, creía pintarlo a fondo, apreciándolo:

—¡El es tan dragón!...

Quizá acertaba; pero no era tan definida la suposición, de impulsarla a abandonar la sugestiva, palpitante, envolvente comedia del Amor.

Una dolencia insignificante, pero que hizo guardar cama por unos días a Arteché, lo convenció de que una mujer a su lado, — con todo el prestigio del eterno femenino, línea, gracia, suavidad, ternura, — le era imprescindible.

El era un sensual.

Como el niño exige, absorbente, la presencia de la madre, por saber que está a su lado, hasta por instinto, él necesitaba moverse, — como en su clima propio, — en el halo de una mujer.

Lo malo que no se conformaba con eso y pretendía como posesionarse, empaparse de todos los encantos, las gracias, los sortilegios que integran la atracción de la eterna Eva.

Celeste se había reducido a hacer preguntar algunas veces por su salud y sintiendo un irresistible deseo de verlo, quería atribuir esto a un sentimiento de compasión.

Sufría con el dilema.

—¿Iré?, ¿no iré a visitarlo?

Resolvió:

—Debo ir... Si dudo es que temo confesarme que mi acción no es sólo la de una amiga... Sin embargo es evidente que no es tan desinteresada la premura... Cómo se reiría él, si supiese esto! ¡Qué ridículo y qué vergüenza!

Le volvía la indecisión:

¿Iría?, ¿no iría a verlo?

El pudor, el no querer declararse que un secreto impulso giraba alrededor de la atracción del hombre, le impedían ir por sí misma a enterarse del estado del enfermo:

El, sin adivinar la íntima y escrupulosa lucha, talló neto la duda: la mandó llamar.

.....

Entre veras y burlas, cual si asistiese a un interno desdoblamiento, Chela se sorprendió un tanto al constatar su prolijo atardarse ante el espejo, en el elegir un vestido que le "sentase", y hasta en desenterrar un anillo semi olvidado en el fondo de una caja...

—¡Qué boba me estoy poniendo!... ¿A qué estos preparativos?

Mientras daba gracia a los rulos de la frente, le asaltó esa ambigüedad de desconfianza y de ridículo que agría la esperanza.

—¿En el fondo no se reirá de mí?

Y se le presentaba: esbelto, ágil, con su rostro fresco, la boca sana, de dientes cuidados, la luz viva de los ojos que emanaban confianza y fuerza.

Era un bello ejemplar humano.

—Qué lástima que tenga ese temperamento positivista, esa pésima costumbre de reirse de todo, hasta de lo más excelso y delicado que existe.

Recordaba sus comentarios de befa a los gestos románticos, a las empresas levantadas, a las inclinaciones místicas.

Esa misma admiración que ella probaba por el heroísmo bajo cualquier aspecto y le generaba un culto a su viejo padre guerrero; el respeto que experimentaba frente al sacrificio, a la superación necesarios para elevar la existencia a su jerarquía espiritual, cultivando un principio, un amor, un ideal!

Para él, por una forzada posición espiritual, todo servía de tema de mofa.

Por suerte, cuando tras anunciarse, entró confusa, encendida de rubor, en el cuarto del Ingeniero, lo encontró, — como no lo esperaba, — con un aspecto muy saludable.

Esto le dió tema.

Con los ojos jubilosos, constató:

—¡Pero si usted está bien!

—Sí... es el efecto de sus visitas y cuidados.

—Sabe que siempre me interesé por usted... No merezco tal reproche.

—Sí, yo comprendo. ¡Vivimos tan lejos! Cualquiera se anima a ese largo y expuesto viaje de atravesar el patio!

—Pero hágase cargo.

—¿No trajo escolta?

—No me va a dejar ni justificarme... Yo pensaba venir...

—Sí, pero si no me resolvía a llamarla podía morirme esperándola.

—¡Morir!, exclamó ella como aterrada ante la remota, pero posible probabilidad. Luego lo miró tan rozagante, hasta alegre...

—Bueno... morirme de ganas de verla.

—Tenía tanta necesidad de usted, de sus palabras, de su compañía.

Ella, halagada, sintióse casi conmovida.

—...¡Tan solo! ¡A veces desesperado!... Pareciéndome, pareciéndome digo?, constatando mi abandono, que nadie me quiere ni se preocupa de mí y que si la dolencia se hubiese transformado en cosa grave hubiera sido preferible encargar a la browning que solucionase el problema.

A Chela, a quien la novedad de la entrevista la predisponía a una extrema sensibilidad, se le presentó el cuadro trágico, le pasó un escalofrío por el cuerpo al oír la referencia al instrumento de muerte y no pudo ocultar su angustia al reprocharle:

—¿Por qué es así? ¡tan cruel!

El la miró, reveló el arreglo, su nerviosa emoción y le tomó una mano, que ella fué incapaz de retirar por temor de disgustarlo y cual si, restando inmóvil, demostrando o aparentando no aperebirse del hecho, disminuyese o atenuase su importancia.

El enfermo, sin dejar de hacerle una dulce presión en la mano, continuó hablando de temas banales.

MONTIEL BALLESTEROS

Chela aguardaba una concordancia entre sus frases y la tibia sensual sensación experimentada por su epidermis.

Algo extraño de vago sueño, de deliciosa languidez, la invadía.

La tarde era dulce, silenciosa y dorada, y parecía que por la ventana, que recortaba un rectángulo del éter azul, entraba toda la poesía de los cielos.

El, sin comprensión para el instante que quizá exigiera un mudo recogimiento, le hablaba de temas sin color, que su corazón oía apenas, ansioso en la espera de una enorme pregunta que hasta en su emocionado callar encontraría un eco, una rendida, sumisa respuesta.

—¡Qué hombre raro! pensó.

Luego, destruyendo su imaginativo sueño, aquel espigar entre la vulgaridad de las frases que no le rendían la ilusoria cosecha, se reprochó:

—¿Por qué se me ocurrirán estas tonterías?

Y resolvió poner un fin al proceso angustioso:

—Luciano, usted disculpe... me tengo que retirar, e intentó incorporarse.

El, soltándole la mano, comentó con sequedad:

—¡Ah, se va?... Tiene razón; aquí la van a comer!

Ella, impaciente por corregir su torpeza y temerosa de ofenderlo, volvió a sentarse. Resuelta, dentro de su pudor, a desarrugarle el seño y reconquistar su benevolencia, le devolvió, le abandonó la mano temblorosa.

"CASTIGO 'EDIOS"

El se la llevó a los labios y, sonriendo, la acarició con un largo beso.

¿Era aquello algo de lo que esperaba?

No sabría decirlo.

Pero en ese momento, Chela fué la mujer más feliz de la tierra.

Fuera de creerse que el contacto con la fuerte y libre naturaleza provocara una concordante manera de vivir; que las ideas — simplificándose — pusieran más en relación los sanos instintos con sus espontáneas inclinaciones.

No que las oscuras fuerzas primordiales se impusieran avasallantes e imperiosas, como parecía manifestarse en los hombres, — más fáciles a las pasiones voluntariosas y enteras, — sino que una relación de sensibilidad e instinto realizase un justo equilibrio.

Pero el ser humano, trabado de costumbres y prejuicios, tuerce y desvirtúa las más puras leyes de lo natural.

En la novia había una consciente resistencia a todo lo que no fuera modosito, incoloro y como preestablecido.

Es verdad que no terminaba de dudar del galán. Monologaba en desencantado análisis:

—¡Me querrá... Ni siquiera eso puedo afirmar... Parece..., pero nunca me dice nada al respecto... Cortedad no es... No me explico.

Desconfiaba:

—Es tan burlesco... Puede haber tomado esto como un entretenimiento, un pasatiempo.

Se proponía hablarlo, pedirle una explicación...

Hubiera preferido algo más concreto en el sentido de seriedad, por ejemplo: oficializar las relaciones. Soñaba un preponderar de lo espiritual; un tono más de amigos en las charlas y entrevistas.

Con él no se podía idealizar, con ese él de carne y hueso, fino, pero de una audacia que se podía calificar de agresiva.

—Eso no está bien, intentaba contenerlo en sus atrevimientos.

—Mire, Luciano, usted no debía ser así.

—Yo no soy una conquista de esas... Mire que me enojo!

La respuesta era hacerle "trompita", imitándola, llamarla picarescamente "mi niña Chola" y prometerle, si era buenita, todos los goces, todas las dulzuras y todas las locuras del amor.

Cuando menos lo esperaba, aun exponiéndose a que lo vieran, le ceñía el talle, le besaba los brazos, la nuca y le insinuaba citas, le hacía súplicas, amenazándola con inesperadas sorpresas.

Ella no era insensible.

Pero sus principios, que volvían una disciplina continua la vida, una función triste y como obligada el amor, limitaban como excesivo cualquier legítimo impulso apasionado.

Y la ineludible turbación experimentada junto al hombre amado, si bien le borraba la noción amenazadora de sus conceptos exagerados, le dejaba un resque-

mor de desesperación, considerándose cual si se degradase y viniera a menos su pureza.

Con todo, en los momentos en que se le ocurría la probabilidad remota de perderlo, de que él se alejara o dejase de amarla, hasta de que lo arrebataste la muerte!...

(Los imaginativos son propensos a esa especie de vertiginosos galopes cinematográficos, donde desfilan, con una nitidez y una evidencia sorprendentes, una encadenada y al parecer lógica serie de hechos, de halagadores sueños, o, por lo contrario, de sombrías y trágicas pesadillas... Plano inclinado sobre el cual, como en un skis sin freno, se vuela hacia una quimera florida o un espantoso abismo...)

...Entonces saltaba la valla de sus ideas hechas y — maravillada — se veía como, con sus propios pies, iba hacia él.

Drama del subconciente: contemplábase paseando por el bosque: percibía claramente los árboles pulidos o ásperos en sus cortezas, los tortuosos caminitos violeta que luchaban contra la invasora hierba lujuriosa, y, descubriendo a Luciano entre un claro de la arboleda, se detenía como hipnotizada e intentaba, sin éxito, inmovilizar la mano nerviosa que se disponía a revelarle:

—¡Estoy aquí! ¡Te espero! ¡Soy tuya!

O, desconocida, con una languidez no habitual en la mirada, con un gesto de coquetería femenil — que quizá en que oscuro rincón de su yo velaba esperando su hora — alargaba los labios en ofrenda de beso que se dona y vuela hacia la boca amada.

Sus sueños tomaban caracteres de descarnadas confesiones de lo que ella intentaba ocultar y disimular.

Bien podía ser la influencia de la pasión del hombre.

¿La gota de agua de su insistencia sensibilizaba la roca, o era algo natural que despertaba reclamando sus derechos?

Controlándose, vigilando sus pensamientos, no había peligro en incurrir en los desfallecimientos de la materia; pero, abandonándose al imaginar, en ese desdoblamiento del sueño despierto, se espantaba de la fémica que reivindicando plenamente anhelos, sueños, inclinaciones, surgía con una voluntad imperiosa en el fondo de su ser.

Por contraste, ella exageraba en el esfuerzo de meter en los moldes de lo prosaico su pasión.

Volvió pedestre la poesía en la realidad de sus interrogaciones:

—¿Cuándo le vas a decir a papá?

—Hay tiempo; ya lo sabrá

—Pero lo correcto es que me pidas.

El hacía un chiste:

—Si siempre "te pido"... algo y siempre me lo niegas.

—¿No hablarás nunca en serio?

—¿Y eso aumentará nuestro cariño?

—¿Nuestro?... ¡ay!

.....
Chela aislada en su mundo sentimental, sin confidentes, rumiaba y rumiaba sus problemas, sus dudas,

sus preocupaciones e inspirada por sus conceptos, construía y reconstruía murallas de palabras que a la sola presencia del enemigo se desvanecían.

A veces parecía imposible continuar amando a un hombre así.

Al decírselo, él reía, volvíase más grosero.

Casi le repugnaba.

Y lo que suponía más contraproducente, las expresiones, las ternuras y diminutivos que el calavera posiblemente había pescado en el hampa, en el ambiente de las mujercuelas y de la crápula, se dijera se volvían una caricia dulce, dulce, como cuando la tomaba con los brazos hercúleos, y en su abrazo experimentaba — con horror! — un placer de pichón acariciado por la tibia morbidez de las plumas de un nido.

¡Cómo era complejo aquello!

El convencimiento de su amor puro, incontaminado de bajas taras materiales y luego la flagrante contradicción de los celos mordiendo, quemadores, provocados por la gandulona de Hoeninghaus, por las muchachas criadas de la casa, hasta por Elinda, que sin embargo, no había dado lugar para ello...

La obsedían las escapadas del libertino.

Y acentuó su martirio el rumor de que su novio se entrevistaba con la tudesquita en el rancho de la complaciente Caeciana.

Chela cavilaba hasta en la manera de vigilarlo.

Después optó por mostrarse ofendida.

El no le hacía caso.

La enamorada, llena de vergüenza, hubo de quejarse.

El, con frío y estudiado cinismo, la interrumpió:

—Hijita, yo no soy un santo ni soy... de palo. Está en tí el que no te sea infiel.

—¿Te atreves a decirme tal infamia? lo rechazó ella, y rompió en sollozos.

—¿Buenita, mi niña Chola... pero buenita, eh? No haga bobaditas, mi santa, y déjeme abierta la puerta... de noche.

La respuesta resonó como una bofetada:

—¡Nunca!

El tratamiento se cambió, seco e hiriente:

—¿Usted qué se cree!

Y se alejó a prisa, no pudiendo contener el llanto.

Se desesperaba la chica:

—¡Todo se acabó!

Y comprendía que había sido un tanto absurda:

—El es así...

Más de una vez lo sintiera repetir:

—¿El amor? ¡—Carne y alma, poesía y prosa! Natural, los besos no se dan con el espíritu...

Aquello era grotesco... Y cuando concedía una pequeña admisión a la realidad, se aplicaba a buscar eufemismos.

.....

¿Le escribiría?

Llamó a una de las criadas.

—Ve donde está el joven Luciano, y le dices...

—Salió, niña, a caballo, para el lado del almacén.

Hacia esa dirección estaba también la casa de Hoeninghaus.

—¿Soy una desgraciada! se desesperó, redoblando su llanto.

Esa misma noche, — disimuladas en lo posible las huellas de la lágrimas, que le entrecieran los ojos, — después de la cena, salió junto a él y lo tomó del brazo.

—¿Me perdonas, Luciano?

—Pero si yo no tengo nada que perdonar.

—¿Olvidaste todo?... No seas rencoroso. Olvidalo.

—¿Olvidar?... Como quieras. ¡Pero todo, eh!

Ella limitó el adverbio:

—¡Menos el quererme!

—No si te quiero siempre, hasta cuando. — obligado por tí... — me voy de paseo...

—Eres cruel.

Y se le aproximó tanto que fué él quien la debió contener:

—Está tu padre, tu madrastra; nos miran...

Para obtener esa rebelde, halagadora y rendida respuesta:

—¡No me importa nada fuera de tí!

Como una llama, a la cual azuza el viento, el amor, la pasión crecía, se alimentaba a sí misma, devorándose, extinguiéndose, cobrando de nuevo incremento.

El amenguaba, repetía su salidas, cual si para conservar la más dócil, las dosara, como un domador de fieras su latigazos.

Ella, entre una esperanza y un desengaño, cambiaba por lágrimas sus sonrisas.

Y era feliz, mientras no la comenzaban a cercar de nieblas sus preocupaciones religiosas.

En estas crisis iba más allá de lo imaginable, pues le parecía pecaminoso hasta el mismo matrimonio autorizado por juez y cura.

—Eso bastardea el amor, lamentaba.

—No debía cultivarse sino lo puro del sentimiento.

.....
Un hecho fortuito le trajo improvisamente una serie de sensaciones que la hicieron contradecirse y gustar una dicha nueva.

Paseaban cierto día por el monte, cuando él, de intento, fingiendo alcanzar una flor, plegó a la Chelita contra su cuerpo.

Si ella hubiese cedido su boca fresca y dejándose abrazar, — pese a que cerca venían los demás de la comitiva, — habría gozado la delicia nerviosa de las caricias robadas.

Sintióse turbada, a punto de entregarse y por eso resistió, eludiendo la tentación.

Y huyó.

Dió un salto al azar y fué a caer al arroyo que corría en ese paraje.

Inmantinente, vestido como estaba, Arteché se arrojó atrás suyo.

Ese gesto sí que la reconcilió con el "bruto", llenándola de ternura y admiración amorosa, hasta ponerse a llorar en una crisis de nervios cuando él, con sus forzudos brazos la sacó fuera del agua, la alzó como a

una pluma y la depuso sobre el muelle y fresco pasto de la orilla.

La sangre ardiente del joven agrónomo si pudo ser domada por su frío criterio razonador en el incidente de los peones, no lo era en sus cuestiones pasionales.

Todo era pujante a su alrededor.

La naturaleza, luego del invierno, — con sus lluvias persistentes y sus heladas, que escarchaban de blanco las campiñas, las cuales, al primer sol fuerte reverdecían cual si cambiaran de vestido, — recobraba su esplendor estupendo.

Las praderas de verdes varios, del esmeralda de cristales de las gramillas, al oscuro veronés de las maciegas de bañado, del pajizo de las chilcas, al plateado de los cardos lozanos o la claridad de las carquejas tiernas, se polieromaban en fantasías pictóricas, — con amarillos luminosos, rosas aéreos, rojos llameantes, violetas y lilas — en las flores de los macachines, las manzanillas, los bibyes, las margaritas o las achiras silvestres.

Era más ronco y profundo el mugir de los toros, se alborotaban y relinchaban los potros, mientras los padrillos elinudos mordizqueaban, cocebaban rijosos las dóciles yeguas entregadas y huían, — sultanes bárbaros, — con sus manadas, perdiéndose tras las colinas en galopes desordenados y sonoros.

Los mediodías volviáanse cálidos, tibias las noches densas de aromas inidentificables, donde se confun-

dían perfumes de yuyos dulzones o ásperos, respirar de tierras calientes y vagos almizcles de bestias y animales en celo.

El deambular incierto de los cocuyos debía dibujar en el aire jeroglíficos de amor y las mañanas se abrían como una caja de sorpresa de hadas en un prodigio de colores, que se creería se desparramaban del pico jubilo y repiqueteante de los afanosos horneros.

Las tardes punzaban en el canto frenético de las chicarras inspiradas y con la geometría de las rítmicas circunferencias las águilas, casi perdidas en el azul, se alternaban en triangulares vuelos de patos y la confusión de las vocingleras bandadas de cotorras en viaje.

Y en el incendio fugaz de los crepúsculos, la tarde, como una heroína de novela romántica, tenía para morir una sentimental elegía de chingolos líricos.

Chelita suspiraba y soñaba.

Otra bella fuerza, la del trabajo, roturaba tierras, levantaba muros, rellenaba zanjones, alineaba el ejército de cemento armado de los postes nuevos del alambrado de seis hilos, hacía crecer, como por ensalmo, los plantíos de árboles frutales, de tipas y eucaliptus.

Arteche, activo y laborioso, hacía notar su presencia y su acción en todos los sitios.

Se fatigaba, se rompía los brazos en esfuerzos rudos que sabía daban ejemplo y le preparaban el organismo para el reposo de las noches vacías.

Aún le sobraba espacio para la caza, que lo hacía perderse a pie por el campo en procura de perdices o

internarse en el bosque crudo persiguiendo las gallinetas, las palomas o las pavas del monte.

Allí iba, el ciudadano, conociendo la vida singular de pájaros, insectos y alimañas, y por alguna duda, algún dato, sobre bicho, peje o ave, no tenía sino que recurrir al viejo estanciero, viviente enciclopedia criolla.

En los momentos en que el veterano caudillo estaba dispuesto a prosear, su labia fácil, sus pintorescos recuerdos, sus múltiples experiencias, sus imaginarios, coloreaban graciosamente las pláticas.

Aparecía Anastasio el Pollo con su chispeante relato del "Fausto", y que perdonara Echevarría la pequeña variación equívoca de

"El paisano del Bragau,
de apelativo Laguna,
mozo jinetazo, ¡ahí juna!,
como creo que no hay otro,
que se sofrenaba un potro
en los cuernos... de la luna!"

Se relataba la historia del matrimonio enojado, en la cual la esposa ofendida echaba en cara al marido tenorio sus ceremonias y cumplimientos con las otras mujeres:

"Te acordás aquella tarde
cuando juimos al paseo?
el mate que te trajieron
a ella le diste primero..."

Y el esposo responde que es una obligación de caballero

"ser político y atento..."

... a lo cual se le encrespa la réplica:

“Qué político ni qui ocho cuartos,
primero está tu mujer,
q'és la que ti arregla los trapos
y la que ti hace é comer.”

Y el diálogo, con una propensión a subir de tono, por suerte deriva sabrosamente hacia una picaresca invitación a dormir la siesta...

Y surgían las “relaciones” con sus respuestas, los proverbios y las oraciones en verso, los refranes y los dichos...

El ciudadano traía a veces algún cachorrito de animal indígena, pichones, huevitos raros.

En ocasión de presentarse con un hermoso nido de boyeros, el Comandante, poniendo su amor acendrado por las cosas nativas, y dejando entrever el ingenio socarrón y despierto del criollo alarife, le contó la historia del chúcaro e industrioso pájaro.

—El boyero trabajador es el gaucho que hacía trenzas de guascas sobadas, de tientitos finos, para empaquetar el pingo del gaucho.

Cabezadas y riendas, bozales, pasadores y pretalles, que eran un primor para el paseo; arreadores, lazos y boleadoras para la lidia del campo.

Pero, ¡cuándo no! los gringos trujeron el metal relumbroso, la plata o “el componete y vamú al baile”, las bombillas, las argollas y herraje de chafalonía, los cueros pintados con firuletes y no se valoró más ni se pagó el arte del hombre.

Entonces el máistro trenzador se jué a ver al Dios de la tierra y a contarle sus penares.

—Sé trabajar y no me falta voluntá, pero nuestro oficio está tan caído que me muero di hambre!

—¿Y qué querés?

—Vivir tranquilo; toy viejo pa emprencipiar de nuevo.

Y Dios dispuso:

—Que se güelva pájaro.

Dicho y hecho.

Dios, que sabe lo qui hace, lo había güelto boyero y éste después di agradecer la gracia se jué volando a un árbol, encontró a la boyerita, se divirtió pasiendo y le hizo el amor a su par.

De áhi a poco su china le recordó:

—¿Y no pediste rancho?

—Pa qué queremos, si el agua nos refala lindo pu arriba é las pluma.

—¿Cómo pa qué ¿Y ande pongo los güevito pa empollar los pichones? ¿Y ande se guarece nuestra cría?

El pájaro se rascó la cabeza:

—¡Sabés que tenés razón!... Y viendo unas media de Tata Dios puesta a secar, como nu era ni medio zonzo, agarró una, l'ató nun árbol y costruyó el nido.

Pero al poco tiempo no-más se alborotó l'avispero.

¡Aves, bichos, insectos, volaban, corrían, escaraban, procuraban por todos laus lo qui al patrón grande se li había perdido:

—¡La media'el Señor! La media'el Señor!

Dios tenía que salir a una comisión y estaba con

una bota en la mano y un pie descalzo porque le faltaba la otra media.

Y como los pichoncito'el boyero estaban como n'Uropa, sus padres, no sin un naco rigularcito, agenciaron unas clines de caballo, tejieron en un santiamén una media, — no de balde era trenzador fino el hombre, — y se la llevaron al Tata Viejo.

Tuavía se ganaron una propina.

Y la hicieron tan bien, suave y juerte, que hasta el día no se li ha gastau a Nuestro Señor, que la lleva hasta los bailes, sin desconfiar del cambiazo y la pasada e'pierna.

El mozo no tenía costumbre de dormir la siesta y en una de sus andanzas por el monte, habiendo sentido una ruidosa algaraza por el lado del arroyo, se asomó a unas altas barrancas y asistió, inesperado espectador, al baño de las mujeres.

Fuera de las chiquilinas, — vestidas de su sola inocencia, — las demás entraban al agua en camisa, la cual, una vez mojada, pegándose al cuerpo, marcaba llamativamente las formas.

La primera intención de Arteché fué limpia, de escapar, pero su forzada castidad se encabritaba y el hombre fué débil a la tentación de gozar, con los ojos, el espectáculo.

Entre el follaje tupido parecía contenerse para no saltar como una fauno a atrapar una presa, y sus ojos golosos no pudieron menos que constatar que, fuera de Blanca Celeste, existían en la estancia otras mujeres y alguna de belleza tan picante y sensual como

Elinda, a quien su misma unión a un hombre tan anciano, cual el Comandante, debía predisponer a ser una amorosa insatisfecha.

A él le llamaba la atención el no haber reparado antes, y especialmente, en la criolla.

Un poco el trabajo, un algo el natural respeto hacia su socio, el mismo comenzar de aquellos amoríos con la Chela...

Pero ahora, al descubrirla en la realidad de sus atractivos, se sentía como fascinado por la gracia madura e incitante de la linda paisana.

Quizá no poseyera nada de lo que pudiera hacerla un arquetipo de belleza; todo su encanto consistía en un conspirar a ser lo más femenina posible; poseía un como desbordarse de amorosa sensualidad en todas las curvas dulces y llenas; ni blancuras ni rosas, pero aquella mate tonalidad caliente, de terracota dorada, donde se abría más florida y roja la boca y más hondos y negros los ojos ardientes... Y la manera de caminar y de moverse con una languidez rítmica y el tono de la voz mimoso y adormilado, con algo de larga y voluptuosa caricia.

El hombre, que no era hecho para las filigranas sentimentales, para la suspirosa espera, como buscando un material desquite, empezó a insistir con la Chelita para conseguir una cita nocturna.

Los paseos en auto, — siempre acompañados, — los coloquios del patio, no lo conformaban.

La muchacha intuía el resultado de la entrevista pedida, desesperábase aduciendo negativas endebles, in-

consistentes, como defendiéndose de la voz secreta y misteriosa que la impulsaba a arrojarse en sus brazos.

El era cortante, áspero, sarcástico:

—Me voy a casar para ponerte en una redoma de cristal.

Ella se defendía:

—Pon un poco de pureza y de serenidad en tu amor.

—Sí, hijita, cuando tenga sesenta años.

—¿Y si yo me enojase?

—No saldrías de tu línea de bobería... En una de esas te lo voy a evitar.

.....
Por fin consiguió irla encerrando en un irresoluto silencio, — “el que calla otorga”, — quizá conspirando al logro de los deseos del impaciente más que su elocuencia, sus frases impositivas o sus amenazas, esa latente curiosidad que alimentan la ilusión y el instinto, los propios oscuros impulsos de la mujer.

El ya estaba decidido a tomar una resolución que podía llegar a la ruptura de relaciones.

Y todo por capricho.

Pasaban los días sin hablarse.

Apenas se saludaban.

Ella venía a la mesa con los ojos hinchados y ojos de llorar o, a mitad del almuerzo, se levantaba e iba a encerrarse en su cuarto.

Situación insostenible.

...Un atardecer, desde el patio, constataron con sorpresa que el crepúsculo se alargaba en tenaces y

vivos rojos y gualdas... cuando un acre olor a pasto quemado y a ceniza, les hizo comprender que el fenómeno obedecía simplemente a un incendio de campos.

Con la sombra el horizonte ardiente parecía acercarse y, cuando la quema llegó a los pajonales de una cañada, se transformó en un espectáculo pirotécnico con un chisporroteo vivo de llamaradas y estrellas fulgurantes.

Se temió por la propiedad, y ordenaron a los peones ir a inspeccionar y, si era preciso, ayudar a los vecinos.

El Comandante alejóse un poco de las casas y concluyó:

—Hay viento contrario y la greda pelada de la zanja no la deja venir p'acá.

Era así.

El ingeniero invitó a las señoras:

—Vamos a hacer de espectadores.

Aceptaron.

Avanzaron en grupo desordenado.

Carreño seguido de cerca por la gente menuda; Arteché y doña Elinda; más atrás Blanca Celeste con las otras mujeres.

Sentíanse gritos lejanos cual si arreasen ganado y contra el gran telón grana y oro del incendio se recortaban fantasmagóricas las siluetas de los caballeros ágiles y veloces, haciendo evoluciones.

Se percibió el repiqueteo de una disparada loca.

Arteché quiso adivinar:

—Ya me andan corriendo los avestruces esos diablos!

MONTIEL BALLESTEROS

—No, mi amigo, — rectificó don Panta, — son venaus, azonsaus por la humadera.

—¡Pobres animalitos de Dios! se dolió la hija.

Y el padre agregó:

—La que debe juir con toda la ponzoña son las víbora.

La Chela, fastidiada con su novio, que no se preocupaba de ella, se le acercó estremecida de terror al oír la referencia a los ofidios.

—¡Luciano, tengo miedo!

Y se le colgó de un brazo.

Mientras ella se estrechaba, casi inconsciente, él, siguiendo a su frase una presión de la mano, la tranquilizó:

—No seas boba, en todo caso te alzo...

Le buscó el rostro en la sombra.

La vió tan pálida en el vago azul de la noche, que, como deseando protegerla, en una necesidad de ser tierno y solícito, se puede decir, la cobijó en los brazos, en tanto la chica se empinaba ofreciéndole los labios.

—¿Me quíeres?, le solicitó ansiosa, urgiendo una respuesta, y repitió, exaltada:

—Me vas a querer siempre?!

—Sí, respondió el hombre, y la besó distraído, reclamada su atención por un diálogo que ponía de relieve las ventajas de los postes de cemento armado.

Se habían separado del grupo.

Ascendieron a una colina, porque una espesa nube de humo los envolvió asficiándolos.

"C A S T I G O ' E D I O S "

Ella, turbada, palpitante, plegada a su Luciano, lloraba.

Arteche, acariciándola, conformándola, le susurraba:

—¿Qué tiene la nena?

Y pensaba:

—¡No te digo! ¡Estas mosquitas muertas! Cuando uno menos piensa...

La muchacha era víctima de esos inesperados cambios, de esas alternativas contradictorias que a las féminas nerviosas, — cuya sensibilidad tiene un gramo de morbosismo, — les da la sensación que, improvisamente, les llega un improrrogable y fatal aviso:

—¡Ama! ¡Ahora o nunca! ¡Vive! ¡La vida se va!...

—¡Nu hay peligro! ¡Nu hay! respondía o afirmaba la voz llena de don Panta.

.....

Impuesto de la ola que arrebatava a la enamorada, que languidecía pegada a él, tuvo la tentación de arrastrarla hacia la soledad, hacia el monte, como si la raptase.

Sus bocas estaban confundidas en un beso cuando, intempestivo, les llegó el reclamo que los confundía en un único nombre:

—¡Chelit-Arteche!...

...como ya el amor, bajo los astros y la grandiosidad de la noche, hacía de sus almas, de sus juventudes, una palpitación, un canto, una sola vida!

El le había rogado que esa noche le dejara la puerta abierta.

Ella pasó las horas sucesivas como en una fiebre abotagante.

No pensaba.

Intentó rezar y se confundía oyendo su propio "me vas a querer siempre?" y sentía su respuesta, sus frases de terunra, su aliento, sus besos.

Era audaz la empresa de entrar al cuarto de la muchacha, pues, con el rigor del verano, si los peones dormían en tierra, bajo los ombúes, el patrón lo hacía bajo los zarzos de enredaderas, junto a los edificios.

El Comandante se situaba frente a su habitación y esa noche no habiendo ido al boliche, podía tener el sueño más ligero.

Peró Arteché no queriendo perder la oportunidad, no titubeó.

Con las precauciones imaginables, buscando los sitios más sombríos, cauto como un ladrón, el hombre, lentamente, consiguió aproximarse a la puerta del cuarto de la novia.

Empujó, sin éxito, la hoja de madera.

Llamó, levemente, con los nudillos.

Se atrevió a suplicar, quedo:

—Chelita... Chelita...

En la ancha quietud profundísima percibió, — como se sienten los rumores bajo el agua, — el canto del campo en la noche, al cual se mezclaba el tictaquear de su corazón y el martillar de sus sienas.

Al día siguiente una de las chinitas le trajo un billete.

El, impulsivo, rabioso, rompió en cuatro el papel, se lo arrojó a la mensajera y le ordenó:

—Pregúntele a la señorita si se le ofrece algo para el Salto; que me voy esta tarde.

Ella se vino, y no suplicante, airada y celosa, cual si le pidiera cuenta de lo que estaba haciendo, dando expresión de reproche a su palabra, repetía su nombre:

¡Luciano! ¡Luciano!

El respondió agrio:

—Discúlpame; ahora tengo mucho que hacer.

—¡No quiero que te vayas! Oyes: ¡no quiero!

El, ya sin control, se revolvió:

—¿Qué es eso? ¡Venirme con imposiciones!

—¡Es que tengo derechos!

—¡Conquistados con el papel de anoche...

—Hay cosas más fuertes que nosotros mismos....

Arteché, que se alejaba, se volvió indeciso:

—¿Entonces ... ¿Me quedo?... ¿Me esperas?

Chela, quemada de rubor, anhelante de abrirle su alma para descubrirle aquel desencontrarse de sensaciones, de sentimiento, de duda, de pudor, de angustia y de miedo, bajó los ojos.

Bajo el cielo encapotado, presagiando tormenta, la noche era una cosa viva, tibia y densa.

Se caminaba en ella como a través de una maraña en la cual se respirara con dificultad.

Los ranchos, apretados de sombra, se encorbaban bajo el edredón opaco.

A la débil presión del rondador, la puerta cedió.

Mudo, sigiloso, avanzó en la habitación a oscuras.

Para escuchar, se detuvo, conteniendo la respiración.

Nada.

¡Ella lo esperaría!

.....

Cual si fuese parte de la trama del silencio, percibió los rumores confusos y vagos de la hora nocturna, de la campiña.

¡Ella lo esperaría! ¡quizá con qué palpitación ilusionada!

...Creyendo interpretar un mandato del amor.

Hipersensible, la muchacha, oía el taladrar de los insectos en las viejas maderas carcomidas de la cómoda y a un grillo, que hilvanaba puntadas rítmicas con su fino hilo de poesía...

En el reposo, las existencias ínfimas, le mostraban la continuación de la vida...

Ella también tenía que vivir...

Conjuntamente con esas sensaciones, experimentó como un temor de agotar o destruir su sueño.

El acercarse a la anhelada realización la inquietaba.

Lo sintió.

Podía alargarle los brazos; suspirarle una frase de ternura.

No sabía de qué, pero tenía miedo.

.....

A Arteche le duró poco la indecisión.

Avanzó.

Al aproximarse al lecho de la virgen, un aliento

mélico, de las flores que adornaban la ventana, le refrescó la frente calenturienta.

Aventuró una mano; encontró una de ella, fría, temblorosa...

—...lita...

Y le sintió el rostro bañado en lágrimas.

Le atrajo la cabeza contra su pecho y la chica acentuó su lloro.

—Luciano mío, no sé lo que me pasa...

—Quédate quieta, nena... ¿Qué tienes?

—No sé... algo extraño... una delicia y una angustia... La noche... Tenemos que conversar mucho... Yo te voy a contar...

—¡No! no hables, la interrumpió él.

Ella suspiró hondo, terminando en sollozos.

—¡Qué ocurrencia! ¡qué estúpida ocurrencia! es tallaba él, rabioso.

—Nos van a sentir, le chistaba.

Un impulso brutal le aconsejó taponarle la boca con la mano.

En aquel instante, en la habitación contigua, sólo separada de la de ellos por un tabique, rechinó la cama matrimonial, — que ardería como un horno, — y, apenas perceptible, como un murmurio en sueños, gimió la voz de Elinda:

—¡Dios mío!

Con el redoblarse en la intensidad de los sollozos de Blanca Celeste, temiendo un ataque de nervios, el don Juan, furibundo, hubo de escapar.

Al día siguiente la chica permaneció en el lecho.

Durante el almuerzo el joven se encontró con los ojos vivos y luminosos de Elinda que parece lo interrogaban picarecos y sonreían.

Cuando luego del café se levantaron de la mesa y salían: primero el Comandante, seguido de Hoeninghaus y luego Elinda, ésta, con su frescura y su encanto, le arrancó un piropo intencionado:

—¡Qué lástima de buena moza!

Era como una declaración de amor en la ternura, en los sobreentendidos que se adivinaban en la inflexión de la voz insinuante.

La aludida, sin volver la cabeza, como para sí misma, murmuró:

—¡Salteador!

No habían cambiado otras frases, pero el conato de diálogo había sido como un tácito acuerdo.

Tal lo consideraba Arteche que buscaba la más pequeña conyuntura para proseguir el prólogo trunco.

Lo intentaba hacer con la insistencia de sus miradas que se cruzaban como imantándose, en lo dilatado de sus sonrisas, en la intención compleja de los inocentes saludos o las palabras corrientes que se cambiaban:

—Buen día... Buenas tardes...

—¡Qué linda... la noche!

Que ellos volvían el vehículo de sus secretos anhelos, sus sueños y sus ansias.

El la había emplazado veinte veces:

—Nos tenemos que ver... Tenemos que hablar...

Ella siempre "jugándole risa":

—¡Oh! y no no nos estamos viendo?... o tendremos que hablar por teléfono?

A personas más avisadas no les hubiera pasado desapercibido el floreo.

A Elinda, que desde el primer momento comprendió que el mozo "se volcaba pa su lau", la halagaba y divertía el rendido homenaje y la continua súplica muda del galán que se debatía en una red de dificultades, de disimulos, de temores de ser descubierto.

Así iban el uno hacia el otro, como haciendo un camino subterráneo que ignoraban cuando los haría coincidir.

A Arteche le parecía haber vivido todo un proceso de iniciación de las relaciones y sabía que no faltaba sino que se encontrasen solos para que ella no opusiera resistencia a sus besos, restase hipnotizada o cubriéndose los ojos para que éstos no la vendieran con una súplica apasionada.

El patrón descansaba sobre el noviazgo.

Daba a éste tal importancia de contribuir a vencerlo para apearse de su testaruda oposición a las reformas y progresos que florecían en la estancia.

Para justificarse con sus vecinos que conocían sus tradicionales ideas, debía hacer alusión, — aunque fuera indirecta, — a los famosos amoríos.

Se inclinaba, pues Carreño, a los principios de Hoeninghaus, con la consiguiente sorda irritación de Carretel, que insistía:

—El mundo se echa a perder. El día menos pensado lo vemos a don Panta de bombillas y galerita.

El alemán hablaba de la necesaria adaptación a los nuevos tiempos.

Y el español, sarcástico:

—¡Al freir será el reir! El gaucho debe ser gaucho; el campo debe ser campo... No todo se puede tocar impunemente.

El Comandante, tan tentado de aprobarlo, debía refutar:

—Si no hubiese de todo en el mundo no sería mundo, como dice el rueblero. Después si si hace un puente, como el del Arerunguá, — ¿usted no lo ha visto? — no es mejor pasar sin riejo que dejarse arrastrar por la correntada? Y mire q'el Arerunguá había que dejarlo!

—Un puente, — se mordía de rabia Carretel, desarmado, — y lo que cuesta? y lo que roban? y el aumento de las contribuciones?

—Sí, natural, del mismo cuero salen las correas... Y después el Gobierno, no mi hable, sabe, esos son siempre una punta e'ladrones!.. Pero... qué sé yo, hay que pensar en todo; uno no tiene la vida comprada... Lá-hija v'a quedar sola el día menos pensau...

—Pero, según parece, tan sola no quedará.

—Sí, algo hay.

—¿La pidió oficialmente?, refistoleaba el curioso... Para cuándo son los dulces?

—Mire, amigo, reflexionaba el gaucho, hay que dejar venir los evento... El amor, aunq'es media fiera la comparanza, es como los nacido... A veces se ri-suelven solo, a veces revientan y en ocasiones hay que cortarlo.

Don Federico abría los ojos miopes, como ante un problema.

Don Pablo largó una de las suyas:

—Muy paradójal... que obtuvo por respuesta:

—No sé si será eso... Es esperencia de paisano viejo y medio bruto.

Carretel, intentando sacar algo en limpio de sus averiguaciones, fué a platicar con las mujeres y por cierto que se congratuló de encontrar en Blanca Celeste la aprobación de sus ideas retrógradas.

La muchacha no fué nada explícita respecto a los amores, y cuando rozaron el tema del cementerio, le confió:

—Ay, don Pablo, para mí es un tormento ese proyecto de destruirlo. No sé si serán ocurrencias, pero hasta sueño con mi madre, con mis hermanos, que me piden que no los turben en su paz...

—Tienes razón, hija...

—¡Es tan sagrado el Campo Santo!

—¡Lo dice el nombre; bendito de Dios!

—Yo consultaría un padre... pero Arteché es tan descreído.

—Lástima de joven.

—Cuando le he querido hablar de mis temores, de mis escrúpulos y mis dudas, se ríe y me llama romántica.

La chica se emocionada, y el conversador se encontraba cortado ante aquel dolor.

Al regresar a sus casas los vecinos iban liados en tejida charla, en la cual Carretel aventuraba suposi-

ciones e hipótesis de todo calibre sobre la tristeza de la novia.

Su oyente atrevía contadas frases y, dadas las incursiones del forastero por su casa, opinaba:

—Ese mozo estar un poco diaflo.

El otro punto lo resolvía con práctica y fría simplicidad:

—Cementerio estar más acá, más allá, es ijual.

Como los enamorados, como los que anhelan la realización de un sueño y piden la gracia a las estrellas errantes, — que rayan su vana y fugaz trayectoria en la tibia sombra del cielo, — así Arteché le pedía a la más tangible deidad del monte que atrajese a su seno al motivo de su caprichoso entusiasmo.

Lo dejaba entrever su continuo frecuentar el bosque, donde se pasaba horas muertas ronciando, no sacando los ojos de las casas, hasta descuidando sus obligaciones.

Una u otra circunstancia le había impedido encontrarse a solas con su codiciada presa.

Ella lo presentía y, por su parte, luchaba por conseguirlo.

Llegó la oportunidad en que, acompañando a dos chinitas, fué a lavar una ropa, a entretenerse, como decían.

Cuando llegaron a la costa del arroyo y fueron a mojar las prendas, constataron que se habían olvidado el jabón.

—¿Y usted no decía que ló-iba a tráir, patrona?

Ella, que se había olvidado adrede, simuló:

—¿Tas disvariando? ¿tas viendo visiones? pero si yo nu he dicho nada, chiquilina!

—Me parecía.

—Güeno, vayan pronto, no se demoren; debe haber jabón cortau, sino pidalén media barra a doña María.

—Sí, señora, y las gurisas se alejaron hacia la estancia.

Elinda se internó unos pasos en el monte y sentándose junto a un molle sombrero, corrió la mirada a su alrededor.

Arteché apareció como por encanto.

¡Cuándo no! si no hacía sino aguardarla.

A pesar que lo esperaba, ella experimentó un indisimulado sobresalto.

—¿Era usted!

—Yo... ¿se asustó?

¿Y de no?... Créia q'era un tigre... o un león bayo...

—¿Bromea?... ¿O me tiene miedo?

—¿Miedo a usted? ¿Y por qué le v-i-a tener miedo?

—Como el otro día me trató de salteador.

—¿Yo! ¿Cuándo?

—Sí, usted; hágase la inocente ahora... y agregaba picaresco: yo no sé de adonde ha sacado eso. ¿Por qué me lo dijo?

—Yo no mi acuerdo... pero si se lo dije razón habría.

—Nada de eso.

—No le voy achacar de balde.

—Ahí es injusta... No digo que cuando uno codicia un tesoro no llegue a volverse bandido y ladrón y salteador...

—Como cierta noche...

—No, como ahora, como en este mismo momento.

—Ahura sí, me asusta. No me mire así. ¿Sería tan desalmado!

—Cuando la prenda merece y si se resiste; aunque a uno le duela...

—Ah, es engañoso y lisonjero, también el mozo.

—Verdadero... ¡Usted es un tesoro, un encanto!

—Callesé, embustero... ¿Y no tiene bastante con lo suyo?

—¿Lo mío? ¡pobrecito, si soy un pordiosero!

—El limonero... Se queja de lleno... Si está huyendo...

—Si usted supiera, Elinda...

—Si usted supiera y yo le contara, le parodió ella. El conquistador se le aproximaba:

—El amor que no es bien correspondido...

—Lo que veo es que usted es muy ladino para engañar...

—Quisiera serlo para convencerla de mi cariño; lo que yo siento...

—¿Ciento?... Ciento cincuenta..., volvió a reírle ella, nerviosa, en una necesidad de derivar hacia la broma la situación; en un impulso defensivo de quitarle trascendencia, de empobrecer de énfasis el discurso.

—No ve que yo la quiero, que yo... que yo...

—Queyó, queyó... ¡bobo!

Quiso incorporarse viéndolo avanzar, decidido.

Intentó una reacción:

—Güeno, basta ¡vayase!

Leía en los ojos del hombre la pasión avasalladora.

—No sea así, tartamudeó el cazador.

Ella, defendiéndose, cual si oyese la voz del amor propio, inició un reproche:

—Acuerdesé d'ella... Yo no soy ninguna sobra e' nadie!...

Como él la escuchara indeciso, ella cortó su sermón, asustada del efecto de sus frases.

Pero, como él dejaba las frases de lado y se le acercada, necesitó saltar, ágil, y huir, precavida.

Fué como una incitación.

Se dijera un simulacro para sentir más ruda, más primitivamente.

Hicieron diez, veinte pasos, — zancadas de parte del fauno, — zigzagueando entre los árboles y los matorrales, cuando el perseguidor la atrapaba, abrazándola.

La estrechó, buscándole, ávido, la boca.

Ella se defendía, enérgica.

Una vez consiguió repelerlo.

El cayó sentado, pero sin soltarla; con las fuerzas centuplicadas la atrajo hacia sí.

Rodaron por la tierra muelle de hojas secas, de calagualas y Santa Lucías, en una lucha frenética; la mano de la mujer se prendió a una enredadera con flores de un fleco de plata y el polen dorado les espolvoreó el rostro.

MONTIEL BALLESTEROS

El la vencía potente, con una masculina furia de dominador.

Elinda le hundió las uñas en el cuello hasta hacerle sangre y sintiendo en la boca su boca, le clavó los dientes, impulsiva, en un mordizco felino que terminó en beso sumiso y amoroso.

.....

—¡Mala! me lastimaste, se limpieba él la sangre del cuello.

Tirada sobre las hierbas, ella suspiró añorada, mimosa:

—¡Bien hecho! ¡Muy bien hecho!

Se contemplaron en silencio, arrobados.

Quizá en sus miradas se transparentaba el arrepentimiento de haber tardado tanto en llegar a amarse.

Se besaron.

Sobre sus cabezas un zorzal epitalámico, como en una flauta fina, tejía su endecha de amor.

.....

Se sintió el parlotear de las chiquilinas que, a las cansadas, volvían con el jabón y no podían dar con la patrona.

El vasquito escapó.

Elinda, deliciosamente cansada, calma y feliz, llamó a las chicas.

—¡Muchachas!... pu aquí... ¿Se perdieron? Cómo si han demorau... Son como para ir a buscar la muerte, ustede... Y se limpiaba del rostro el poivo de oro viscoso de las flores.

Entre los mensuales que seesteaban bajo la enra-

"CASTIGO 'E DIOS"

mada, uno sonreía malicioso viendo venir del monte al forastero.

Eran difíciles las entrevistas de los amantes y especialmente porque ella tenía un terror pánico que la descubrieran.

Intentaron alguna noche encontrarse por los sitios solitarios, del lado del horno, atrás del cementerio y siempre habían de sufrir algún contratiempo.

Ya los seguía un perro ladrando o aullando de contento o presentían que alguno los espiaba y no les perdía pisada.

¿Serían los celos de Chela?

¿Estarían sobre aviso?

Las salidas en auto no las podían efectuar sin terceras personas.

El último recurso, cada vez más peligroso, era el monte.

En una de sus idas a este, Arteche que había mandado de exprofeso a Polilla a una comisión, palpitó que el peón, en vez de obedecerlo, había venido a vigilarlo.

El aguardaba por momentos la aparición de Elinda que, instada a una cita, ya habría descubierto alguna extratagema capaz de permitirle el alejarse de las casas.

Impaciente, inició dos o tres caminos intentando despistar a su perseguidor y pudo comprobar que el espía, con una habilidad de baqueano, se movía como su sombra.

Constató la evidencia de la vigilancia y, sin refle-

xionar mayormenté en las consecuencias, disparó su escopeta en dirección a donde sospechaba el escondrijo del miserable.

Lástima que el arma, cargada con munición menuda, le haría poca roncha.

El peón se asustó y temeroso de que continuase la quema, gritó, dolorido:

—¡Epa, patrón! pare que mi ha chumbeau!

—¡Oh! ¿y qué hacés por ahí?

—Obligau...

—¿Cómo? ¿Yo no te había mandado al almacén?

—Es verdá; le dí la comisión a Olivera... Yo tuve una necesidá, sabe.

—¿Y la hacés varéandote por el monte?

—Pu el callejón suele pasar gente.

—Bueno, ahora vuelves a la estancia a alzar tus cosas y esperas el vale con que te voy a arreglar tu cuenta.

—Y ¿por qué?

—Por qué quiero.

—Usté si abusa, y si abusau siempre hasta tratándome de vos...

—No tengo porque darte explicaciones.

Y a la vista del paisanito cargó con dos balas la escopeta.

Acorralados, desesperados los amantes, sin cambiar más que algunos besos, tomándole apenas el sabor al delicioso fruto prohibido, comenzaron a perder el control, a aventurarse en audacias comprometedoras.

Las miradas, las sonrisas, desnudaban a cada paso la verdad de su pasión.

Con evidente muestra de fastidio, de indignación, a veces, la Chela los abandonaba, dejándolos solos.

Un día la muchacha viendo algo sospechoso como aquel quedarse de ellos, con las luces apagadas en el patio, reclamó a su madrastra con un grito donde, si había celos, primaba una reacción en defensa de su padre.

—¡Elinda!

Ella obedeció a lo que le pareció una impertinencia y fué a enfrentarse con su acusadora:

—Y, ¿qué querés?

—Fíjate lo que estás haciendo.

—Yo nu hago nada de malo... Vos ves fantasmas, y cambiando la defensa en ofensa:

—¡Muy lindo, la niña, con esos humos! ¡Ahura me v'a retar!

—Eso no está bien.

—Nos tan bien tus celo.

—No son celos... Para mí "eso" se acabó...

—Sí, son pavadas: qué dirá el joven!... Yo voy a tener que contarle a Carreño.

La chica desafió, irónica:

—¡A que no te atreves!

Y quedaron mal.

Cerrado el monte, vedadas hasta las entrevistas cotidianas, el salteador no titubeó en repetir, — ahora con distinto norte y absoluto éxito, — sus frustradas visitas nocturnas...

Don Panta salía muy a menudo de noche...

El Polilla, que se la había jurado al manate cajetilla, aunque de lo que viera no podía sino conjeturar las pecaminosas relaciones, no perdía oportunidad de insinuarle al Comandante en sus continuos encuentros en el boliche:

—Hay que criar cuervo pa que despué le saquen a úno lo jojo...

Otras veces, esperando que él estuviese medio "adobado", deslizaba:

—Yo qui usté no facilitaba gente desconocida...

Después sacaba a colación las proverbiales hazañas del toro:

—Pájaro introducido como la mugre: confianzudo comu-el sólo; compadre 'e la vaca, primo 'el caballo, de la casa en todo los nido ajeno!...

Hubo de llegar el momento en que su jefe, prevenido por el continuo machacar de las indirectas, lo interrogó:

—¿Qué andás remoliniando áhi como perro pa echarse? ¿Vos me tenés algo que decir?

—Mire, patrón, es una cosa muy fea y triste pa un hombre parecer alcagüete, pero es muy bochornoso ser engañau...

Don Panta, que estaba perdiendo en la jugada y se hallaba algo "caliente y encañau", se sorprendió primero:

—¿Quién engañau! ¿Cómo engañau? y agregó una sentencia:

—Nu hable nunca de óidas o de mentas; nu hable de despechau tampoco.

El se sinceró, herido:

—Patrón, yo no sé si hago mal y si me ciega la rabia que le tengo a ese hijuemil, pero yo he visto algo.

—Güenó ,hablá.

—Usté sabe que yo he sido echau, pero ando siempre por la estancia y, como le digo, si no m'engañó, el pueblero le juega sucio.

—Seguí.

—El la espera nel monte; él ha tratau di hallar-la sola de noche y mi ha parecido más, mi ha parecido ver luces y qué sé yo por los cuartos cuando usté sale y que me caiga muerto si no digo la verdá!

Antes de responder el Comandante frunció el ceño cual si hubiera sentido mal olor:

—¡Caracho, amigo, andar espiando!...

—¿Y cómo se sabe sino, patrón? Si todo jen'el mundo juesen derecho...

Tras esta reflexión, el Polilla esperaba la reacción de su superior, quien se limitó a decir:

—Ta bien... pero vos sabés q'ellos son novios?

—¿Novio? ¡Cómo novio! ¡Ah, no, patrón! Ya véia qui usté no mi había entendido... La custión es más principal.

—¿Qué querés decir?

—Yo nu hablo 'e la niña, pobrecita... ¡La niña es mayor y soltera, y sabe lo qui hace la niña!

—¿Y entonce?

—¡Entonce: l'están emporcando el nombre! ¡L'están ensuceando las canas!

El caudillo viejo saltó sobre el cuentero, cual si en él debiese lavar la ofensa.

—¡Qué decís! ¡No m'engañás?

—¡Por esta cruz! y el indio besó, solemne, la que formaron sus índices.

—¿Y cres qui ahura?

—Vay'a saber... Uno colije...

—¿Y cómo puede ser! ¿Pero vos qui has visto?

—¿Visto?... Yo desconfeo... Yo no sé... pero ello no son zonzo y deben andar arisquiando... Una siesta él taba nel monte y ella jué con dos gurisas y a poco las mandó p'atrás... ¡Vay'a saber!... A mí no mé-ib'agarrar dormido... Yo lo quise vegilar un poco y, usté sabe, me menió una chumbiada, como quien no quiere la cosa... Eso no sí hace al pedo... Eso me probó qui hay delito!

—¡Junamante!

—¿Nu es mi deber decirle?

—¡Tenés razón!

—Ahura usté sabrá lo qui hace.

—Güeno, vos vas a venir conmigo... Vamu hacer un reconocimiento...

—...

—Trai los caballo.

—Y ensimismado, inmóvil, no pronunció otra palabra.

El ojo vivo, punzante, parecía querer atravesar la sombra.

El hombre apretó las mandíbulas, los puños; se le pusieron tensos los músculos.

Una mano, inconsciente, se fué acariciar nerviosa la barba áspera; otra buscó, tanteante, el puñal.

Montaron silenciosos e hicieron un primer galope violento, que atenuaron pronto, precavidos.

Se aproximaron por atrás del campamento.

Allí apearon, manearon los pingos.

Avanzaron a pie, curvos, escrutantes.

Rezongaron los perros.

Ellos sonaron los dedos como castañuelas, chistaron:

Los canes olfatearon, los reconocieron; uno manifestó su contento con piruetas, fiestas y ladridos.

—Chist... chist... pichicho...

—¡Basurialo!

—¡Chicho, pobre animalito!, lo compadeció el peón, mientras lo dejaba seco de una puñalada.

Desde la sombra de los ombúes, don Panta adivinó vació el catre del ingeniero.

Continuaron avanzando, medio en cuclillas, casi en cuatro pies.

Cuando el gaucho constató que el sumario lecho que estaba allí afuera sólo simulaba albergar un cuerpo, no pudo contener su ira y su indignación.

No pensó sino en que era vilmente traicionado.

Sin cuidarse de hacer ruido o llevarse alguna cosa por delante, corrió con el facón desenvainado en la mano.

Se dirigió a su cuarto.

Se estrelló contra la resistencia de la puerta.

Metió la hoja de acero del arma entre el tablero y el marco e hizo presión.

Sin ceder, crugieron las maderas.

Entonces, enceguecido, golpeó rabioso con el cabo del facón.

—¡Abrí Elinda! ¡Abrí, ya! ¡Ajo! ¡Elinda!

Se enancharon unos segundos angustiosos en que parece se iba a sentir el precipitado latir de los corazones.

El miedo, la sorpresa, el coraje, el odio, se iban variando trágicos en los momentos terribles.

Una voz, desfigurada de espanto, estrangulada de horror, interrogaba dentro, desorientada:

—¡Qué! ¿Qué? ¡¿Qué hay?!

—¡Qué abrás, ya, te digo!

—¡Prienda la luz!, impuso el paisano que, impaciente, de un puntapié, abría de par en par la puerta.

! La mano de la mujer debía temblar, como azogada, intentando en vano encender un fósforo.

Por fin, desde afuera, consiguió encenderlo el Polla, y cuando la vela dió una leve claridad a la habitación el Comandante sólo vió a Elinda muda, desencajada, los ojos fuera de las órbitas, la boca abierta en la lívida máscara de la faz aterrorizada.

Carreño entró, escrutó la cama, indeciso.

—¡Cómo!, rugió, ¿q' es esto? y se le había acercado a la mujer cual si la fuera a tomar de las crenchas y ultimarla.

—¡Hable, pues!

Ella, agarrotada la lengua de pánico, cayó de rodillas.

—¡Y ahura?

—Patrón, no se ciegue, recomendó el peón.

Y desde el cuarto contiguo, con un reprimido sollozo de Chela, vino el tono de voz alterado del ingeniero:

—¡Don Pantaleón!!

El no lo atendía, increpando a su esposa:

—¡Se escuenden esas falta? No ve qui usted si hace 'e delito! Y si son lo jotro qui han faltau, por qué se mi asusta? ¡Por qué no contestó?

—Taba dormida... mi asustó...

—Don Pantaleón, insistía el reclamo de al lado.

—Sí, don Pantalión, don Pantalión, repitió él, sarcástico.

Tuvo un momento de indecisión. La idea de no haber sido traicionado, de no sufrir la denigrante ofensa de los cuernos le atenuaba la violencia, lo preparaban para una tolerancia concordante con sus conceptos respecto a las relaciones entre hombre y mujer, a esa especie de derecho de conquista que se atribuye el sexo masculino.

Con todo no estaba bien aquello y condenó:

—¡Usted no debía haber ocultau! Y más que yo nunca créi esto! ¡Esu es faltar! ¡Eso es faltar en la casa di un hombre honrau! ¡Y eso hay que arreglarlo!

Las frases lo fueron excitando y terminó alzando la voz:

—¡Esto no v'a quedar así! Llamó: Vasquito Arteché, salga pa juera, pues!

¿Era una orden, un reto, un desafío?

El escondido, que oyó la imposición, titubeó, im-

presionado.

No sabía que resolución tomar.

¿El atenuarse de la violencia del caudillo no sería una treta?

¿Salir no sería exponerse al furor del engañado?

¿Cuál debía ser su actitud? ¿Pelear? No tenía armas. Confiado en demasía, ya hecho costumbre aquello, no había tomado ninguna precaución y la voz de Carreño insistía, terminante, impositiva:

—¡Salga pa' fuera, pues! ¡Salga, hombre!

No había tiempo que perder.

Se le perdía el pensamiento en un demente agolparse de ideas.

¿Sabría el gaucho por quién había venido?

¿Lo salvaría, realmente, al ex novia?

¿No se exponía a ser muerto?

¿No era una estupidez salir?

¿Pero y qué se quedaba haciendo allí?

¡Tener miedo!

Chela lloraba, la cabeza cubierta por las sábanas.

A él no le faltaba hombría para afrontar cualquier situación, pero aquello, en realidad, era tan absurdo, tan inesperado, tan perentorio!

¡No haber pensado! ¡No haberse preparado!

Escapar hacia el campo era ridículo... pero, posiblemente, no lo era más que su situación de estar frente a la muchacha heroica y sacrificada que, apelonada en el lecho, cual si quisiera desaparecer por el bochorno y la humillación, le enseñaba de lo que era capaz.

Mientras se decidía a algo quiso ir a besarle las

manos, a agradecerle su grandeza de alma, a pedirle perdón.

Chela lo presintió y no pudo contenerse de expresarle su indignación:

—¡Retírese! ¡No se me acerque! ¡Canalla!

Don Panta reclamaba desde afuera:

¿Y ahura, amigo?

El, extenuado del esfuerzo de dominarse, jugando su última carta, abrió la puerta de la habitación de Blanca Celeste y salió cohibido, indeciso.

El viejo le clavó los ojos.

—¡Muy bien, amigo! ¡Ust'es el hombre 'e confianza! ¡Lindo, eh? ¡Le parece lindo?

Hipócritamente, tratando de representar lo mejor posible su papel, se defendió el forastero:

—Don Panta, el amor... Usted también ha sido joven...

—¡No se respeta la casa, las cana?... ¡Esa debe ser l' educación de la ciudad! ¡Eso nos vienen a enseñar ustede!

—Esto sería una cosa de arreglarla nosotros.

—¡Nojotros... hjum!

—Yo le doy palabra de cumplir con mi deber.

—Ta bien... Ta bien, peru es demasiu fácil sacarse l'armada 'el lazo así.

—Comprendo que he faltado, pero no podemos estar dando espectáculo; dígale a esa gente que se retire.

El patrón se dirigió a los peones, que, provistos de linternas y faroles, se aglomeraban silenciosos en el patio.

—Güeno, usted: aquí no ha pasau nada... Vayan a dormir que naide los ja llamau.

Y a Arteche:

—Güeno, don Vasquito, vamu a cortarla, entonces... ¡Acción fea, pero usted mi ha dau su palabra di hombre! Vaya no-más... Vamu a cortarla...

Y como aún tenía el puñal en la mano, sin envainar, parece que tenía la intención de llevar a la práctica su propósito.

Chela se moría de vergüenza; Elinda, como inconsciente, no podía contener su temblor; el Polilla miraba con su ojo frío y malicioso y le estaba "dentrandu" rabia por la comedia:

—¡El patrón se está golviendo zonzo!... y pensó en el zorro criollo que, todo al contrario, iba teniendo más carpeta y más viveza cuanto más viejo.

El ingeniero que, humillado, arrastraba el catre para su cuarto, descubrió en la sombra al peón enemigo:

—¡Andás aquí, sabandija!

Lo hubiera saltado, lo hubiere mordido, degollado con las uñas, tanto odio traducía su expresión, pero estaba obligado a contenerse aun cuando la respuesta lo toreaba, atrevida:

—¡Esu es, yu aquí!, que le deslizó Polilla con una risita cínica.

Vos, le llegó la orden del Comandante, trai los caballos... ¡D'esto ni una palabra, eh!... ¡Y ahura te vas a quedar aquí no-más de pión, que yo mando! ¡Y vamu a la jugada, qué diantre!

El muchachón trajo los pingos de la rienda.

Montaron.

El viejo articuló:

—¿Qué me decís? ¡Vos ti habías engañau!

—¿Engañau?

—Pero es güeno ir aclarando las cosa.

—Esu es, aclarando... Entonce m'etivoqué...

—Fiero.

—Humm...

—¿Vos qui hubieras hecho en mi lugar?

—¿En su lugar?, ¿y qué-ib'hacer?

—¿No te parece que se pegó un naquito rigular?

—Sí, rigularecito.

Los caballos se espantaron, eludiendo el perro muerto.

Don Panta se dió cuenta:

—¡Pobre Chicolate!, era el más manso.

—Por eso lo jodimo, sentenció con rabia el gaucho.

Y alzaron los rebenques, apurando los matungos, para llegar pronto a la pulpería.

.....

—¡Bicho zonzo e j'el hombre!, repetía Polilla mientras desensillaba; bicho zonzo..., y uno anda siempre judiando los zorro!...

El drama había sido rápido, brutal.

A todos tomara de sorpresa, aunque sus antecedentes no fueran una novedad para algunos, como Blanca Celeste.

Esta lo sabía, conocía la tresca a fondo desde hacía tiempo.

En el despego de él lo había presentado.

En la mirada de ambos, en ese algo imponderable que no puede escapar a la percepción de una mujer celosa y enamorada, lo constatará.

El novio ni siquiera se preocupó de hacer la comedia de continuar sus relaciones.

Al principio, por no haber visto ninguna prueba con sus propios ojos, la engañada se forzó a creer que el amorío era más ilusión de su fantasía que suceso vivo y palpitante.

No podía creerlo.

Se engañaba, no cedía ni ante la evidencia.

Posiblemente adoptaba tal posición, la más fácil y la más inmediata, porque, frente a los hechos, le hubiera sido imprescindible tomar una resolución y no permanecer en su dolorosa abulia.

Luego se rindió a la realidad; pero era tan enorme e inusitado lo que sucedía junto a sí, lo que experimentaba, el abismo de sombra que la rodeaba e intentaba vencerla y anularla, que no atinaba sino a defenderse, dejando de un día para otro el decidirse a una acción que se imponía necesariamente radical y violenta.

Se consumía llorando.

Imaginaba que su actitud grave, fría, acusadora, iba a realizar el milagro de iluminar el alma de la indigna compañera de su padre; que iba a volver al buen camino al vil desvergonzado.

Pese a su predisposición a perdonar, odiaba al hombre de su amor y no podía admitir que él, en la urgencia de sus apetitos inferiores, hubiera ido a bus-

car en la otra lo que ella estimaba grosero y que ahora, lejos de cualquier atenuante pasional que pudiera defenderlo, se contorneaba de bajeza y animalidad.

Se aislaba, muda, para gemir su pena.

Los amantes, tan confiados como audaces, ignoraban o no se preocupaban que sus besos costaran lágrimas de sangre.

.....

Aquella noche ella velaba, ardidós los ojos en llanto.

Una vergüenza mortificante, un desprecio por aquellos seres: por él que así mancillaba el honor de su padre, la pureza de sus amores; por ella, incapaz de sobreponerse a sus instintos, contaminando con su concupiscencia el lecho sagrado, — ¡dónde ellos nacieran!, — ¡la dignidad de su casa!

Luego le quemaba la cara un bochorno de ser menospreciada, junto a su pudor ofendido y a la sensación de que ella era la causa, la responsable de la acción soez.

Le ardía, le punzaba en la mente el problema.

Como otras veces, la obsedía una morbosa necesidad de seguir de cerca, mentalmente, las escenas que presentía; como en pasadas noches atormentantes, en siestas pesadas e inquietas en las cuales daba rienda suelta a sus imaginarios, en un nervioso trepidar donde reclamaban su primacía las voces de la carne, sintiéndose minada por secretos, persistentes, inconfesables impulsos.

Y confundíase, entraba en una región de nebulosa irresponsabilidad, en la cual no sabía si era fuerte

protegiéndolos con su silencio cómplice o si lo sería afrontando la situación, echándole en cara a Elinda su impudicia, increpándolo a él por su felonía, abriendo las puertas y gritando a todos su crimen!

.....

Esa noche, en medio a la angustia de sus martirizantes minutos de ciega espectadora, comprendió la magnitud del peligro que los amenazaba.

Sus oídos afinados — tantas veces cubiertos por la almohada para sustraerse a las escenas que se desarrollaban tras el delgado tabique — percibieron el ladrido de los perros, su imprevisto callarse y luego el perfilarse neto y áspero de lo que supuso terminaría en tragedia:

¡Aquel forcejeo, las voces de ira!, ¡ los golpes en la puerta!

Los gritos descompuestos de su padre:

— ¡Abrí, Elinda! ¡Abrí, ya!

¡El peligraba!

Olvidó todo.

O triunfó su amor.

Algo más fuerte que su odio no la dejó ser arrebatada por un quizá justo impulso de venganza.

Movida por una fuerza superior se arrojó del lecho y fué, — automática, en la rigidez de los movimientos; fría en un hielo de muerte que la ganaba, — y, abriendo la puerta que comunicaba con la suya la habitación de su madrastra, llamó con voz apenas perceptible:

—Luciano...

Y retrocedió hasta caer de rodillas en un rincón, ahogada, temblando, vencida...

*

Al día siguiente, los trabajos del camino nuevo que unirían el callejón a las flamantes construcciones del establecimiento, llegarían al Camposanto.

Ya volteaban el cerco de éste e iniciaban la remoción de las sepulturas y demolían el aparatoso panteón de la familia para trasladar a un cementerio lejano los restos sagrados.

Carreño no había tenido más explicaciones con nadie.

Alargaba su dilatada borrachera de la cual parece no quería salir, como no se desearía desembocar de la noche cuando el alba nos va a precipitar en una fatal desventura.

Como de costumbre, en análogos difíciles trances, eludía la compañía de los demás.

Con la disculpa de visitar a sus amigas, salió temprano y el mediodía lo alcanzó en el boliche.

Blanca Celeste, disculpándose con sus jaquecas, permanecía encerrada, rehusándose hasta a beber un vaso de leche.

Elinda, curva sobre costuras y remiendos inacabables, rumiaba alguna desesperada resolución.

Por cocinas y galpones zumbaba el comentario como un moscardón y en cada una de las chinitas o de los indios, que deseudaban sus tareas para perorar,

había un poseedor de infalibles panaceas para arreglarlo todo "como con la mano".

Arteche intentó, — sin conseguirlo, — hablar con la novia.

Resolvía dar una solución correcta al asunto.

Era lo aconsejable, lo mejor, lo más fácil.

Echarían un poco de tierra sobre lo sucedido. No se necesitaría más que darle a la muchacha las albricias de "nos casamos", para que la "tilinga francida", que no esperaba, — según él, — otra cosa, encantada de realizar su sueño, olvidase todo.

Volvíase sentencioso:

—El tiempo arregla y compone hasta lo que parece imposible.

Harían un viajecito de bodas hasta las capitales del Plata, hasta Río Janeiro, dejaría un sustituto con instrucciones precisas hasta que todo se apaciguara y "aquí no ha pasado nada"...

A pesar de lo satisfecho que lo dejaban sus soluciones, la hostilidad manifiesta que constataba en el abandono que hacían de él, dejándolo comer solo, lo preocupaba.

La primera vez que almorzó así, lo hizo sin apetito y con sobrado fastidio.

Hubo de compensar los alimentos con sendas tazas de café.

Fundó con un aburrimiento difícil de repechar.

.....

Sistemático enemigo de la siesta, — que algunas veces utilizó tan bien..., — fué a vigilar las obras y

luego, para justificar su alejamiento de la estancia, tomó la escopeta y se alejó sin rumbo.

.....

El día era opaco, turbio.

Rodaba tardo el viento Norte.

Esa bocanada ardiente, reseca, irritante, que abotaga y al mismo tiempo hostiga los nervios, volviendo cansinos y malhumorados a seres y bestias.

Los obreros laboraban como forzados.

El rumor del trabajo: martilleo sobre piedras y tablas, rechinar agrío de las carretillas, lastimaban el cerebro cual si estuviese al descubierto.

El Camposanto parecía saqueado.

Sobre el silencio de los ranchos parduzeos, humildes y antiguos, velaba una tristeza extraña.

Hubo que espantar a los perros que olisqueaban al compañero muerto y aullaban, lúgubres.

Se dijera que las viejas cosas criollas presentían su desaparición.

Iba a morir todo aquello.

La cal del panteón que demolían caía sobre todo como ceniza y se nublaba más el ambiente con el acre, fastidioso humo de abrojos, cicutas y mataojos que fuera menester quemar para correr de la higuera a sus habitantes, las bravas abejas silvestres que revoloteaban agresivas e irritadas, no dejando talar el viejo árbol.

La pesada, densa nube de humo, que mañereaba sin irse, cayó sobre las casas como intentando borrarlas.

Chela hizo preguntar qué quemaban, ¿qué era eso? y, cuando le trajeron la respuesta, pidió que no espantaran los pobres bichitos, que no voltaran la secular higuera y por último, para completar su caprichosa ocurrencia, con el pretexto de ir a rezar por postrera vez en él, mandó que no continuasen la destrucción del cementerio.

Elinda se animó a pedirle la dejase acompañarla.

Ella, pretextando la necesidad de estar sola, la rechazó dulcemente.

Y viendo el mal efecto que en la madrastra causaba la negativa, la atenuó recomendándole.

—¿Por qué no vas a rezarle a la Virgen Santísima?

La vió irse tan triste, tan pálida, tan “acabada”...

La otra restó largamente indecisa.

Parece que recién medía la enormidad de su culpa y se arrepentía de no haberse arrojado a sus plantas para pedirle perdón, para agradecerle que los había salvado, por prometerle que sería buena, que haría lo que ella quisiese: ¡sería su peona, se iría!...

Por fin, como “lela”, se fué al cuarto de ella, desnudó sus rodillas y se hincó en el suelo.

Rezó con torpeza pensando en tan otras cosas.

Entre sus “Ave” se enroscaba el pecado, el recuerdo vivo de su pasión, de sus placeres.

Goces y temores, ansias y delicias, desenredaban su teoría dulce, cruel y humana, mientras su mente — embargada en tales imaginaciones — malograba el intento inútil de volver a las plegarias.

No tenía noción del tiempo que transcurría.

Un acuchillar de calambres y una frialdad de hielo castigaba sus piernas...

En una semi inconsciencia, miraba hacia afuera por la ventana...: el corral, las aves escarbando, el campo desolado bajo el sopor de la tarde somnolienta...

De pronto descubrió una gallina negra desconocida, que no era de ellos, que no era de casa, que vino derecho a encaramarse sobre un montón de leña para cantar tres veces como gallo en la más terrible de las agüerías!

—¡Si será una bruja!, se asastó, suspersticiosa, y se incorporó en un impulso de perseguirla.

Ya afuera, no vió a la gallina fatal y preguntó alterada:

—¿Sintieron? ¿Sintieron el canto?

Nadie había prestado atención.

Ella rodeó los ranchos para volver por el cementerio, no queriendo confesarse que llevaba la oculta ansia de ver a su amante.

No encontró a la Chela.

Al retirarse ésta los obreros habían reanudado el trabajo.

Interrogó:

—¿Y la señorita?

Un peón respondió, compasivo:

—Ahí estuvo la pobre, hincada, rezando y llorando... ¡Dab'una lástima! Se véía que no se podía conformar... ¡Y no es pa meno! Las tumba regüelta, los resto por áhi... ¡No ve!... Prendió una vela y en una d'esas, coma en una viaraza, agarró ligerito p'al

campo, anduvo como perdida y terminó por dir p'al monte, si no me engaño.

—¿P'al monte?, preguntó en esa inconsciencia de quien, por la preocupación y el tumulto interior, parece le llegaran atenuadas las cosas exteriores.

—P'al monte...

¿No estaría él por allá?... ¿No irían a ponerse a conversar, a bromear bajo la sombra de un molle, a jugar?... ¿a perseguirse?...

Se le presentó la primera escena de sus amores violentos, brutales y bellos.

—¿Y por qué no la siguieron?

No sabía de donde le llegara la inspiración de la pregunta.

— Y pa qué?, curiosó el peón.

—Decía no-más, como la pobre est'así... medio idiosa...

—¡Y ma es pa menos!, remató tristemente el mensual... Ahí andamo lidiando con los güeso 'e los finadito... Su mama, su j'hermanos... A nojotro no sé que nos dá!...

Elinda ya se alejaba con su preocupación.

—Habrá que ir al monte a buscarla...

Pero no se resolvía cual si algo la imantase en las casas.

La agüería de la gallina negra le empezó a talar, insistente, el alma.

—¡Cantó tres vece como gallo!

Anunciaba tremenda desgracia.

—¡Cantó tres vece! ¡Era una gallina negra!

Cada vez que se le concretaba el aserto, el dolor le mordía más hondo.

Quería apartar aquel pensamiento oscuro que la cercaba.

Buscando un apaciguamiento, un bálsamo para su angustia, fué a rogarle un consuelo a la Virgen.

No podía rezar.

Buceando la oración en su cerebro atormentado, sacaba a la superficie otras cosas que la horrorizaban.

—¡Yo, Díos mío, soy la que me voy a trastornar!, se espantaba.

O la distraían puerilidades: el cromo encuadrado en el ancho marco dorado... Las flores de papel maculadas por las moscas... La espada cruel que atravesaba el corazón de la Dulce Señora...

Tenía miedo de mirar hacia la ventana y encontrarse con la gallina negra y sentir el amenazador vaticinio de su desafinado canto desagradable.

Se deseaba, airada:

—¡Si quiera juese yo quien tuviese la espada en el pecho!

Sus ojos se detuvieron en el altarcito, al pie del cuadro.

Entre una reseca rama de olivo y la característica trenza de la hoja bendita, había una carta.

La tomó. Estaba cerrada. La dió vuelta en la mano. La dejó...

Luego, pendía de ella como hipnotizada, hasta que la volvió a tomar.

¿De quién sería? ¿De Chela? ¿Y para quién?
 ¡Cómo echó de menos el no saber leer!
 ¿Estaría dirigida al Comandante o al ingeniero?
 Tenía que ser para uno de ellos.

Ingenuamente, como esperando una milagrosa respuesta, reclamó:

—¡Es pa él!?

Con la pregunta, sintió la espada de la Virgen hundiéndosele en el corazón.

—¿Qué le dirá?

Y el presentimiento de la desgracia que le anunció la agüería de la mañana, la heló de terror.

Le temblaba la mano con el papel misterioso y trágico.

Salió afuera malsosteniéndose sobre las piernas castigadas por la larga penitencia del arrodillamiento.

Llegaba Arteché con su escopeta en bandolera.

—¿Qué tiene, Elinda?, se extrañó él de su palidez, de sus ojos espantados.

—No sé; parece que me quiere dar un váhido... Pero, digamé, ¿esta carta pa quién es?

El, apoderándose de la carta, trató de tranquilizar a su amante:

—Cálmese... Es para don Panta... y reconociendo la caligrafía minúscula y prolija de Blanca Celeste, se sorprendió un tanto.

Elinda adivinaba:

—¿Es d'ella?!

Y cuando él le hizo una seña afirmativa con la cabeza, la pobre gritó fuera de sí:

—¡Ay, Dios mío! ¡La gallina negra! ¡Tengo miedo! ¡Qué vayan pronto a llevarla! ¡Y que vayan al monte!... ¡Al monte!

Y cayó desmayada.

*

En el almacén se sorprendieron viendo llegar al mensajero despavorido, el cual se arrojó del caballo con la epístola en la mano.

¡Patrón, pa usté!

—¿Pa mí?, ¿qu'es?, dale a don Carretel.

El catalán tomó parsimonioso la carta, rasgó el sobre y hubo de desenfundar los anteojos de nickel, posiblemente comprados a algún turco...

Corrió la mirada por el papel, se lo acercó más a los ojos y se quedó blanco, transparente.

Un temblor nervioso le hizo caer la misiva.

—¿Qué le pasa? ¿Qui-hay?, se adelantaba el padre.

El lector se inclinó en procura de la epístola y al alzarse, abrió los brazos, retórico, ensayando un discurso de ocasión...

(Se había aglomerado la íntegra concurrencia de la pulpería.

El auditorio estaba suspenso, los ojos agrandados, la boca anhelante.)

...Al pobre hombre le aborbió el intento, ahogado en lágrimas, mientras se adelantaba a abrazar a su amigo:

—¡La muchacha, Panta!...

—¡Si ha matau!, rugió, vidente, el gaucho y saltó hacia afuera.

Hubo un revuelo confuso.

Los más jóvenes corrieron por los caballos; los hombres más maduros rodearon a Carreño, ensayando consolarlo y tranquilizarlo.

El los apartó, ordenando, agitado:

—Enfrená ese matungo, Polilla! ¡Metete un cuedo no-más!

Y parece que quería pegarle al peón, para que se apurase.

Carretel lo seguía, intentando, entre sollozos, leerle la carta:

—“Perdón, tata querido”... “Esto ha sido más fuerte que yo”... “No dejes profanar el cementerio”...

—¿No dejés qué?

—Echar abajo el cementerio, destruirlo... “donde duermen mamá, los muchachos, nuestros abuelos”...

—Hmjaa...

—“¡El Camposanto!, que por eso, porque es sagrado, debe respetarse!”

—¡Tiene razón, la pobrecita! ¡Cómo me dej'embarar yo! ¡Pa qué no me lo dijo ante!!

Y cortó.

Con una agilidad juvenil saltó a su pingo.

Ya había sentido bastante de la carta... Y volaba, a media rienda, como loco, en dirección a la estancia.

—¡P'al monte! ¡P'al monte!, le indicaba el peón

que le llevara el aviso y rebenqueaba para darle alcance.

—¡Nu está en las casa, la niña!

Al desviarse hacia el rumbo recomendado, don Panta debió forzar la voz mandando a los extranjeros y sus ayudantes que arrasaban el cementerio:

—¡Dejen eso! ¡Ya dejen, malditos! ¡No muevan una piedra más! ¡El patrón soy yo!, han óido!... ¡Y basta!

Y continuó en su carrera, mientras los obreros suspendían la labor, sorprendidos e indecisos respecto a la prosecución de la tarea.

Al mandato perentorio se sumaban las desarticuladas vociferaciones:

—¡No queremos que toquen el Camposanto! ¡Vayansén todos! ¡Vayansén de mi campo!

El no se preocupaba de si lo sentían o no y, sacudido por su desesperación, remató sus gritos con un clamor que parecía una súplica a su Dios:

—¡M'hija! ¡M'hija! ¡L'único que me quedaba! ¡M'hija querida!

La velocidad de la marcha vertiginosa propendía a que el eco quebrase, desfigurara las frases, haciendo intensa y sugestiva la angustia del reclamo:

—¡Hi...ja! ¡Hi...ja! ¡Hi...ja!

En el comenzar desigual del bosque hubieron de descabalgar.

El se ajustó el chambergo; metió la bombacha en el caño de las botas para moverse sin empacho.

Se perdió entre la arboleda, encorvándose bajo los ramajes.

Los hombres que estaban allí, se adelantaron intentando impedir el paso del padre.

—Esperesé, patrón... Oiga, don Panta... ¡Atienda!...

—¡No, muchacho, dejemén!... Ustede me conocen: ¡soy un hombre! ¡Y un hombre probau por la desgracia! ¡Probau hasta por esto!, lamentaba como en una necesidad de buscar hasta en la queja el consuelo.

—¡Dejemelán buscar!

—Ya jué hallada..., lo informaron.

Las mujeres, que gemían, habían dado con el cuerpo de la suicida.

Se doblaron, cual si las sacudiese un viento trágico, cuando él, entre sollozos, reclamó:

—¡Dónd'está m'hija! ¡Lá-hija! ¡Lá-hija querida!

Calló, como si la grandeza del momento y la majestad de la muerte impusieran una sobriedad estoica; con los ojos enrojecidos y ardientes entre los humos de su borrachera, se adelantó hacia adonde, junto a los juncos y sarandíes quebrados y pisoteados de la costa, yacía la muchacha.

Se agachó a besarle la frente de hielo, a acomodarle los cabellos y lo sacudió otro raptó de desesperación.

Con el sombrero en la mano, alzando los brazos al cielo, lamentó:

—¡Mi Dios! ¡Mi Dios, qué t'hecho pa qué me castigúés así!?

Se enanchó un silencio como para que se percibiese el mascullar quedo y doliente de los rezos de las mujeres.

Entre ellas, una negra vieja, — quizá su nodriza, la que le enseñó el primer bendito, — alzaba la voz dolida, insegura, enronquecida por el llanto:

—¡Jesú-María y José! Jesú-María y José!

Habían llegado Carretel y el doctor alemán.

Este último se inclinó sobre la suicida, la auscultó casi por fórmula, pues su ciencia ya no tenía nada que hacer...

Ensayó una frase de consuelo:

—La fida, tarde o temprano...

Su eterno contricante, como con un poco de orgullo de que aquel suceso venía a rehabilitar su testarudez, lo interrumpió:

—Mire, don Leopoldo, es mejor que no le diga nada. Nosotros sabemos lo que es el dolor de un padre...

Se apartaron por que tenían necesidad de discutir.

Lloraban gemebundas las mujeres.

Algún paisano no podía contener el vulgar comentario de su filosofía popular.

En el bosque resonaba el hachear de los que cortaban troncos y ramas.

El Comandante, hablando lentamente, como obligándose a ser calmo, pidió:

—A ver un voluntario que vaya a casa y eche a esos demonios! ¡A todos, desde el cabeza primaria!... ¡En memoria de la finadita no quiero hacer una barbaridad! ¡Echenmelós! ¡No quiero a naides que no sea e' los nuestro! ¡Qué se vayan! ¡Qué se vayan! ¡Hay que limpiar eso! ¡Dios nos ha castigau! ¡Qué no nos agarre en falta!

Había sido titánico su esfuerzo para conservar la serenidad.

Cuando partía el chasque portador de su decisión, ya empezaba a prevalecer el espíritu de siempre, ya estaba tentado de corregir su orden en extremo benévola y generosa.

—¡Qué se vayan a jeder lejo! ¡Sí, que se vayan! ¡Ante que vaya yo mismo a echarlo!

Había osecurecido.

En el cielo, en los claros que permitían ver los follajes, apuntaban tímidas, titilantes, las primeras lágrimas de luz de las estrellas.

En un cercano limpión del bosque amontonaron y encendieron charamuscas y leñas.

Las llamas agrandaban, achicaban las sombras, haciendo correr resplandores, como escalofríos de luz en el jaspe negro del agua, dando tonos calientes y vivos al mate y helado marfil del rostro de la muerta.

Las ramas de los árboles, al iluminarse, parecían se asomaban elásticas desde la obscuridad, y algún pájaro piaba, asustado, encandilándose en la insólita luz movediza.

Terminada de improvisar una tosca angarillas que resumaba savias, resinas y aromas vegetales, de las ramas de árboles indígenas recién tronchadas, instalaron en ella el cuerpo de la Chelita.

Cuatro hombres, con las cabezas descubiertas, la transportaron, lento, con vaivén de cuna.

Tras ellos, en conmovida procesión, marcharon el padre, las mujeres, el paisanaje.

En la sombra de la lejanía rodaba el Ford huyente, aullando como una bestia herida.

La gente femenina de la casa, paisanas vecinas de los alrededores y algún anciano, — en el cuarto atestado de santos, entre las velas humosas y el olor dulzón de las flores que enrarecían el ambiente, — con un estirado recogimiento ceremonioso, velaban a la muchacha.

Con el relente de la noche la luna mojó de húmeda plata los centinelas dormidos de los ombúes, el campo cuajado de silencio, el esqueleto de los muros en construcción, la mancha de los viejos ranchos achataados de tristeza...

Iluminó a la peonada muda y a todos los criollos amigos del pago que, supliendo con buena voluntad la inexperiencia de la fatiga, con algo de primitiva unción religiosa, — para corregir la profanación de los intrusos, — piedra a piedra, reconstruían el destruído cerco del Camposanto.